

HISTORIA MEXICANA

25



EL COLEGIO DE MEXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA respeta de modo absoluto la responsabilidad de sus colaboradores.

REDACCIÓN:

Apartado Postal 2123

México 1, D. F.

ADMINISTRACIÓN:

El Colegio de México

Durango 93. México 7, D. F.

Consejo de Redacción: Arturo Arnáiz y Freg, Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala.

VOL. VII

JULIO-SEPTIEMBRE, 1957

NÚM 1

SUMARIO

ARTÍCULOS

- Daniel Cosío Villegas, *Cuarta llamada particular* .. 1
- Stanley R. Ross, *La muerte de Jesús Carranza* 20
- Germán Posada Mejía, *El P. Oviedo, precursor de los jesuitas "ilustrados"* 45
- Chester C. Kaiser, *J. W. Foster y el desarrollo económico de México* 60

TESTIMONIOS

- Jorge Fernando Iturribarria, *Alonso García Bravo, trazador y alarife de la villa de Antequera* 80
- Adrián Valadés, *La marcha de Díaz hacia Oaxaca durante la Intervención* 92
- Frank A. Knapp, Jr., *John Quincy Adams, ¿defensor de México?* 116
- Coronel Miramón, *Querétaro, 1867* 124
- Renato Gutiérrez Zamora, *¿Quién fue Lorencillo?* .. 141
- Alfonso Reyes, *A propósito de Bernardo Reyes* ... 146

HISTORIA MEXICANA aparece el 1º de julio, el 1º de octubre, el 1º de enero y el 1º de abril de cada año. El número suelto vale en el interior del país \$ 6.00 y en el extranjero Dls. 1.00; la suscripción anual, respectivamente, \$ 20.00 y Dls. 4.00.

CRÍTICA

| | |
|--|-----|
| Manuel González Ramírez, <i>Carta a Cosío Villegas</i> .. | 147 |
| Moisés González Navarro, <i>Sobre Cananea y otras cosas</i> | 150 |
| Felipe J. Colomo Castro, <i>¡Piedad para Santa-Anna!</i> | 153 |
| Francisco Cuevas Cancino, <i>El presidente Wilson y México</i> | 157 |

TODA la Historia de la
REPUBLICA RESTAURADA
está ya publicada:

LA VIDA POLÍTICA:

por DANIEL COSÍO VILLEGAS

LA VIDA ECONÓMICA:

por FRANCISCO CALDERÓN

LA VIDA SOCIAL:

**por LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ,
EMMA COSÍO VILLEGAS Y
GUADALUPE MONROY**

3 hermosos volúmenes empastados

3,000 páginas

300 ilustraciones

\$ 375.00

Editorial HERMES

IGNACIO MARISCAL, 41

MÉXICO 1, D. F.

BANCO NACIONAL HIPOTECARIO URBANO Y DE OBRAS PUBLICAS, S. A.

Francisco I. Madero N° 32
MÉXICO, D. F.



| | |
|-----------------------|----------------|
| CAPITAL AUTORIZADO \$ | 125.000,000.00 |
| CAPITAL PAGADO | 108.155,200.00 |
| RESERVAS | 75.555,112.85 |



Adquiera usted nuestros bonos hipotecarios, cuyos ingresos se destinan a la construcción de obras y servicios públicos, y habrá hecho una inversión segura obteniendo una renta semestral fija garantizada



El mercado de nuestros bonos garantiza a usted en cualquier momento la liquidez de su inversión y las posibilidades de su venta en todo tiempo

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL COLEGIO DE MÉXICO
HISTORIA MEXICANA respeta de modo absoluto la responsabilidad de sus colaboradores.

REDACCIÓN:
Apartado Postal 2123
México 1, D. F.

ADMINISTRACIÓN:
El Colegio de México
Durango 93. México 7, D. F.

Consejo de Redacción: Arturo Arnáiz y Freg, Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala.

VOL. VII ENERO-MARZO, 1958 NÚM. 3

SUMARIO

ARTÍCULOS

- Silvio Zavala, *Victor Considérant ante el problema social de México* 309
Luis Leal, *El contenido literario de "La Orquesta"* .. 329
J. S. Brushwood, *La novela mexicana frente al porfirismo* 368

TESTIMONIOS

- Coronel Miramón, *Querétaro, 1867 (continuación)* .. 406

CRÍTICA

- Daniel Moreno, *Problemas de México, 1877-1910* .. 422
José Fuentes Mares, *De la sociedad porfirica* 433
José Bravo Ugarte, *Catolicismo y Porfiriato* 437
Chester C. Kaiser, *El reconocimiento de Porfirio Díaz* 442
Joaquín Fernández de Córdoba, *¿Bibliografías o catálogos?* 460
Moisés González Navarro, *Papeles mexicanos en Texas* 466

CRÓNICA

- El II Congreso de Historiadores de los Estados Unidos y México* 468

HISTORIA MEXICANA aparece el 1º de julio, el 1º de octubre, el 1º de enero y el 1º de abril de cada año. El número suelto vale en el interior del país \$ 6.00 y en el extranjero Dls. 1.00; la suscripción anual, respectivamente, \$ 20.00 y Dls. 4.00.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

por

GRÁFICA PANAMERICANA, S. DE R. L.

Parroquia 911, Esq. Nicolás San Juan. México 12, D. F.



CEROL DEJA LOS
PISOS MEJOR QUE
NUEVOS.

• **RIP** •
INSECTICIDA DE
ACCION INMEDIATA



MILUSOS LUBRICANTE DE
USO GENERAL EN EL
TALLER Y EN EL HOGAR

PLAGOL
INSECTICIDA DE
ACCION SEMI-
PERMANENTE



NITEX PARA LIMPIAR Y
PULIR EN LA COCINA Y
EN LOS BAÑOS

LUSTRADOR
PARA MUEBLES
FINOS



Productos Mexicanos
al servicio de su
HOGAR

 **PETROLEOS
MEXICANOS**
AL SERVICIO DE LA PATRIA

SANTA ANNA

AURORA Y OCASO DE UN COMEDIANTE

por

JOSÉ FUENTES MARES

La crítica opina:

"Libros como el de Fuentes Mares, dolorosos como son, deben difundirse y meditar, porque nunca podría corregirse nuestra vida pública mientras no se haga una limpia total de todas las vergüenzas del pasado." JOSÉ VASCONCELOS.

"Es un libro que sobrecoge y angustia, porque el gran peligro está latente mientras el Poder se identifique con el Partido y el interés político se anteponga al público." CARLOS LORET DE MOLA.

"La persecución de la mentira y el error se torna, en manos de Fuentes Mares, en una deliciosa cacería. Su ironía es fulminante." AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE.

"Fuentes Mares pinta a Santa Anna como hace Orozco con sus hombres de fuego: lo transfigura para sublimarlo." LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ.

"Esta rara conjunción de macidez y amenidad literaria dará seguramente a este libro un sitio muy honroso en la nómina de producciones historiográficas de los últimos años." ÓSCAR MÉNDEZ CERVANTES.

"Libro admirable, que además de ser producto de arduo, inteligente y acucioso estudio, representa un modelo de la historia considerada como género literario." AGUSTÍN CUE CÁNOVAS.

Pídalo a su librero, o directamente a

EDITORIAL J U S, S. A.

PLAZA DE ABASOLO NÚM. 14; MÉXICO, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 30.00

Colección de Escritores Mexicanos

1944 - 1954

EDITORIAL PORRUA, S. A.

Precio de cada volumen \$ 10.00

BIOGRAFIA E HISTORIA DE MEXICO

- 7-8-9-10. HISTORIA ANTIGUA DE MÉXICO.—Por Francisco Javier Clavijero. 4 tomos con varias láminas fuera de texto.—México, 1945. 361+427+320+410 páginas.
- 41-42-43-44. DON FRAY JUAN DE ZUMÁRRAGA. Primer Obispo y Arzobispo de México.—Por Joaquín García Icazbalceta. 4 tomos.—México, 1947. 323+310+329+272 páginas.
- 59-60-61. MÉXICO Y SUS REVOLUCIONES.—Por José María Luis Mora. 3 vols.—México, 1950.—XXV. 479 + 372 + 466 páginas.
4. VIDA DE FRAY TORIBIO DE MOTOLINIA.—Por José Fernando Ramírez.—México, 1944. 205 páginas.
- 33-34.—MEMORIAS DE UN IMPOSTOR. Don Guillén de Lampart, Rey de México.—Por Vicente Riva Palacio. 2 tomos.—México, 1946. 312+346 páginas.
- 46-47-48.—RECUERDOS DE LA INVASIÓN NORTEAMERICANA (1846-1848).—Por José María Ros Bárcena. 3 tomos.—México, 1947. 357+378+358 páginas.
- 30-31-32.—DIARIO DE SUCESOS NOTABLES (1665-1703).—Por Antonio de Robles. 3 tomos. México, 1946. 308+315+310 páginas.
2. OBRAS HISTÓRICAS DE CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA.—México, 1944. 299 páginas.
- 37-38. MEMORIAS DE FRAY SERVANDO TERESA DE MIER. 2 tomos.—México, 1946. 280+318 páginas.
- 64-65. DIARIO. Gregorio M. de Guíjo. 1648-1664. 2 tomos. México, 1953. 286 y 293 páginas.

CRITICA LITERARIA

- 52-53-54. LA LITERATURA NACIONAL.—Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos.—Por Ignacio M. Altamirano. 3 volúmenes.—México, 1949. 280+254+305 páginas.
27. LA VIDA LITERARIA DE MÉXICO Y LA LITERATURA MEXICANA DURANTE LA INDEPENDENCIA.—Por Luis G. Urbina.—México, 1946. 403 páginas.

CUENTOS Y NOVELAS

3. CLEMENCIA, de Ignacio M. Altamirano. 2ª edición.—México, 1949. 236 páginas.
62. CARMEN. Memorias de un Corazón.—Por Pedro Castera.—México, 1950. 309 páginas.
39. ENSALADA DE POLLOS Y BAILE Y COCHINO. . .—Por José Tomás de Cuéllar.—México, 1946. 376 páginas.
45. HISTORIA DE CHUCHO EL NINFO Y LA NOCHE BUENA.—Por José Tomás de Cuéllar.—México, 1947. 345 páginas.
49. ANGELINA.—Por Rafael Delgado.—México, 1947. 327 páginas.
6. LOS PARIENTES RICOS.—Por Rafael Delgado.—México, 1944. 442 páginas.
69. CUENTOS Y NOTAS.—Por Rafael Delgado. 1953.
- 56-57-58. EL PERIQUILLO SARNIENTO.—Por José Joaquín Fernández de Lizardi. 3 volúmenes.—México, 1949. 420+349+293 páginas.
24. LA CHIQUILLA.—Por Carlos González Peña.—México, 1946. 349 páginas.
11. LA PARCELA.—Por José López Portillo y Rojas.—México, 1945. 397 páginas.
63. FUEGOS FATUOS Y PIMIENTOS DULCES.—Por Amado Nervo.—México, 1951. 400 páginas.
- 13-14-15-16-17. LOS BANDIDOS DE RIO FRIO.—Por Manuel Payno. 5 tomos.—México, 1945. 420+429+387+396+406 páginas.
- 50-51. LA BOLA. LA GRAN CIENCIA. EL CUARTO PODER. MONEDA FALSA. Novelas. 2 volúmenes.—México, 1948. 360+401 páginas. Cada tomo.
- 25-26. LOS PIRATAS DEL GOLFO.—Por Vicente Riva Palacio. 2 tomos.—México, 1946. 327+332 páginas.

- 20-21. MARTÍN GARATUZA.—Por Vicente Riva Palacio. 2 tomos.— México, 1945. 335 + 339 páginas.
 18-19. MONJA, CASADA, VIRGEN Y MÁRTIR.—Por Vicente Riva Palacio. 2 tomos.—México, 1945. 333+365 páginas.
 71. CUENTOS Y NARRACIONES.—Por Victoriano Salado Álvarez.—México, 1953. xxx-324 páginas.
 36. CUENTOS ROMÁNTICOS, de Justo Sierra.—México, 1946. 354 páginas.
 35. CUENTOS VIVIDOS Y CRÓNICAS SOÑADAS.—Por Luis G. Urbina.—México, 1946. 331 páginas.

ENSAYOS

- 22-23. SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS.—Por Alfonso Reyes. 2 tomos.—México, 1945. 342 + 345 páginas.

POESIA

55. OBRAS DE MANUEL ACUÑA. Poesías, Teatro, Artículos y Cartas.—México, 1949. 379 páginas.
 70. LAS CIENTO MEJORES POESÍAS LÍRICAS MEXICANAS.—México, 1953. 306 páginas.
 1. POESÍAS LÍRICAS, de Sor Juana Inés de la Cruz.—México, 1950. 262 páginas.
 12. POESÍAS COMPLETAS, de Salvador Díaz Mirón. Tercera edición.—México, 1952. 362 páginas.
 40. PRELUDIOS. LIRISMOS. SILENTER. LOS SENDEROS OCULTOS.—Por Enrique González Martínez.—México, 1946. 290 páginas.
 66-67. POESÍAS COMPLETAS.—Por Manuel Gutiérrez Nájera. Dos tomos. 1953. xxiv-372 y 410 páginas.
 68. POESÍAS COMPLETAS Y EL MINUTERO.—Por Ramón López Velarde. 1953. xxii-374 páginas.
 5. POEMAS RÚSTICOS, de Manuel José Othón.—México, 1944. 173 páginas.
 28-29. POESÍAS COMPLETAS, de Luis G. Urbina. 2 tomos.—México, 1949. 329 + 369 páginas.
 NOVEDAD.—Agustín Yáñez.—Al filo del agua.—núm. 72 de la Colección de escritores. \$ 15.00.

BIBLIOTECA PORRÚA

TÍTULOS PUBLICADOS

1. HISTORIA DE LA LITERATURA NÁHUATL. Primera parte: Etapa autónoma. (De c. 1430 a 1521.) Por Ángel María Garibay K.—México, 1953. 508 páginas. 12 láminas en papel couché fuera de texto. Rústica, \$ 35.00.
 4. LA REALIDAD HISTÓRICA DE ESPAÑA. Por Américo Castro.—México, 1954. 686 páginas. 7 láminas en couché fuera de texto. Rústica, \$ 50.00.
 5. HISTORIA DE LA LITERATURA NÁHUATL. Segunda parte: El Trauma de la Conquista. (1521-1750). Por Ángel María Garibay K.—México, 1954. 430 páginas. 12 láminas en papel couché fuera de texto. Rústica, \$ 40.00.
 6-7. HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA. 2 tomos. Por Bernal Díaz del Castillo.—México, 1955. 513-517 páginas. Tela: \$ 75.00; Rústica, \$ 60.00.
 8-9-10. 11. HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE NUEVA ESPAÑA. Por Fr. Bernardino de Sahagún. 4 tomos.—México, 1956. 387-337-367-380 páginas. Tela: \$ 230.00; Rústica, \$ 200.00.

LAS EDICIONES DE LA EDITORIAL PORRÚA, S. A.
son distribuidas por la
LIBRERÍA DE PORRÚA HNOS. Y CÍA., S. A.

Esq. Av. Rep. Argentina y Justo Sierra
 Apartado Postal 7990, Tels.: 22-05-85 y 22-49-65

y en su única sucursal

Avenida Juárez N° 16 (Entre López y Dolores), Tel. 36-57-40.
 MÉXICO 1, D. F.

ASOCIACION

Hipotecaria Mexicana,

S. A. de C. V.

●

OPERACIONES EN LA CIUDAD DE MÉXICO, AL 10
POR CIENTO DE INTERÉS ANUAL, A 10 AÑOS DE
PLAZOS VOLUNTARIOS PARA EL DEUDOR, POR EL SIS-
TEMA DE AMORTIZACIONES SEMESTRALES.

NO COBRAMOS COMISIÓN POR APERTURA
DE CRÉDITO

NO COBRAMOS AVALÚOS

●

Av. Madero N^o 2 Edificio "Guardiola"
Despachos 102 y 103. Primer piso.

Teléfonos: 12-83-14, 36-46-16

Biblioteca José Porrúa Estrada

DE HISTORIA MEXICANA

DIRIGIDA POR JORGE GURRIA LACROIX

PRIMERA SERIE LA CONQUISTA

1. *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlán, México.* Estudio y notas por Jorge Gurria Lacroix. México, 1953. 147 pp. 25 cms. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa en papel corsican, portada a dos tintas, rústica \$ 60.00
2. *Relación breve de la conquista de la Nueva España, escrita por fray Francisco de Aguilar, de la Orden de Predicadores.* Estudio y notas por Federico Gómez de Orozco. México, 1954. 115 pp. 25 cms. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa en papel corsican, portada a dos tintas, rústica \$ 60.00
3. *Relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernando Cortés, en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del Antiguo Reino de Goathemala.* Estudio y notas por José Valero Silva. México, 1954. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa en papel corsican, portada a dos tintas, rústica \$ 60.00
4. *Memoria de los servicios que había hecho Nuño de Guzmán, desde que fue nombrado Gobernador de Pánuco en 1525.* Estudios y notas por Manuel Carrera Stampa. Edición de 250 ejemplares \$ 80.00

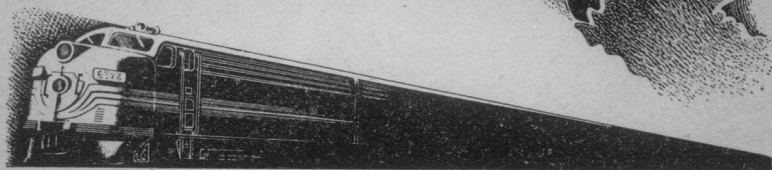
ANTIGUA LIBRERÍA ROBREDO

Esq. Argentina y Guatemala
Apartado Postal 88-55
Teléfonos 12-12-85 y 22-20-85

México 1, D. F.

los FERROCARRILES NACIONALES

son las
ARTERIAS
de MEXICO



XX

Unica



LA CAUSA DE
NUESTRO EXITO
ESTA DENTRO
DE LA BOTELLA

Cervecería Moctezuma, S.A.

Reg. 4859 "A". S.S.A. Prop. B. 2.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.

INSTITUCIÓN DE DEPÓSITO Y FIDUCIARIA

Fundada el 2 de julio de 1937

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 201.078,849.73

ATIENDE AL DESARROLLO DE IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN.

*ORGANIZA LA PRODUCCIÓN DE ARTICULOS EXPORTABLES Y
DE LAS EMPRESAS DEDICADAS AL MANEJO DE DICHOS
PRODUCTOS.*

*FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES PARA LA
ECONOMÍA DEL PAÍS.*

*ESTUDIA E INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL.*

VENUSTIANO CARRANZA NÚM. 32

MÉXICO 1, D. F.

Acaba de Aparecer en

Colección AUSTRAL

Nº 1277

GUADALUPE AMOR
ANTOLOGÍA POÉTICA
un tomo \$ 6.00

Últimas reimpresiones y novedades en

COLECCIÓN AUSTRAL

| | | |
|-----------|---|---------|
| NÚM. 1 | J. Ortega y Gasset. LA REBELIÓN DE LAS MASAS. 13ª edición | \$ 9.00 |
| NÚM. 5 | Anónimo. POEMA DEL CID. 18ª edición. | \$ 9.00 |
| NÚM. 150 | Miguel de Cervantes. DON QUIJOTE DE LA MANCHA. 18ª edición . . . | \$ 9.00 |
| NÚM. 201 | J. Ortega y Gasset. MOCEDADES. 4ª edición | \$ 6.00 |
| NÚM. 1273 | F. Suárez. GUERRA. INTERVENCIÓN. PAZ INTERNACIONAL. 1ª edición. . . | \$ 9.00 |
| NÚM. 1274 | B. Díaz del Castillo. HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA. 1ª edición | \$ 9.00 |
| NÚM. 1275 | Menéndez Pidal. LOS GODO Y LA EPOPEYA ESPAÑOLA | \$ 9.00 |
| NÚM. 1276 | E. Larreta. EL GERARDO | \$ 9.00 |
| NÚM. 1278 | Valle-Arizpe. DE LA NUEVA ESPAÑA | \$ 6.00 |

De venta en todas las librerías

y en

Espasa Calpe Mexicana, S. A.

Donceles 57

Apartado 121

México, D. F.

La potencialidad económica de un País se mide, entre otras cosas, por su mayor o menor producción, primero, de aquellas materias que son básicas para la subsistencia de sus habitantes, y segundo, la de excedentes de artículos de consumo o de otros artículos que sirven para fortalecer sus ingresos de divisas extranjeras, mediante su exportación.

México, a través de su gloriosa historia y su esfuerzo constante de industrialización y mejor extracción de sus suelos, está logrando, bajo la égida del actual Gobierno, dar un paso trascendental en su vida económica e indiscutiblemente se está colocando a alturas insospechadas y todavía desconocidas de la mayoría de los mexicanos, como un País fuerte y capaz de subsistir por sí mismo, cubriendo ampliamente sus necesidades.

La Industria Azucarera de México, sin escatimar ningún esfuerzo, ha colaborado por que este ideal patriótico se realice en el menor tiempo posible. La producción de azúcar en México es bastante ya para cubrir las necesidades interiores sin recurrir a importaciones del extranjero, sino que, por el contrario, se ha colocado entre los países exportadores de azúcar, y de acuerdo con los planes que está desarrollando y la ampliación de sus campos cañeros y fábricas, se está preparando para poder consolidar esa producción y asegurar para el futuro exportaciones de importancia que indudablemente serán un alivio eficaz en nuestra balanza económica.

Cualquier industria en México que lleve tan altas miras es merecedora del encomio y confianza del pueblo mexicano.

Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A. de C. V.

Balderas 36 1er. Piso

México, D. F.

Ayude

A LA INDUSTRIALIZACIÓN...

La industrialización de México es una tarea que requiere el esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACIÓN DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará usted en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza nº 25

Apartado 353

México, D. F.

SUERTE!



• • Su
bolita
está
presente.



Lunes: **MEDIO MILLON**

Miércoles: **Doscientos Mil**

Viernes: **Un Millón**

Kim

PARTICIPE CON FE,... GANE CON FACILIDAD.!

LA EVOLUCIÓN DE LA HUMANIDAD

BIBLIOTECA DE SÍNTESIS HISTÓRICA

Una de las colecciones científicas contemporáneas de más interés y de mayores méritos intrínsecos. Integrada por los volúmenes de la EVOLUCIÓN DE LA HUMANIDAD publicados en Francia bajo la dirección del sabio Henri Berr y conocidos en el mundo entero. UTEHA ha acometido ahora la empresa de ofrecer al público de habla española esta excelente realización de síntesis histórica, erudita, mas amena.

Volúmenes publicados:

LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA, por E. Perrier.

LA TIERRA Y LA EVOLUCIÓN HUMANA, por L. Febvre y L. Bataillon.

DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS, por A. Moret y G. Davy.

LA CIVILIZACIÓN EGEA, por G. Glotz.

EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORÍGENES DEL ESPÍRITU CIENTÍFICO, por L. Robin.

*LA CIUDAD GRIEGA, por G. Glotz.

LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGÜEDAD, por L. Homo.

LOS GERMANOS, por H. Hubert.

*EL IRÁN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACIÓN IRANIA, por Cl. Huart y L. Delaporte.

*LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACIÓN, por P. Masson-Oursel, H. de Willman-Grabowska y Ph. Stern.

ISRAEL, DESDE LOS ORÍGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII (a. de C.), por A. Lods.

EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA, por F. Lot.

VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO, por L. Bréhier.

LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO, por L. Bréhier.

LA CIVILIZACIÓN BIZANTINA, por L. Bréhier.

CARLOMAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO, por L. Halphen.

EL ARTE DE LA EDAD MEDIA, por L. Réau y G. Cohen.

*LOS ORÍGENES DE LA ECONOMÍA OCCIDENTAL (*siglos IV-XI*), por R. Latouche.

*LUIS XIV Y EUROPA, por L. André.

LA EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO CIENTÍFICO. LAS CIENCIAS DE LA VIDA (*La idea de evolución*), por E. Guyénot.

*Aparición en el primer semestre de 1957

EDITORIAL UTEHA
Avenida de la Universidad, 767
México 12, D. F.

CUARTA LLAMADA PARTICULAR *

Daniel COSIO VILLEGAS

DEBO RECORDAR al lector —pues hay momentos en la vida de los lectores que imponen una recapitulación— que esta *Historia Moderna de México* se planeó partiendo de dos supuestos: primero, el período moderno de nuestra historia va de 1867 a 1910; segundo, ese trecho de cuarenta y tres años puede dividirse convenientemente en dos épocas, una de diez (1867-1876), llamada República Restaurada, y otra de treinta y tres años (1877-1910), a la cual se da el nombre de Porfiriato. El primer supuesto será válido si la vida nacional “moderna” tiene rasgos propios suficientes para distinguirse tanto de la anterior a 1867 como de la posterior a 1910; y el segundo, si la República Restaurada posee los bastantes caracteres distintivos para diferenciarse del Porfiriato, y si al mismo tiempo los tiene comunes para formar con él la historia moderna de México.

Debo recordar también que esta *Historia* se planeó en seis volúmenes: los tres iniciales dedicados a la República Restaurada, y los restantes al Porfiriato, y que cada uno de ellos examina la vida política, la vida económica y la vida social del período respectivo. Se han publicado ya aquéllos, y éste, en consecuencia, es el primero relativo al Porfiriato. Por eso, parte de su interés proviene de comenzarse con él la caracterización de una época tan próxima a la nuestra y durante la cual surgió un régimen político cuya continuidad y cuya fuerza excepcionales crearon una sociedad y una economía muy características. Pero el interés sobresaliente de este tomo lo da también la circunstancia de que, añadido al tercero, debe entregar una visión corrida de nuestra vida social moderna. Ofrece, además, una ocasión de comprobar si la República

* Prólogo al tomo IV de la *Historia Moderna de México*.

Restaurada y el Porfiriato son dos momentos distintos de una sola época histórica, y si convienen los años de 1867 y 1910 como inicial y terminal de la historia moderna del país.

QUIZÁS EL MÁS IMPORTANTE de los rasgos comunes a República Restaurada y Porfiriato —y, por lo tanto, de nuestra historia moderna— sea el de una sociedad que, tras desgarrar la maraña tradicional, se siente nueva y capaz de elegir libremente el modelo de la Europa occidental como más moderno y ventajoso. Consciente, sin embargo, de la distancia que la separa de esa meta, pretende alcanzarla a paso redoblado, y avanza, por supuesto, pero no sin que su conformación final denuncie las capas superpuestas de la sorpresa, el aturdimiento y la frustración.

Se trataba, en efecto, de una sociedad nueva. No, como es obvio, porque sus componentes carecieran de antecedentes en México y mucho menos en el mundo; pero sí porque, concluido el período propiamente formativo del país, se creyó que al fin la suerte daba a México la ocasión feliz para el desenvolvimiento de esos componentes. Se tiene la impresión de que cobra nuevo vigor el deseo de que México se convierta en un país próspero, unido y fuerte, y es indudable que fue común la creencia de que el triunfo del liberalismo, filosofía virgen, dinámica y progresista, imponía la necesidad de intentar de una vez por todas esa empresa, a la cual, por otra parte, se tuvo como hacedera pronta y fácilmente, pese a su magnitud y a la pesadilla inolvidable de tanto fracaso anterior.

La necesidad y la viabilidad de un México rico son proclamadas por todos hasta convertirse en una filosofía nacional pródiga en consecuencias, felices algunas y otras muy desafortunadas. Una es la de sobreestimar la riqueza natural del país y subestimar el número y la calidad de sus habitantes. Otra engendra el gozo confiado al ver una burguesía que apenas nace levanta el vuelo para apoderarse de todos los resortes vitales de la nación sin compromiso alguno de beneficiarla. Una tercera da lugar al optimismo iluso de la inmigración extranjera y al despilfarro monstruoso de las tierras baldías para acelerar el poblamiento del país y salir de una agricultura

mezquina y rutinaria. La cuarta es el llamamiento al capital extranjero hecho sin dudas ni reservas, o los incentivos extremos del Estado para ligar pronto al país con ferrocarriles, caminos, telégrafos, teléfonos y modernos vapores. El fin, otra más es la que condena al indio como hombre anticuado, impermeable al aguijón del lucro, y porque el pobrecillo sigue viviendo en su viejo mundo metafísico y no en el nuevo, el positivo, como lo revela el terco empeño suyo de confiar la solución de sus problemas a la magia, nunca a la ciencia ni a la técnica.

Nuestra sociedad moderna vivió de la filosofía liberal europea y norteamericana, si bien con desviaciones ya notables al iniciarse la República Restaurada, y que al avanzar el Porfiriato llegaron hasta convertir la autóctona en una caricatura de la filosofía original. Parece claro, por ejemplo, que el individualismo se acentuó notablemente entre los miembros de la clase media de toda la nación, y aun entre los de la baja que habitaban en los grandes centros urbanos. Esto se debió en alguna medida a los avances nada despreciables de la instrucción en todos sus órdenes, a la difusión de la prensa y al mejoramiento general de los medios de comunicación. El resultado fue que de la masa informe y estática del grupo o clase, comenzó a destacarse un individuo con reacciones propias, que lo hacían obrar más y más como persona aislada, peculiar, y no ya como simple parte de un todo mayor. Es bien claro, digamos, que si no hubo un progreso notable en el concepto jurídico de ellos, los derechos civiles se practicaron cada vez más merced a circunstancias favorables.

La movilidad de la población creció, de modo que la colonización interior del Norte con emigrantes de los Estados de la Altiplanicie cobró un impulso tan decidido que parece un fenómeno visto por la primera vez. A esa movilidad demográfica correspondió el de una mano de obra también más móvil, fenómeno de individualización todavía más significativo. Las tareas elementales de abrir brechas, nivelar el terreno, tender y afianzar la vía de los ferrocarriles, se emprendieron con trabajadores que solían proceder de regiones muy alejadas del lugar donde las obras se hacían. Y la desintegración pro-

gresiva de la artesanía ante los empujes de la industria moderna fueron una nueva ocasión para que el hombre, en efecto, sintiera más el peso de su circunstancia personal, que lo obligaba a reaccionar y decidir por sí mismo, sin la protección o la guía de una clase o grupo, viéndose obligado así a ejercer su "derecho" de elegir una profesión o medio de vivir. Y si en el peón, el artesano y el obrero hubo una individualización progresiva, la hubo aún mayor en quienes resolvieron lanzarse a las nuevas empresas económicas que el auge general del país iba creando: hasta entonces la regla general había sido que un joven bien dotado sólo optara entre la burocracia y la profesión liberal, mientras que ahora podía intentar con mayores y mejores oportunidades ser empresario agrícola, industrial, comercial, minero o de transportes.

En muchos otros aspectos de la vida social se advierte el acento individualista, como en la concepción de la beneficencia o de las instituciones encargadas de ejercerla. Se condena, por ejemplo, la caridad como antiliberal, pues le impide al hombre sentirse responsable de su propia suerte y resolver sus problemas con los recursos personales suyos. El alcoholismo no se ve como un mal social, hijo de condiciones ambientales —pobreza o ignorancia— cuya modificación rebasa la capacidad y los recursos del individuo y que por eso debe ser atacado por la sociedad misma. Al contrario, se le juzga como un vicio personal, cuya solución toca al individuo que ha caído en él, pues de la voluntad propia depende su liberación. Un concepto semejante se tiene de la prostitución, atribuída, sobre todo, a apetitos carnales que se sobreponen a la noción moral del bien porque la ramera tiene una conciencia depravada. Más aún: se sabía que México era un país de mortalidad muy alta, sobre todo infantil, pues más de la mitad de los nacidos moría antes del primer año de edad. Pues bien, la opinión dominante fue, no que esta deplorable situación se debiera a causas generales recónditas, como la naturaleza o la sociedad, sino al individuo, sucio, imprevisor, vicioso.

LOS PROGRESOS indudables del individualismo —benéficos unos y dañinos otros— partieron también de esta otra idea

esencial del liberalismo: el Estado no ha de tomar la iniciativa en la solución de los problemas colectivos, ni convertirse en agente activo y menos todavía en el único agente de esa solución. Debe limitarse a crear condiciones propicias a una acción privada fecunda, a la que se confía el progreso general del país. El primer código de salubridad, por ejemplo, es bien tardío, de 1891, y su aplicación se limita al Distrito Federal y a los Territorios de Baja California y Tepic. El Consejo Superior de Salubridad sólo tenía funciones consultivas, y aun en los casos trágicos de epidemias que nacidas en un Estado avanzaban sobre otros amenazando convertirse en nacionales, el gobierno federal vacilaba en ofrecer sus auxilios, y más todavía en crear una dictadura sanitaria, porque en seguida se escuchaba la protesta —que ahora se consideraría pueril— de la soberanía local, violada, digamos, por un cordón sanitario.

Por eso la naturaleza y la magnitud del problema educativo apenas se percibieron parcialmente, y fueron muy indirectos, aun cuando no del todo infructuosos, los medios usados para atacarlo. El hecho de que en el Distrito Federal, donde era mínimo, el analfabetismo llegara al 62 por ciento de la población, que ascendiera a 84 el promedio nacional y que existieran zonas como el Estado de Guerrero, donde la ilustración era tan universal que sólo seis de cada cien personas sabían leer y escribir, podría haber quitado el sueño y la vanidad a cualquier régimen político. Pero no ocurrió así, en parte porque no se creía que cambiar esta situación fuese una tarea apremiante y exclusiva del Estado, y en parte —reacción también muy liberal-individualista— porque se creía que la *élite* intelectual creada en la Escuela Nacional Preparatoria y los institutos provincianos acabaría por contagiar de erudición y sabiduría a todos. En cuanto a los guerrerenses, al parecer se limitaron a reverenciar a esas seis personas que sabían leer y escribir con la misma admiración que guardaban para las apariciones milagrosas.

La conciencia de un problema educativo nacional no fue, pues, tan despierta ni tan exaltada como lo exigían su urgencia y sus proporciones abrumadoras; y la que hubo, buscó el

medio indirecto de convocar a congresos pedagógicos de los que se esperaba una opinión común para conocerlo y resolverlo. Falto el gobierno federal de un mandato constitucional que le permitiera extender su acción a los Estados, y estando la instrucción elemental en manos del ayuntamiento —el organismo oficial más desamparado—, no se halló mejor camino que esos congresos para estimular la acción educativa y conformarla a las prácticas mejores. Los congresos sirvieron, sin duda, a un propósito útil, pues aun cuando abundaron en ellos una chabacanería y una improvisación irritantes, fueron un foro en que se ventilaron las necesidades, los medios y las aspiraciones educativas.

El mismo significado de nulidad de la acción del Estado y de insensibilidad para ciertas realidades sociales tiene el afán de hacer venir inmigrantes europeos que sacarían al indio de su agricultura envejecida y rutinaria, enseñándole el cultivo de la vid y las hortalizas, la cría de abejas y del gusano de seda. Enrique C. Creel aseguraba que cien mil inmigrantes europeos valían más que medio millón de “indios del interior”; pero a nadie se le ocurrió pensar que si el problema consistía en enseñar al indio esas maravillas, bien podía hacerlo el Estado más directamente y con menos dispendio y desajustes sociales y económicos. Tampoco surgió la pregunta de qué ocurriría con el indio si el país iba a ser invadido por el torrente de inmigrantes.

Esto de querer escapar a la realidad del indio puede explicar la puerilidad de muchas de las opiniones de la época sobre el tipo de inmigrantes que el país necesitaba. Durante el período más agudo de la controversia, no parecía haber una sola persona informada cuyas opiniones se fundaran en una observación próxima y en su propio medio del inmigrante, o en haberlo visto aclimatarse y desenvolverse en el medio extraño de Estados Unidos o de Argentina, los dos países que se tenían en esto como modelos. La puerilidad llegaba hasta el extremo de sostener que no era autóctona la mugre del indio, sino que tenía un origen morisco, pues el indio —se decía— era desaseado por pobreza, no por tradición. Así se evadía de nuevo la molesta realidad de que si el indio había sido tradicional-

mente pobre, su mugre también había acabado por tener la pátina de la tradición.

En el volumen tercero se dijo lo mucho que de las estadísticas esperaban los hombres de aquella época: se creía que sin ellas la nave del Estado, falta de brújula, caminaría a la deriva. Esta fe desorbitada es común a la República Restaurada y al Porfiriato; pero mientras aquélla logró escasos progresos, éste llegó a las mejores estadísticas logradas hasta entonces. Cinco años después de la victoria de Tecuac se crea la Dirección de Estadística con el encargo de elaborar los censos generales y parciales del país. Sin embargo, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, una corporación privada que hasta entonces había sustituido al Estado en esta función inevitablemente pública, no deja de intervenir en los censos hasta 1890. Y todavía es más significativo que en el de 1910 subsista la arraigadísima creencia de que un hombre, con aislarse en su casa para hacer unas cuantas operaciones aritméticas, podía llegar a cifras tan buenas o mejores que las de un organismo oficial dedicado precisa y exclusivamente a la tarea. Así, *El Imparcial*, en vísperas de ese censo, ofreció premiar con una buena suma al lector suyo que propusiera el mejor "cálculo" de los habitantes de la ciudad de México; y la ofrecía, no con el sentido de un pago a quien adivinara el número que saliera premiado en un sorteo de la lotería, sino con el convencimiento de que un individuo sagaz podía hacer una obra tan acertada como el Estado. Uno puede pensar hoy que nuestros censos de población, agropecuario, industrial o de edificios, son muy imperfectos y aun detestables; pero resulta inconcebible que un individuo pueda ofrecer resultados mejores.

OTRO RASGO fundamental de la filosofía liberal influyó en nuestra vida social moderna, si bien circunstancias peculiares lo acentuaron. El liberalismo europeo y norteamericano creía ser la filosofía del mundo civilizado: nada ni nadie podría ponerla en duda y menos negar sus fundamentos, y justamente porque sus progresos habían sido muy pausados y penosos, su victoria daría frutos indefinidamente, pues la vida del árbol es tanto más prolongada cuanto su desarrollo es más lento y difi-

cil. Harold Laski ha hecho esa observación, y ha agregado que el liberalismo jamás sospechó que los obreros, aliados importantes de la burguesía en la batalla contra el poder absoluto de la monarquía, pudieran rebelarse contra ella alguna vez.

En México ocurrió esto y de un modo muy acusado, pues era inevitable una visión complaciente y optimista cuando el país gozaba por primera vez de un período prolongado de paz y cuando se tocaban ya con las manos los frutos primeros de un progreso económico que se consideraba colosal. A esto debe agregarse que mucha de esa visión la propalaban, como era natural, los dirigentes del Porfiriato. Sólo un caso de inconcebible esquizofrenia o de personalidad dividida hubiera podido evitar que un individuo como Olegario Molina tuviera una visión pesimista o insegura del país, y no la que realmente tuvo, la de que México y los mexicanos vivían en el mejor de los mundos posibles. Ministro de Fomento —es decir, jefe del ministerio que debía enriquecer al país— y gobernador de Yucatán al mismo tiempo, usaba de ambas posiciones para amasar una fortuna fabulosa despojando de sus tierras a los campesinos yucatecos y beneficiándose de que el enorme progreso de la agricultura del Lejano Oeste norteamericano garantizaba un mercado estable y lucrativo del henequén.

El Porfiriato no debió haber conocido un desconcierto mayor que la admisión forzosa de que “la cuestión social” había brotado y se extendía hasta el grado de que el año de 1907 presenció veinticinco huelgas importantes. La paz en el sentido de orden público era para entonces general, pero no ya en el del ánimo, pues las comunicaciones y las inversiones extranjeras habían creado un capitalismo incipiente, pero capitalismo al fin, y con él todos los elementos de inestabilidad de la sociedad moderna. Los bajos salarios, las jornadas interminables, el trabajo dominical y nocturno, la insalubridad e inseguridad de los talleres y ciertos abusos flagrantes como las deducciones a la raya hechas a guisa de multas, fueron asociando a los obreros hasta hacerlos sentirse fuertes para desafiar al patrón, al gobierno y al país. Los dirigentes oficiales no estaban preparados para pensar seriamente en estos problemas y menos para resolverlos. Por eso, no debió desentonar mucho

de la opinión coetánea la personal de Telésforo García, hombre que había sido inteligente alguna vez y aun buen escritor. Justificaba el trabajo nocturno porque el encierro en la fábrica alejaba al obrero de los centros de vicio, y porque, en todo caso, la fábrica era mejor sitio para pasar la noche que la pocilga del obrero.

El Porfiriato debió sentir aturdimiento por la extensión que alcanzaba "la cuestión social" y por la frecuencia con que aparecían y reaparecían sus síntomas. En Río Blanco, por ejemplo, el primer conflicto obrero-patronal ocurre en 1896, el segundo en 1898, el tercero en 1903, y en 1906-07 la huelga famosa y sangrienta. La causa del primer conflicto fue la orden de aumentar la jornada semanal de trabajo en ocho horas sin compensación para los trabajadores; la del segundo, un sistema de deducción a los salarios como pena al trabajo defectuoso; la del tercero, un capataz a quien se calificaba de arbitrario y soez; pero la causa del conflicto de 1906 es ya la oposición franca entre los obreros asociados en el Gran Círculo de Obreros Libres y los empresarios organizados en el Centro Industrial de Puebla.

La razón de los primeros conflictos fue, pues, de un carácter circunstancial y fácilmente remediable; la del último, en cambio, tomó ya la forma de una organización permanente destinada a defender intereses permanentes. Las consecuencias del último conflicto fueron, en efecto, duraderas, como lo indica el laudo que intentó ponerle término.

Ya fue significativo el hecho de que la gravedad de la huelga condujera a recurrir a una autoridad superior para que fungiera de árbitro, y que se pensara en el obispo de Puebla y en el propio presidente Díaz. El laudo de éste significó el primer gran descalabro de la noción complaciente de ser el mexicano un mundo beatífico y de la idea de que el Estado no debía intervenir en nada que pudiera hacer el individuo; negaba el principio liberal de que las leyes a que están sujetos los fenómenos económicos resuelven por sí solas, de modo natural, los desajustes económicos. El laudo proponía obligar al patrón a contestar dentro de un plazo de quince días cualquier demanda escrita de los trabajadores; proponía un salario igual

para trabajo igual en todas las fábricas de textiles del país; prohibía los descuentos destinados a pagar la asistencia médica, para hacer de ésta y de la educación de los hijos de los trabajadores obligaciones gratuitas del patrón. Proponía también desterrar el trabajo de los menores de siete años, y limitar el de los mayores de esta edad, pero todavía no adultos, a media jornada diurna.

El capitalismo extranjero que hizo inversiones en México confiaba la administración y el manejo técnico de sus negocios a extranjeros: desde el coronel Green, gerente de la Cananea Consolidated Copper Company, hasta el despachador y el maquinista de los ferrocarriles y los químicos o mecánicos de las fábricas de textiles. Día llegó en que el obrero o el técnico mexicano se creyeron preparados para sustituirlos, y por eso en los conflictos obrero-patronales serios se mezcla la reivindicación nacionalista a la de clase. El de Río Blanco se aviva en sus fases iniciales con gritos de "¡Viva México!"; los huelguistas de Cananea desfilan llevando al frente la enseña tricolor, y su principal agravio es la disparidad de sueldos y salarios entre mexicanos y norteamericanos; por su parte, los ferrocarrileros no piden otra cosa que sustituir a los norteamericanos en ocupaciones que consideran suyas. Así, el capitalismo extranjero, que ayudó a consolidar la paz militar del Porfiriato, fue causa de que se perturbara la paz social al crear un obrero con conciencia de clase y sentimientos nacionalistas.

EL MARCO en que se desarrolla la vida social de la República Restaurada y del Porfiriato lo dio, pues, el liberalismo que privó sin rival en la Europa occidental y en Estados Unidos hasta bien entrado el siglo xx; pero el liberalismo —aun el más puro es ya una curiosa adaptación del europeo— cambió de la República Restaurada al Porfiriato, y en éste no fue igual al principio que al término del régimen.

Las grandes figuras políticas de la República Restaurada, Juárez, Lerdo, Iglesias o Zamacona, tenían sus ideas perfectamente formadas en 1859, cuando triunfa lo que se ha dado en llamar el liberalismo reformista, pues para entonces el primero tenía 53 años, el segundo 36 y los dos últimos 33.

Igual ocurre con los teóricos de ese liberalismo, digamos con Gabino Barreda o José María Vigil, entonces de 35 y 31 años de edad. El panorama es enteramente distinto en cuanto a los políticos y los teóricos del Porfiriato: Díaz, el más viejo, tenía 29 años entonces, Pablo Macedo apenas 8, Ramón Corral y Limantour 5, y Rosendo Pineda 4. Entre los teóricos del régimen, Justo Sierra y Francisco Bulnes eran entonces de escasos 11 años, Emilio Rabasa de tres y Joaquín Casasús sólo tenía uno.

Todo un mundo los separaba, como hombres pertenecientes a dos generaciones realmente distintas. Así, era natural e inevitable que su liberalismo no fuera el mismo: Justo Sierra, cuando llega a los 30-32 años, es en 1878-80 el primer liberal que censura sin piedad la Constitución de 1857; Francisco Bulnes mide en 1903 el progreso político del México porfiriano con la admisión que hicieron los intelectuales de entonces de que "el jacobinismo es y será un fracaso", pues el país había resuelto despojarse de la "vieja y tonta vanidad" de copiar servilmente la vida democrática de Estados Unidos; y Emilio Rabasa consume en 1912, con su libro *La Constitución y la dictadura*, el descrédito de la constitución liberal y la apología del régimen que la desdeñó.

Al hecho de pertenecer los hombres de la República Restaurada y del Porfiriato a dos generaciones distintas, deben agregarse dos más importantes. Basta con mencionar uno de ellos; pero el otro conviene elaborarlo algo. La fe en el liberalismo puro o primitivo, el político, pero más el económico y más todavía el social, fue debilitándose a medida que llegaba a su término el siglo XIX, para sufrir una crisis extrema con la primera guerra mundial. Los liberales del Porfiriato presenciaron ese desgastamiento, lento pero continuo, mientras que los de la República Restaurada no lo alcanzaron, o porque murieron a tiempo o porque la ola del cambio que partía del Occidente de Europa llegaba a playas mexicanas sin calor, sin fuerza y con un retardo de veinte o veinticinco años.

El otro hecho es que los liberales de la República Restaurada sometieron a duras pruebas su liberalismo político, y

en términos generales lo vieron salir airoso, a pesar de que la falta de un orden público firmemente establecido creó en ellos la sensación de que quedaba aplazada la prueba completa y permanente. Menos ocasión hubo de experimentar el liberalismo económico, pues las revueltas con que tuvieron que luchar les impidió pensar en planes de gran alcance, y su ocupación predominante fue liquidar la anarquía que heredaron y ahogar la nueva que se alzaba contra ellos. Todavía fue menor la ocasión de sujetar a prueba su liberalismo con los problemas sociales, pues éstos son de más fondo, los medios para atacarlos menores y débiles, a más de que el resultado de la acción sólo puede verse tardíamente. La larga paz porfiriana, el renacimiento económico y un asentamiento general de la sociedad, pusieron forzosamente a una prueba plena las ideas liberales, cosa trágica, pues ya para entonces la fe encendida en el liberalismo se había extinguido en México, y en Europa y Estados Unidos se iba enfriando paulatina, pero constantemente.

DESDE UN PUNTO DE VISTA real y desde un punto de vista psicológico, era fatal que la paz porfiriana ejerciera una influencia profunda en la forma de plantear ciertos problemas y en la de enfocar su solución. Mientras el país careció de ella, fue posible sostener ciertas opiniones cuya veracidad dependía justamente de que hubiera paz; cuando ésta vino y subsistió sin alterarse, resultó imposible mantenerlas por más tiempo. Así ocurrió, por ejemplo, con el gran problema del atraso económico de México. El Porfiriato heredó de la República Restaurada la idea de que el territorio nacional encerraba una riqueza natural fabulosa; y heredó también la consecuencia lógica de que el país era pobre porque su población resultaba cuantitativa y cualitativamente inferior a la gran tarea de explotarla. Pero en el Porfiriato llega a hacer crisis esa idea, hasta tocar el extremo casi opuesto de que en los recursos naturales de México había huecos imposibles de llenar, tal la falta de grandes ríos navegables, que a semejanza del Mississippi, lo cruzaran comunicándolo, regándolo y dotándolo de energía.

En el fondo, la crisis de la idea de una riqueza natural de ensueño se debió a la paz y no a un mejor conocimiento de la calidad y cuantía de los recursos naturales del país. A la paz, porque se descubrió que en algunos problemas su influencia era menor o nula de plano; a la paz, también, porque dio ocasión de observar y meditar. Por más que se quisiera, la paz en nada remediaba ni remediaría nunca la desafortunada circunstancia de que la precipitación pluvial es insegura y escasa en toda la altiplanicie central; pero la paz daba el sosiego para medir la verdadera significación de esta desventaja, que pronto se tuvo como insalvable.

La paz, pues, condujo a la necesidad de admitir que ciertos problemas nacionales, sobre todo los mayores y los más viejos, recibían de ella poco o ningún alivio; pero no siempre la paz dio con los remedios más acertados. En el caso del retardo económico de México, trajo la acentuación de considerar a la población indígena como muy inferior a la tarea que de ella se esperaba, y la consecuencia lógica de ver en la inmigración el remedio a tan grave mal. Y esto, a su vez, condujo a la política de baldíos, materia de mucho comentario demagógico, pero que incuestionablemente constituye la mayor aberración del Porfiriato: tras de ser un acto vandálico injustificado ética y jurídicamente, resultó inútil desde el punto de vista económico, pues el país nada ganó con él. Esa política de baldíos no sólo exhibió en sus aspectos más repugnantes a luminarias del régimen como Pablo Macedo y Olegario Molina; exhibió también la incapacidad de sus mejores inteligencias para admitir la simple realidad de que este país era del indio que lo ocupaba desde tiempo inmemorial, y trajo consigo también que una eminencia jurídica como Jacinto Pallares, a quien unos indios consultaban sobre cómo evitar la pérdida de sus tierras al ser denunciadas como baldíos, sólo discurriera la formación de cooperativas que permitieran una administración en común.

Los males sociales del individualismo —que muy a tiempo señaló con pasión Justo Sierra— tuvieron en la República Restaurada una explicación: al individualismo social correspondía un individualismo político, pues el individuo era y

debía ser independiente del Estado, y la ley, la Constitución la primera, estaba allí para garantizar esa independencia. Y el individuo fue y se sintió libre del Estado, reclamó y ejerció sus derechos políticos. El individualismo social porfiriano, el concepto de que el individuo poco o nada debía a la colectividad, resultaba grotesco frente a la sumisión política a una tiranía. La boga del positivismo subrayó esta situación paradójica, pues hizo más desaprensivo al individuo en sus relaciones con la colectividad, y ello sin la compensación de que el país progresara mayormente en la ciencia y en la técnica.

El concepto abstencionista del Estado y el consecuente embarazo de éste para atacar los problemas sociales nacionales, tuvo una gran realidad en la República Restaurada, pues ese concepto había sido incorporado en leyes, y el liberal de entonces sentía la imposibilidad de contrariar o burlar con los hechos la ley, puesto que hizo de ésta un fetiche con su santuario y su culto. Así ocurría, por ejemplo, con el principio federalista, que impedía una acción federal en materia de salubridad o de educación. Durante el Porfiriato el obstáculo de la ley había desaparecido porque nadie creía en ella, todo el mundo la burlaba y hubiera podido ser modificada en cualquier momento. Recuérdese, por ejemplo, este dicho de Emilio Rabasa, verdaderamente significativo:

La dictadura de Díaz se caracterizó, sobre todo, por el respeto a las formas legales, que guardó siempre para mantener vivo en el pueblo el sentimiento de que sus leyes, si no eran cumplidas, eran respetadas, y estaban en pie para recobrar su imperio en época no lejana.

En ese ambiente, con esas creencias cuyo cinismo parece insuperable, es difícil entender cómo en el Porfiriato el gobierno federal no llegó a descubrir la forma de acelerar la educación o la salubridad del país usando el método inocente de los subsidios o de los impuestos especiales cuyo rendimiento se dedicara a ese fin.

EN CUANTO a si hay una diferencia señalada entre la vida social moderna de México y la contemporánea, la que se

inicia con la Revolución mexicana, basta apuntar una, que es fundamental: la sensibilidad para advertir las cuestiones sociales, el reconocimiento de que no hay ni puede haber barrera teórica alguna para resolverlas, y que son ellas los verdaderos problemas de México, cambian tan radicalmente, que diez años después de haberse desplomado el Porfiriato se siente que México vive en un mundo tan nuevo que cuesta trabajo imaginar cómo podía haber existido otro distinto. De hecho, la Revolución mexicana puede reclamar el título de haber sido el primer gran movimiento que pone en duda las bases del liberalismo a la *siglo XIX*.

LOS RASGOS fundamentales del país apenas cambiaron en el Porfiriato. En ocasiones, sin embargo, sorprende que no se comprueben ciertas transformaciones que se han proclamado como características de ese régimen, y en otras, a la inversa, que se haya puesto poca atención en cambios profundos que se iniciaron entonces y que se han tenido como característicos de nuestros días.

La muy desigual distribución de la población en el territorio nacional subsistía, de modo que algo más de un tercio de ella habitaba en una superficie que apenas llegaba a la décimoquinta parte del total. Se mantenía el hecho en apariencia absurdo de que mientras las costas, con tierras buenas y agua abundante, y la zona norte, con clima vigorizante y recursos minerales y forestales nada despreciables, tenían una población mucho menor de la que podían mantener, el gran altiplano central, con buen clima, pero con tierras pobres y lluvia insuficiente, estuviera sobrepoblado. Los rigores del clima costero, y sobre todo el miedo a su insalubridad, desalentaron la inmigración interna hacia el mar, así como la incomunicación y la falta de capitales la limitaba al Norte. La "marcha hacia el Norte", que se inicia durante la República Restaurada, se acentúa ahora vigorosamente con la construcción de las grandes arterias ferrocarrileras que ligan a México con Estados Unidos, así como con la inversión de capitales en nuevas empresas mineras y en los primeros ensayos de industrialización de aquella zona.

En esa forma ocurre que los Estados del Norte bien pronto tienen entre su población hombres jóvenes de todas las regiones del país, aun de las más alejadas. Igual cosa pasa en el Distrito Federal, que con su atractivo de gran ciudad y centro del poder político recibe durante los quince últimos años del Porfiriato unos ciento cincuenta mil habitantes de toda la nación. Sin embargo, a pesar de todas estas mudanzas, la población mexicana sigue estando mal distribuida y conserva el carácter que le da el ser rurales las tres cuartas partes de ella. Asimismo persevera con fuerza su naturaleza indio-mestiza.

Otro rasgo secular apenas cambió, y eso a pesar de que en este punto ha sido general considerar a los ferrocarriles como un elemento verdaderamente revolucionario. Al igual que la República Restaurada, el Porfiriato creyó que el mayor obstáculo a la difusión de la instrucción era un círculo vicioso de mal entendimiento: mientras el elemento dirigente ignoraba los idiomas indígenas y no podía darse a entender con plenitud, una buena parte de la población ignoraba el español o tenía de él un conocimiento demasiado incierto y rudimentario. A esto, ya de por sí desafortunado, debía agregarse que eran muy numerosos los idiomas indígenas, y que ninguno parecía capaz de sobreponerse a los demás y transformarse en el transmisor de la cultura y la civilización occidentales. Las estadísticas de que se dispone no son bastante claras; pero se sabe que mientras en 1895 el 83 por ciento de la población podía expresarse en español, en 1910 ese tanto por ciento subió a 87. Puede estimarse, pues, que a lo largo de los treinta y cuatro años del Porfiriato la ganancia total fue apenas de un diez por ciento. Se ignora, por supuesto, qué conocimiento del español puede esconderse en esas cifras; pero es de presumirse que se limitara al entendimiento de cuestiones tan concretas como precio, cantidad, o distancia. Y todo ello a pesar de la paz, del progreso espectacular de las vías de comunicación y de avances educativos indudables.

Estos, juzgados nominalmente, impresionan, pues de 5,960 escuelas primarias en 1874, se pasa a 10,127 en 1907, lo cual significa la creación de unas 126 escuelas cada año; pero ni

este esfuerzo se reflejaba plenamente en la asimilación del indio, pues durante el Porfiriato se hizo más por la instrucción primaria urbana que por la propiamente rural, del mismo modo que se atendió más a la enseñanza superior y media que a la elemental.

EN EL EXAMEN de todas las cuestiones sociales de la época participó con gran desenfado y perseverancia la iglesia católica, a través de sus más altos dignatarios o de los periódicos católicos. La iglesia se sintió con gran libertad para hacerlo así, primero, porque como le estaba vedada la acción política directa, la crítica social era un modo de hacerse escuchar sobre problemas que preocupaban a la generalidad del país y de hacer sentir su influencia; segundo, porque esa crítica social daba un pretexto para la crítica política, la doctrinaria y la personal; tercero, porque la iglesia, en contacto secular estrechísimo con algunos de estos problemas —el del peonaje, por ejemplo—, debió de sentirse mucho más capacitada que la autoridad laica para dar con las soluciones; en fin, la iglesia católica se sentía más libre para opinar porque no tenía la responsabilidad que tiene un gobierno, y porque su filosofía parecería como hecha para entender estos problemas.

El lector comprobará fácilmente que el autor de este tomo ha recogido celosamente la opinión y la acción católicas en toda la vida social del Porfiriato, de modo que en su caso será insostenible la crítica que se ha hecho a los otros volúmenes de no haber dado a la iglesia el lugar que merecía. Con esa información tan completa y tan variada, el lector se formará su propia opinión sobre la agudeza del pensamiento y la eficacia de la acción católicos en materia social. Para mí, ni el pensamiento fue singularmente agudo, ni la acción muy eficaz. Mucho sorprende desde luego que se limitara a “pedir”: pidió la lucha contra el alcoholismo y el trabajo dominical, pidió que el terrateniente creara en sus haciendas alguna escuela, pidió la difusión de la buena prensa, etc. Esto sin que la iglesia católica diera o hiciera algo, por ejemplo, combatir ella misma, directamente y con la autoridad sin rival de su ministerio,

el alcoholismo, el trabajo dominical o la prostitución. La iglesia "pedía" también que se enviaran misiones educativas entre los indígenas, como si no tuviera toda una organización secular que la mantenía en contacto con ellos.

Desconcierta, además, que la iglesia resultara tan ineficaz como el Estado al apelar a los buenos sentimientos de los hacendados cuando le pidieron su ayuda para educar al campesino mexicano. El fracaso de este llamamiento moral de la iglesia católica fue tan completo, que uno de sus más distinguidos corifeos, Trinidad Sánchez Santos, se creyó en la necesidad de anunciar que los hacendados no podrían quejarse ya de ignorar el vaticinio de que se les venía encima la borrasca. La obra directa de la iglesia tampoco era para lucirse con orgullo: en su mejor época, por ejemplo, sólo contribuyó con catorce escuelas nuevas al año, mientras las oficiales se multiplicaban a un ritmo de ciento doce.

No quiere decir todo esto, sin embargo, que las opiniones de la iglesia católica carezcan de interés o de utilidad. En primer lugar, lo mismo cuando concordaban con otras que cuando discordaban, fue una voz en el debate, y no una más así simplemente, sino de gravedad extraordinaria. Esta voz, en general discordante, se apartó del coro oficial, demasiado uniforme y monótono. En fin, aun sin ningún acento heroico, no fue una voz reaccionaria, pues a más de disonar del gobierno, no hizo segunda al hacendado o al industrial. En ocasiones las necesidades de la escaramuza política diaria la hicieron injusta, como cuando llamó a Justo Sierra "el gran descatolizador de los niños mexicanos", o deliberadamente desacertada, como cuando vaticinó que en una generación más todos los niños mexicanos serían ateos porque en las escuelas laicas oficiales se educaban tres veces y media más niños que en las particulares católicas. Pero, en cambio, fue quizás la primera que señaló como obligación del patrono compensar al obrero en los casos de accidentes del trabajo.

MUY BUENA PARTE de este libro descansa en una información estadística cuya recolección, ordenamiento, cálculo, comprobación y presentación se llevó cinco años de esfuerzo continuo,

y que no podía presentarse en este tomo, ni siquiera como apéndice, pues forma ciento sesenta y tres cuadros que ocupan doscientas cincuenta páginas. Por eso se ha publicado aparte bajo el título de *Estadísticas sociales del Porfiriato, 1877-1910*. Todo lector que quiera conocer en detalle el fundamento de muchas de las generalizaciones de este tomo de la *Historia Moderna de México*, o que desee proseguir él mismo el estudio de algún tema, debe acudir a él. Descansa también en extensas lecturas encaminadas muy particularmente a presentar la vida social nacional y no simplemente la capitalina; su variedad y amplitud pueden estimarse en la Bibliografía y en las Notas. El autor hizo esas lecturas con la ayuda de Carolina González Valadés.

El primer reconocimiento público que debo hacer en cuanto a este tomo es a don Gilberto Loyo, secretario de Economía, y a don Rodolfo Flores Talavera, director general de Estadística, por haber aceptado editar en la serie de publicaciones de la Dirección de Estadística ese tomo de *Estadísticas sociales del Porfiriato*, recogidas por Moisés González Navarro y cuyo cálculo hizo María de Lourdes Caire. Al maestro Diego Rivera por su bondadosa autorización para usar dos lienzos de su precioso fresco del Prado en la cubierta de estos tres tomos últimos de la *Historia*. A los profesores José Miranda y Luis González y González debo agradecerles la ayuda que me prestaron en el ajuste preliminar del manuscrito, para equilibrarlo mejor y reducirlo a las dimensiones que exigía su publicación. Al doctor Manuel Martínez Báez por habernos ayudado a comparar y trasponer el cuadro de las enfermedades usado en el Porfiriato con los que se usan en la actualidad. A don Jacobo Pérez Verdía, porque revisó el capítulo de las corridas de toros. Y a las siguientes personas e instituciones su colaboración para obtener y seleccionar las ilustraciones: Museo Nacional de Historia; Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Hacienda; Departamento de Bibliotecas del Instituto Nacional de Antropología e Historia; Hemeroteca Nacional; Armando de María y Campos; Francisco Cornejo, del Rancho del Artista; Ricardo Lancaster Jones; Luz Mene-ses y don Manuel Marcué Pardiñas.

LA MUERTE DE JESÚS CARRANZA

Stanley R. Ross

MALOS DÍAS FUERON los del mes de diciembre de 1914 para Venustiano Carranza y para la causa constitucionalista que él acaudillaba. Fue entonces cuando se recibieron noticias de la captura de Jesús Carranza, hermano menor del Primer Jefe. Este dramático y patético incidente dejó al desnudo el carácter íntimo de don Venustiano, y gracias a él puede el historiador comprenderlo mejor en cuanto hombre.

La unidad que habían conseguido mantener las fuerzas de la Revolución mexicana bajo el mando de Villa, Carranza y Zapata en su lucha contra el usurpador Victoriano Huerta, no perduró mucho tiempo una vez eliminado el enemigo común. Venustiano Carranza entró triunfalmente en la ciudad de México el 20 de agosto de 1914. Cuando la Convención Militar de Aguascalientes asumió el poder soberano y trató de quitarle a Carranza el poder ejecutivo del cual se había hecho cargo, el Primer Jefe desconoció a la Convención, causando con ello una ruptura definitiva en las fuerzas revolucionarias, cada día menos unidas. Entre el 18 y el 24 de noviembre, las fuerzas constitucionalistas de Carranza, debido a una serie de acontecimientos militares desfavorables, tuvieron que evacuar la capital y se retiraron al Sudeste.

Hacia fines de este mes de diciembre de 1914, la situación de los carrancistas no era precisamente brillante. Sus fuerzas se hallaban dispersas por todo el país. La porción septentrional, con los Estados de Tamaulipas y Nuevo León y el Sudeste de Coahuila, no tardaría en quedar reducida a un par de poblaciones fronterizas, además del puerto de Tampico. En la costa del Pacífico, los constitucionalistas seguían siendo dueños de los Estados de Colima y Chiapas, de los puertos de Mazatlán y Acapulco y de la región fronteriza de Agua Prieta, en Sonora. La principal concentración de partidarios de Carranza se encontraba en los Estados del Golfo, en torno al puerto de

Veracruz, capital provisional de los carrancistas, y se extendía hasta el istmo de Tehuantepec. El centro del país, con las ciudades más importantes y la preciosa red ferrocarrilera, se hallaba dominado por las poderosas fuerzas de Francisco Villa, la División del Norte, y hacia el Sur el dueño de la situación era Emiliano Zapata, con su Ejército Libertador.¹

Cincuenta mil hombres del ejército convencionista desfilaron en la ciudad de México, y demostraron su fuerza haciéndose dueños de Puebla, Toluca y Guadalajara durante el mes de diciembre, y de Saltillo y Monterrey a comienzos de enero. El giro de los acontecimientos no tardaría en cambiar: ya Alvaro Obregón comenzaba a entrar en acción con un ejército constitucionalista reorganizado, y los decretos de reforma promulgados por Carranza le ganaron el apoyo de los sectores obrero y campesino.² Sin embargo, las noticias de los nuevos y prósperos sucesos no habían disipado aún la atmósfera sombría que rodeaba el cuartel general del Primer Jefe, cuando se supo que el hermano de don Venustiano había sido preso de un subordinado traidor.

JESÚS CARRANZA había participado lealmente en las aventuras políticas y militares de su hermano. Había desempeñado un modesto papel en la rebelión local encabezada por los Carranza en 1893 contra Garza Galán, gobernador de Coahuila. Durante el régimen de Madero, Jesús actuó como teniente coronel al mando de fuerzas irregulares en Coahuila, cuya gubernatura ocupó Venustiano. Cuando este último desconoció a Victoriano Huerta, el hermano menor se apresuró a sumarse al movimiento rebelde.³ Oficial activísimo en los campos de batalla, Jesús Carranza mereció ser ascendido a general de brigada en julio de 1913.⁴ Aunque de menor estatura y de constitución más corpulenta, era notablemente parecido a su hermano mayor, con quien lo unía un gran afecto. Don Jesús, como lo llamaban cariñosamente sus amigos, era muy querido de todos; uno de sus compañeros de lucha nos habla de su "nobleza" y nos dice que era "todo corazón y bondad".⁵

En agosto de 1914, a raíz de la caída del gobierno de Victoriano Huerta, Jesús Carranza fue enviado al istmo de Te-

huantepec como jefe de operaciones encargado de atender a la disolución de las antiguas tropas federales. El 3 de octubre regresó a la capital de la República después de llevar a cabo el licenciamiento de unos once mil soldados que habían formado parte del ejército federal en la época de Huerta.⁶

A fines de este mes de octubre era evidente que el cisma entre Villa y Carranza se estaba haciendo cada vez más grave. Las dos facciones se empeñaban en engrosar sus filas con cuantos quisieran unírseles, y no tuvieron empacho en admitir a muchos antiguos federales. Desde la sierra de Oaxaca vino a la ciudad de México el ex general federal Alfonso Santibáñez para ofrecer sus servicios a don Jesús. El nuevo voluntario era un individuo bastante grotesco, flaco, de complexión endeble y barba rala, y con unos ojos que nunca veían de frente al interlocutor. A casi todos los carrancistas les parecía un individuo antipático, pero Jesús se confió en él, creyendo que prestaría grandes servicios a la causa en el Istmo.⁷ Santibáñez fue nombrado delegado ante la Convención militar de Aguascalientes, donde habrían de estar representadas las fuerzas de Carranza y de Villa, pero sus credenciales provocaron ciertas discusiones, pues el nuevo delegado no pudo demostrar la existencia de las fuerzas que pretendía tener bajo su mando.⁸ A su regreso de la Convención, Santibáñez recibió de Jesús Carranza el nombramiento de jefe de la guarnición de San Jerónimo Ixtepec (Oaxaca).

En los primeros días de diciembre de 1914, Venustiano Carranza comisionó a su hermano para que visitara los Estados de Oaxaca, Guerrero, Colima y Sinaloa recorriendo los puertos de la costa del Pacífico, con objeto de tener informes de primera mano acerca de la situación política y militar; además, el Primer Jefe quería transmitir instrucciones y enviar abastos de guerra a los distintos caudillos revolucionarios que operaban en esas regiones.

Don Jesús se embarcó en Salina Cruz en el cañonero "Guerrero", mandado por el general Rafael Vargas. Hizo su primera escala en Acapulco, donde logró la unificación de los principales cabecillas del Estado de Guerrero, Julián Blanco y Silvestre Mariscal, quienes firmaron actas de adhesión al

Primer Jefe y a la causa constitucionalista. El enviado les suministró municiones y dinero para que avanzaran contra Chilpancingo, capital del Estado, y, en caso de ser posible, se apoderaran de ella.⁹ El 17 de diciembre llegó don Jesús a Manzanillo, donde recibió la noticia de que el general Diéguez había evacuado la ciudad de Guadalajara en vista de la abrumadora superioridad numérica del ejército villista comandado por el general Felipe Ángeles. Los constitucionalistas se habían replegado hacia Colima en espera de condiciones más favorables, antes de decidirse a tomar la ofensiva; entre esas condiciones favorables contaba mucho la llegada de la división comandada por el general Murguía. En vista de semejante situación, el enviado telegrafió al Primer Jefe pidiéndole más armas, municiones y dinero.¹⁰ La última escala de esta jira de inspección fue Mazatlán, donde Jesús Carranza se entrevistó con los generales Ramón Iturbe y Juan Carrasco, dos de los más importantes elementos constitucionalistas que operaban en Sinaloa.¹¹

Una vez cumplida su misión, Jesús Carranza regresó a Salina Cruz, donde atracó el "Guerrero" el 29 de diciembre. Inmediatamente ordenó apagar las calderas y limpiar el casco, pues esperaba regresar a Sinaloa llevando tropas del Istmo. Sin embargo, tras una conferencia telegráfica con el Primer Jefe, que seguía en Veracruz, tuvo que cambiar sus planes. En efecto, recibió instrucciones de dirigirse a Veracruz para rendir un informe acerca de las condiciones que había observado durante su jira. El hermano del Primer Jefe empleó los dos días siguientes en arreglar algunos asuntos en Salina Cruz antes de abordar el tren que lo llevaría, con sus acompañantes, a la capital provisional.¹²

LA MAÑANA MISMA en que Jesús Carranza llegó a Salina Cruz y recibió de su hermano las instrucciones que acabamos de mencionar, la población veracruzana se disponía a celebrar el santo de don Venustiano. Las personalidades militares y civiles y muchos simples ciudadanos visitaron al Primer Jefe para presentarle sus respetos. Don Venustiano recibió las felicitaciones con su austeridad característica. Más tarde, durante un

banquete celebrado en la Aduana, dijo en su discurso estas palabras:

Es posible que, en el curso de los acontecimientos, algún jefe militar intentase transacciones o arreglos con el pretexto de evitar la efusión de sangre. Pero declaro que, así como cuando luché con la usurpación no admití ni arreglos ni componendas, ahora que la lucha es francamente contra la reacción no transigiré con el enemigo y no admitiré ni entre los míos a vacilantes en el cumplimiento del deber.¹³

Esta regla estaba muy de acuerdo con la índole inflexible de Carranza, y era un resultado lógico de su anterior experiencia revolucionaria: demasiado conocía don Venustiano las consecuencias de esos "arreglos y componendas" y el precio que había pagado por la falta de disciplina. Pero esa severa norma no tardaría en someterse a la más ruda prueba por los acontecimientos que mientras tanto se preparaban en San Jerónimo, en la región del istmo de Tehuantepec.

El general Jesús Carranza salió con su comitiva de Salina Cruz el 30 de diciembre, a las siete de la tarde, en un tren especial del Ferrocarril de Tehuantepec. En su estado mayor se contaban, entre otras personas, un hijo suyo, un sobrino y su secretario, y lo acompañaba además una escolta compuesta de treinta y cinco soldados nortños que habían hecho con don Jesús la reciente jira por el Pacífico, a los cuales se habían sumado cincuenta juchitecos en Salina Cruz.¹⁴

Aunque al maquinista se le habían dado órdenes de no detenerse en ningún lugar, el tren se paró repentinamente en San Jerónimo, cuartel general de Santibáñez, a unos cincuenta kilómetros de Salina Cruz. Muy asombrado, don Jesús mandó preguntar qué pasaba, y la respuesta fue que la escolta estaba deponiendo sus armas. Entonces envió a Santibáñez la orden de presentarse inmediatamente para que le explicara lo ocurrido, y se le dijo que Santibáñez lo aguardaba en su cuartel general. Cuando Carranza y sus acompañantes llegaron al edificio, fueron desarmados y hechos prisioneros. En el furgón de la escolta, los soldados nortños tuvieron un

combate cuerpo a cuerpo con los juchitecos, cómplices de aquel traicionero golpe. Pero su resistencia fue breve e inútil. En unas cuantas habitaciones del segundo piso se encerró a don Jesús, a su hijo, Abelardo Carranza, a su sobrino, Ignacio Peraldí, y a su secretario, el profesor Alfonso Herrera; los otros presos, oficiales y soldados, quedaron en la planta baja del edificio.¹⁵

A hora avanzada de esa misma noche Santibáñez se dirigió al telégrafo con don Jesús y su secretario, bien custodiados. Después de un infructuoso intento de comunicarse telegráficamente con el general Agustín Castro, que se hallaba en San Cristóbal, Santibáñez decidió enviar un mensaje al Primer Jefe en nombre de Jesús Carranza. Pedía que no se mandaran tropas y que se suspendiera toda clase de operaciones militares en contra de Santibáñez.¹⁶ El recibo de tan enigmático telegrama, primera indicación de que algo malo ocurría en el Istmo, hacia donde el Primer Jefe no había ordenado ningún movimiento de tropas en el sentido indicado, hizo que don Venustiano saltara del catre de lona en que lo tenía postrado un ataque de lumbago, y se precipitara a la oficina de telégrafos.¹⁷ El telegrama que envió a su hermano decía así: "Recibí tu mensaje en que me dices no vayan fuerzas a esa región. Hazme favor de venir al telégrafo para conferenciar, pues no entiendo qué quieres decirme."¹⁸ Casi simultáneamente llegó una comunicación mandada de manera subrepticia por el telegrafista de San Jerónimo, en la cual decía que el hermano del Primer Jefe se hallaba preso. Muy poco después llegaron otros dos mensajes de don Jesús, que vinieron a corroborar el informe.¹⁹

Al día siguiente, la población de San Jerónimo estaba hecha un enjambre de actividad. La gente de Santibáñez preparaba armas y municiones, y alguien oyó decir al comandante estas palabras: "Si no se arreglan conmigo, mañana día primero inauguraremos el año con el Consejo Sumario."²⁰ Santibáñez mandó un telegrama al Primer Jefe, en el cual le decía:

He tenido conocimiento que vienen tropas a combatir en esta plaza. Sírvase usted suspender el avance, y si me envía medio

millón de pesos y medio millón de cartuchos pondré en libertad a su hermano, el general Jesús Carranza. Espero su inmediata contestación.²¹

Las tropas a que aludía eran las que tenía a sus órdenes el general Rafael Vargas, comandante del "Guerrero", el cual, en cuanto tuvo noticia de la captura de don Jesús, se había apresurado a salir de Salina Cruz en contra de los rebeldes, con la guarnición del puerto y los marinos del cañonero. El general Vargas, para atemorizar a Santibáñez, tuvo la ocurrencia de mandarle un telegrama en nombre del general Sánchez, diciendo que acababa de llegar de Mazatlán con cuatro mil hombres y que se lanzaría con ellos a batir a los rebeldes si no se daba libertad a los presos.²²

LA SITUACIÓN GENERAL resultaba ahora bien clara.²³ Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del poder ejecutivo de la Unión, se hallaba ante un dilema muy poco envidiable. Flotaba todavía en el aire el eco de las palabras que había pronunciado en el banquete de la Aduana. Tenía delante una buena oportunidad para poner en práctica la norma que tan recientemente había proclamado.²⁴ Se había cometido el delito de insubordinación y se intentaba cometer el de extorsión... Pero en la balanza estaban la vida del hermano de Carranza, la de dos sobrinos y la de otras personas. Lo humano y lo personal pugnaban con la responsabilidad impersonal; la autoridad se veía amenazada por la violencia.

Don Venustiano vio el problema con absoluta claridad, y la respuesta que dio, no sólo con palabras, sino también con la acción, fue inequívoca y sin vacilaciones. Les dijo a los periodistas que la causa que defendía estaba primero que la vida de su hermano, y que, si era necesario, Jesús "sabría caer honrosamente y sería uno de los mártires de la legalidad".²⁵ Y agregó, desarrollando su pensamiento:

Mi deber de Primer Jefe de la Revolución me obliga a no transar con bandidos, cualesquiera que sean los sacrificios personales y las amarguras que tenga que sufrir. Si mis hijos estuvieran en

el lugar de mi hermano y mis sobrinos, observaría la misma conducta, ahogando mi dolor.²⁶

Así, pues, ahogando sus sentimientos personales, Carranza decidió defender el principio de autoridad. Despachó tropas contra los "bandidos" y se negó a tomar en cuenta cualquier transacción que comprometiera su posición de Primer Jefe del movimiento constitucionalista.

Aunque hubo algunas diferencias de opinión entre los consejeros de Carranza en cuanto a la conveniencia de mandar tropas contra Santibáñez, don Venustiano ya estaba decidido.²⁷ El mismo día 31 de diciembre telegrafió al general Obregón ordenándole que movilizara hacia el Istmo las fuerzas de los coroneles Jesús González Morín y Ervey López.²⁸ Al día siguiente, Carranza designó al general Luis Felipe Domínguez para que tomara a su cargo la dirección de la campaña contra Santibáñez, y le dio estas órdenes:

Salga usted inmediatamente a ponerse al frente de las fuerzas que marchan a atacar San Jerónimo, pues temo que teniente coronel González sea engañado por Santibáñez, amenazándole de que fusilará a todos los que tenga presos si no suspende el ataque y se le den garantías... No celebre usted ningún arreglo, pues no hay que darle tiempo al enemigo para nada... Proceda usted como le tengo ordenado.²⁹

El teniente coronel Rivera Domínguez recibió instrucciones, en su cuartel de Lagunas (Oaxaca), de ponerse en contacto con el general Domínguez en espera de órdenes. Y el 2 de enero se ordenó al coronel González Morín avanzar por ferrocarril con objeto de prestar ayuda al comandante de las operaciones en el ataque contra el centro rebelde.³⁰

Durante todo este tiempo, mientras se daban las órdenes y las tropas avanzaban según lo dispuesto, Carranza recibía mensaje tras mensaje con la firma de su hermano, aunque la redacción era de Santibáñez. Los telegramas pedían la suspensión del ataque, proponían que se nombrara una comisión encargada de entablar pláticas con Santibáñez a propósito de ciertas "dificultades" nunca especificadas, y advertían que el

estado mayor de don Jesús sería fusilado si el Primer Jefe se negaba a entrar en negociaciones.³¹

Pero Venustiano Carranza siguió inflexible en la actitud que desde el principio había asumido, como nos lo demuestran claramente sus respuestas a esas proposiciones y amenazas. En uno de sus primeros telegramas pedía aclaraciones acerca de las mencionadas "dificultades", y le preguntaba a su hermano: "Dime cuál acto ha tenido lugar debido a malas interpretaciones, y si se trata de algún disgusto de Santibáñez y sus jefes que necesite arreglo." ³²

Sin embargo, cuando se vio que la única "dificultad" consistía en el hecho de haber apresado Santibáñez a su superior y en sus esfuerzos por sacar provecho de tal situación, Carranza se negó a cualquier clase de arreglos:

No puedo acceder a que se nombre comisión para arreglar el acto de rebelión de Santibáñez, pues... estoy resuelto a ser inflexible con los reaccionarios y con los jefes que bajo mi mando cometan el delito de insubordinación. No puedo, pues, aceptar de Santibáñez más que la rendición incondicional para que se le juzgue por la falta o delito que hubiere cometido al haberte puesto preso y retenerte aún, queriendo imponer condiciones para que obtengas tu libertad, lo que acusa un acto de abierta rebelión contra esta Primera Jefatura del Ejército y Gobierno de la Unión. Te saludo afectuosamente.³³

En otros mensajes posteriores reiteró don Venustiano esta actitud: "...Mientras no estén en libertad tú y las personas que te acompañan, no puedo suspender la orden de que batan a Santibáñez las fuerzas que he destacado sobre ésa." ³⁴

MIENTRAS TANTO, el cabecilla rebelde ahogaba en la borrachera su frustración y su rabia. Alguien le oyó declarar, entre maldiciones contra el Primer Jefe, que bien sabía cómo castigarlo.³⁵ Poco era lo que se ganaba con el asesinato de todos los presos, puesto que la amenaza de fusilamiento servía más eficazmente como instrumento de intimidación que la fechoría ya realizada. Los prisioneros, vivos, podían ser utilizados para negociar, y, desde luego, eran las únicas cartas que Santibáñez

tenía a mano en el peligroso juego que se había puesto a jugar.

No obstante, y a pesar de esta argumentación lógica, reinaba en todas partes una viva preocupación por la suerte de los presos. Los temores se fundaban en la inflexible actitud del Primer Jefe y, paralelamente, en el incierto futuro de los rebeldes, cuya arbitraria decisión no estaría sujeta a la revisión de ninguna autoridad superior.

En Washington, en la ciudad de México y de manera más dolorosa en Veracruz, había, pues, un ambiente de angustia por la suerte de Jesús Carranza y sus compañeros. Desde Washington, el Departamento de Estado envió instrucciones al cónsul norteamericano en Salina Cruz para que insistiera en que se juzgara a los presos en debida forma.³⁶ Hasta los funcionarios del gobierno convencionista estaban preocupados por las repercusiones que podría acarrear la ejecución de esos hombres. El agente confidencial de los convencionistas en Washington aconsejó a las autoridades de la ciudad de México que hicieran todo lo posible por evitar cualquier mal contra los presos, ya que la simple captura de don Jesús había causado "malísima impresión" en los Estados Unidos, y su muerte daría a la prensa la mejor oportunidad para crear una atmósfera hostil a la causa de la Convención.³⁷ El gobierno de Gutiérrez se apresuró a dar seguridades de que Jesús Carranza sería juzgado en debida forma, aunque es verdad que el teatro de operaciones de Santibáñez era una región aislada, y bastante alejada del dominio efectivo de las autoridades convencionistas.³⁸

En los círculos constitucionalistas de Veracruz predominaba el pesimismo acerca de la suerte de los prisioneros. A hora avanzada de la noche del 1º de enero, don Venustiano envió su último mensaje a su hermano:

He ordenado al jefe de las operaciones contra Santibáñez que no suspenda el ataque, pues van en camino más tropas para reforzarlo. Como tus mensajes me los diriges bajo la presión de Santibáñez, no contestaré ninguno firmado por ti. Que Santibáñez se dirija a mí directamente si algo tiene comunicarme.

Consciente del pesimismo que reinaba a su alrededor, y presintiendo seguramente el trágico curso que tomarían los acontecimientos, el Primer Jefe concluía con estas palabras:

Me despido de ti y de las personas que están presas junto contigo, deseando salgan con felicidad del trance en que se encuentran. Tu hermano, V. Carranza.³⁹

Esta última comunicación del Primer Jefe convenció a los rebeldes de que sus planes habían fracasado. Su impotente rabia se enderezó contra las inermes personas de sus cautivos. Una "corte marcial" aprobó rápidamente la pena de muerte para todos ellos. La sentencia se pronunció a la 1.45 a. m. del 2 de enero. Santibáñez mandó quemar los vagones de pullman que habían quedado frente al cuartel, y, después de dirigir una arenga a su gente, dispuso que comenzaran las ejecuciones. Los presos del piso bajo fueron sacados y fusilados. Fue una madrugada horrorosa para los cuatro que seguían encerrados en las habitaciones de arriba. El cielo parecía incendiado por el reflejo de las llamas que consumían los vagones del ferrocarril. La serenidad nocturna se quebraba con cada nueva descarga lanzada contra los miembros del estado mayor y de la escolta de don Jesús;⁴⁰ y se sentían, además, los confusos y frenéticos movimientos de los rebeldes, que se preparaban a evacuar San Jerónimo.

Don Jesús y sus tres compañeros fueron sacados hasta el zaguán del cuartel y, después de dos horas de zozobra, fueron devueltos al mismo lugar de encierro. En la tarde de ese día fueron llevados, bajo custodia, hasta el cementerio de la población, donde permanecieron durante tres largas horas. Finalmente llegó un oficial con órdenes de llevar a los presos a Chihuitán (Santo Domingo Chihuitán). En dirección a ese pueblo había huído Santibáñez, acompañado por ciento cincuenta hombres, después de evacuar San Jerónimo en la madrugada del 2 de enero.

Los constitucionalistas entraron en la población esa misma noche, e iniciaron desde luego una implacable persecución tras los rebeldes que huían.⁴¹ Tuvieron un encuentro con

la gente de Santibáñez en Chivela y la derrotaron. Los sobrevivientes escaparon por la sierra de Oaxaca.

Tras varios días de fatigosa huida, llegó Santibáñez con su gente y con los cuatro presos a su destino, en un punto alto de la sierra. Don Jesús y sus compañeros, además de quince soldados, fueron alojados en un jacal sin techo. Al amanecer del día 5 de enero, Santibáñez se presentó en esta choza e hizo saber a Carranza que el general Domínguez había convenido en parlamentar con un representante del propio Santibáñez a fin de fijar una entrevista. Santibáñez indicó que estaba dispuesto a nombrar para esto a uno de sus oficiales, y le dijo a Carranza que podía a su vez designar a uno de sus compañeros. El profesor Herrera fue elegido como representante de don Jesús y de los otros presos.⁴²

A las seis de la mañana emprendió el camino el profesor Herrera, con los ojos vendados, en compañía del teniente Hermenegildo Rodríguez y de otros diez hombres a caballo. Llegaron al anochecer a San Jerónimo, y aquí hicieron saber al general Domínguez que, entre otras condiciones, Santibáñez exigía que la entrevista tuviera lugar en Chihuitán. Al día siguiente, cuando regresaban con la contestación del general Domínguez, se encontraron con unas tropas de caballería al mando del coronel González Morín. El profesor Herrera supo que estas tropas habían atacado y derrotado a una retaguardia de las tropas santibañistas que se hallaba cerca del jacal utilizado como cárcel. Sin embargo, Santibáñez recibió un oportuno aviso de la proximidad de los carrancistas y había huido por las montañas con los tres presos que quedaban, don Jesús, su hijo y su sobrino.⁴³

Durante cuatro días continuó incansablemente la persecución de los rebeldes fugitivos. Hubo varios encuentros con gentes de Santibáñez, y el coronel Balderas Pérez hizo algunos prisioneros que fueron despachados a San Jerónimo para que se les juzgara y se les fusilara. Sin embargo, las fuerzas carrancistas no consiguieron dar con el cabecilla rebelde ni rescatar a los presos. El 10 de enero los perseguidores decidieron volver marcha atrás, y el profesor Herrera se dirigió a Veracruz para presentar su informe al Primer Jefe.⁴⁴ Don Venustiano

comisionó al secretario de su hermano para que volviera a Oaxaca y averiguara qué había pasado con los presos del general Santibáñez.

El profesor Herrera salió al frente de una expedición compuesta de setenta y cinco hombres, y acompañado además por los doctores Macario E. Bribiesca y Emilio Álvarez Vasseur. Los expedicionarios se dedicaron a hacer averiguaciones durante siete días a lo largo de la sierra de Oaxaca. Al llegar al distrito de Villa Alta, recibieron informe de que Santibáñez había asesinado a Jesús Carranza, a su hijo y a su sobrino (jóvenes ambos de dieciocho años), el día 11 de enero, en la ranchería de Xambau, situada a 12 kilómetros de Tepantlali (Santa María Tepantlali), por el rumbo de Juquila (San Juan Juquila Mixes). La investigación confirmó la veracidad de estos trágicos informes. Los cadáveres quedaron abandonados durante varios días, hasta que los piadosos indios de la sierra —los mixes— les dieron sepultura. Estaban irreconocibles, medio comidos por los zopilotes. Sin embargo, los restos fueron identificados por la estatura y por los objetos encontrados cerca de ellos: una gorra militar sin escudo, una tabaquera, un nombramiento de teniente de infantería expedido a nombre de Peraldí, y algunas prendas de ropa que llevaban las iniciales de las víctimas. Los cadáveres fueron llevados a la ciudad de Oaxaca, y luego transportados a Veracruz.⁴⁵

EL GOBERNADOR de Oaxaca y el profesor Herrera comunicaron al Primer Jefe estas desoladoras noticias.⁴⁶ Carranza escuchó estoicamente la lectura de los telegramas y, sin perder su compostura, pidió que lo dejaran solo con su pena.⁴⁷ Pero, no obstante este despliegue externo de serenidad, se hallaba hondamente conmovido por la muerte de su hermano, y torturado por la imposibilidad en que se había visto de impedir-la, a causa de la conciencia de su responsabilidad como Primer Jefe de la Revolución. Don Venustiano no ofreció excusas ni llegó a inculparse de nada. No podía haber, para él, sino una solución al conflicto entre las obligaciones personales y las oficiales. Una conmovedora carta a su esposa nos revela sus sentimientos más íntimos:

Te agradezco las expresiones de condolencia por la muerte de Jesús, que tanto he sentido, y a la familia compadezco por todos motivos. Como te decía en mi anterior, no me han dejado sentirlo, pues no dejé un día de trabajar, aun cuando fuera únicamente en los asuntos oficiales. Me ha tocado a mí en esta revolución la más grande labor y los más grandes sufrimientos. La primera no la he sentido: hace cuatro años que trabajo casi igual, aun cuando no con la responsabilidad que de dos años acá. Pero no había sufrido tanto ni corporal ni moralmente, porque he sido fuerte para soportar todo. La muerte de Jesús me ha afectado más, porque no podía salvarle y por el fin tan triste de él. Esto lo ha de haber hecho sufrir mucho, pues era tan cariñoso con sus hijos, y estaba él seguro de que los matarían. El Sr. Herrera... dice que en el camino recogieron un papelito escrito para mí en el que me recomendaba su familia... Creo que la Providencia ha querido que yo sufra como todos mis soldados, y ha hecho que mis sufrimientos sean mayores que los de ellos. Pero todos los soportaré sin exhalar una queja, y sin desviarme del camino del deber...⁴⁸

El tren fúnebre llegó a Veracruz en la tarde del 12 de febrero y fue recibido con todos los honores militares por el Primer Jefe, a quien acompañaban las más altas personalidades civiles y militares de su gobierno.⁴⁹ Doce mil personas asistieron al luctuoso desfile de la escolta que transportó a las víctimas hasta el cuartel general militar, en la Avenida de la Independencia, donde se expusieron los cadáveres con gran pompa. Al día siguiente, Jesús Carranza, su hijo y su sobrino fueron sepultados en el Cementerio Privado de la ciudad portañá. El general Federico Montes, gobernador de Querétaro, comandaba la columna que rindió los honores militares; José Inés Novelo leyó unos versos, y Alfonso Cravioto pronunció una oración fúnebre en la cual exaltó la memoria de los caídos e inmortalizó el sacrificio del Primer Jefe:

Porque yo no sé, señores, qué será más grande; porque yo no sé, señores, que será más glorioso: si inmolarse la propia vida en los altares de la patria o sacrificar conscientemente, en cumplimiento de un fiero deber para que el pueblo se salve, al compañero fiel de toda una existencia de luchas, al que siendo hermano por la sangre, lo era también por el corazón y por el ideal, sufriendo así dos suplicios, torturándose así con dos martirios, soportando así dos muer-

tes. Por eso la tumba que hoy se abre resplandecerá como un símbolo; iluminará como una enseñanza.⁵⁰

La barbarie y la inutilidad del sacrificio de las víctimas de Santibáñez provocaron una oleada de indignación, tanto más notable cuanto que la nación se hallaba curtida por la ferocidad y la brutalidad inseparables de la revolución y la guerra civil. Las circunstancias de este episodio hicieron que la Convención, en su junta del 13 de febrero, decidiera que de ahí en adelante no se fusilaría a los prisioneros.⁵¹ En los círculos constitucionalistas reinaban un dolor y una cólera mayores, aunque mitigados por el orgullo ante la heroica actitud de Carranza y por su determinación de continuar la lucha hasta una feliz conclusión. En Veracruz se expresaron esperanzas de que el sacrificio de Jesús Carranza apresurara la unificación de la causa revolucionaria y acrecentara la autoridad y el prestigio del Primer Jefe.⁵²

Todos admiraron el estoicismo de Carranza y exaltaron su sacrificio. Alfonso Cravioto dijo en un artículo que las ejemplares virtudes del Primer Jefe, su inflexibilidad, su abnegación y su serenidad le habían dado un perfil heroico. El destino se había ensañado contra él, pero Carranza había sabido portarse dignamente.⁵³ El periódico *La Opinión* ponderaba asimismo el estoicismo de don Venustiano. El editorialista recordaba a sus lectores cómo, según una tradición romana, Mucio Escévola se había presentado ante el rey de los invasores bárbaros que amenazaban a Roma y puso su mano derecha en un brasero, dejándosela quemar hasta que no quedó de ella sino una masa carbonizada, impresionando de tal modo al enemigo con esta muestra del temple romano, que inmediatamente se retiraron los invasores, llenos de respeto y confusión. La conducta de Carranza, decía el editorialista, era una hazaña aún más meritoria. "El Jefe de la Revolución, encarnando como nunca antes la grandeza de la causa, soporta para estupefacción de sus adversarios este colosal sacrificio, mayor que el de la misma vida."⁵⁴

ALFONSO SANTIBÁÑEZ, causante de este episodio de la Revolución mexicana que tan en carne viva probó el temple de Ve-

nustiano Carranza, nunca pudo quitarse el estigma de la infamia. Sin embargo, parecía tener probabilidades de hallar en los escondrijos de la sierra oaxaqueña un refugio que lo protegiera de una venganza física. Muchos de sus secuaces habían perecido en encuentros con los constitucionalistas lanzados en su persecución, y otros, caídos prisioneros, fueron fusilados en San Jerónimo. La fuerza de Santibáñez, muy reducida ya numéricamente, no era sino una pobre banda de guerrilleros, acosada de continuo e incesantemente obligada a cambiar de refugio en las partes más inhóspitas de la sierra.

En septiembre de 1915, Santibáñez escribió a Emiliano Zapata una carta en la cual se mostraba orgulloso de su sangrienta hazaña y se adhería expresamente a la causa zapatista:

Oaxaca, 17 de septiembre de 1915.

Señor general don Emiliano Zapata, Jefe del Ejército Libertador.

Muy distinguido señor general:

Hace algún tiempo he tenido el vivo deseo de ponerme en comunicación con usted para manifestarle las profundas simpatías que me inspiran, tanto el gesto heroico con que usted ha desafiado a los diversos magnates que en diversas formas han oprimido y vejado los derechos del pueblo, como los principios y doctrinas que usted tan acertada y patrióticamente define en su célebre Plan de Ayala.

Repito que comulgo con esas mismas ideas y me adhiero con la más sana intención, proponiéndome hacer cuanto esté a mis alcances para hostilizar y destruir a nuestro enemigo común, el carrancismo.

Mi lucha ha sido sin tregua. Como prueba, señalo *el hecho de haber cortado la cabeza de Jesús Carranza, mandándole fusilar y destruyendo con esto a una de las cabezas de la hidra.*

Tuve que sostener varios combates desiguales por el número abrumador que me perseguía; agoté la mayor parte de mis municiones; murieron algunos de mis jefes y oficiales y muchos de mis soldados, pero no desmayaré. Estoy dispuesto a hacer hasta el último sacrificio por defender la causa santa del Pueblo, por libertar sus ideales y porque en unión de usted, que defiende principios indiscutiblemente democráticos, sentar el precedente de que México en lo sucesivo gozará de las libertades y derechos que los pueblos conscientes gozan cuando tienen decoro y prefieren perder la vida antes que su honor y dignidad.

Tendría gran placer en recibir sus consejos, y sírvase considerarme como su atento y sincero subordinado.

Con todo respeto,

[f] General Alfonso J. Santibáñez.⁵⁵

La situación militar y política había cambiado en forma radical. Obregón había derrotado a Villa en Celaya y en otras batallas trabadas en la región del Bajío, y la famosísima División del Norte se había replegado hacia el Norte. Los constitucionalistas habían ocupado la ciudad de México, y la autoridad de Carranza no tardaría en quedar robustecida con el reconocimiento *de facto* otorgado a su gobierno por el de los Estados Unidos. Los zapatistas, obligados a retirarse de la capital de la República, habían regresado a Morelos y a su sistema de guerrillas, y el gobierno de la Convención, radicado durante algún tiempo en Toluca, se iba desintegrando rápidamente. Si en otro tiempo el cuartel general de Zapata se había visto en la imposibilidad de dominar a Santibáñez, ahora era incapaz de prestarle ayuda, aun en caso de que lo hubiera juzgado deseable, lo cual es dudoso.

Durante once meses, Santibáñez arrastró su lastimosa existencia de paria en las serranías de Oaxaca. Por una ironía del destino, su castigo final se debió a elementos opuestos al gobierno de Carranza. Un grupo de partidarios del viejo régimen constituyeron en los Estados Unidos una junta con objeto de emprender la contra-revolución. Capitaneados por el general Félix Díaz, estos elementos desataron una rebelión armada en el Estado de Veracruz. En las filas rebeldes se hallaba el general Juan A. Almazán, jefe de las operaciones en las sierras de Puebla y Oaxaca, y uno de sus subordinados apresó a Santibáñez. Obedeciendo instrucciones del general Díaz, el prisionero fue procesado por una corte marcial, sentenciado y fusilado en el pueblo de Lechiguirí (Oaxaca), en agosto de 1916.⁵⁶

ESTE EPISODIO de la muerte de Jesús Carranza es un buen ejemplo del clima de violencia y extrema crueldad en que llegó a desarrollarse la Revolución mexicana. La conducta de Santibáñez revela un problema siempre recurrente: el de mantener

la disciplina y la autoridad en las fuerzas revolucionarias. La obediencia y la lealtad solían olvidarse, y a menudo se invocaban los ideales revolucionarios como simple máscara para encubrir el oportunismo y el medro personales. Aunque los jefes revolucionarios ostentaban títulos que denotaban un mando y parecían dar unidad a su movimiento, la verdad es que con mucha frecuencia eran incapaces de refrenar o canalizar a los elementos explosivos locales o regionales, representados por una facción o por un individuo.

De todos los aspectos iluminados por este episodio, ninguno más significativo que la singular revelación de la índole del Primer Jefe. La conducta que observó no puede explicarse simplemente por la terquedad que algunos de sus críticos le han echado en cara. Las lecciones del pasado y su experiencia personal hicieron comprender a Carranza la necesidad de establecer la autoridad y la disciplina. Para mantener una y otra era indispensable no transigir con la violencia ni tolerar la insubordinación. Además, Carranza era excepcionalmente consciente de su papel, y muy celoso de sus prerrogativas como Primer Jefe. Las consideraciones del deber para con la nación y para con la causa coincidían con motivos más personales.

Durante este episodio, Venustiano Carranza demostró serena y enérgicamente su capacidad para seguir sin desviaciones una línea de conducta ya fijada. Frente a la amenaza de un tremendo sacrificio personal, supo dar pruebas de gran fuerza de voluntad. Razón tiene un antiguo compañero suyo, el licenciado Isidro Fabela, para decir que la cualidad número uno de Carranza era su carácter.⁵⁷ Un observador contemporáneo de los hechos, poco benévolo para con el carrancismo, conviene en que el Primer Jefe era hombre de "extraordinaria energía y fuerza de voluntad", y dice que su virtud más sobresaliente era "una tenacidad que se imponía al tiempo y al espacio y se burlaba del destino".⁵⁸ Ésta fue la cualidad que hizo la grandeza de Carranza, la que contribuyó a crear la impresión de que era él, entre todos los caudillos de las distintas facciones revolucionarias, el que ofrecía las mejores esperanzas para una era de orden y de progreso en México.

NOTAS

¹ Vito ALESSIO ROBLES, "La batalla de Ramos Arizpe", en el vol. 60, fol. xcvi de la colección manuscrita del autor; JUAN BARRAGÁN RODRÍGUEZ, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, México, 1946. t. 2, p. 201. Los datos en que se funda el presente artículo se recogieron en México entre 1952 y 1953. Debo agradecer a la Doherty Foundation y al Research Council de la Universidad de Nebraska los subsidios que hicieron posible mi investigación.

² Los elementos obreros fueron ganados para la causa constitucionalista por el decreto del 12 de diciembre de 1914, en el cual se comprometía Carranza a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, y por los esfuerzos conciliatorios de Obregón que culminaron en un pacto entre la Casa del Obrero Mundial y el gobierno constitucionalista. Los abogados de la reforma agraria fueron atraídos por las promesas y propuestas relativas a ese problema en los decretos del 12 de diciembre de 1914 y del 6 de enero de 1915. Véase la *Codificación de los decretos del C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del poder ejecutivo de la Unión*, México, 1915, pp. 131-138 y 151-157. Cf. también *El Constitucionalista*, 12 de diciembre de 1914 y 9 de enero de 1915, y el documento de 17 de febrero de 1915 que contiene el "Pacto celebrado entre la Revolución constitucionalista y la Casa del Obrero Mundial" (copia suministrada por Carlos L. Gracidas, en poder del autor de este artículo).

³ Al iniciarse la lucha contra Victoriano Huerta, usurpador del poder, Jesús se encontraba en Torreón, dentro de la zona controlada por el general Trucy Aubert, del ejército federal. En una conferencia telegráfica con Aubert, Venustiano Carranza convino con éste en que su hermano fuera su representante en las negociaciones con el comandante federal, bajo una garantía personal de seguridad. De ese modo pudo salir Jesús de la zona de Torreón sin necesidad de huir, y se sumó sin mayores riesgos a la rebelión de su hermano. Véase la conferencia telegráfica entre Carranza y Aubert (23 de febrero de 1913) en el Archivo de Venustiano Carranza (citado en lo sucesivo con la abreviatura AdeVC). La mayor parte del archivo de Carranza se encuentra actualmente en posesión de su antiguo jefe de Estado Mayor, general Juan Barragán Rodríguez. Otra colección de documentos, relativos en gran parte a asuntos militares, fue obsequiada por el general Cándido Aguilar, yerno de Carranza, al presidente Manuel Ávila Camacho, quien a su vez la depositó en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.

⁴ Jesús Carranza participó en la campaña del Norte contra Huerta como subordinado del general Pablo González, comandante del cuerpo de ejército del Noreste. Después de la victoria de Candela (julio de 1913), fue ascendido a general en el mismo campo de batalla. Se encontró más

tarde en las infructuosas operaciones realizadas en el otoño de 1913 contra Monterrey, y en mayo del año siguiente contribuyó a la captura de esta ciudad norteña impidiendo la llegada de los refuerzos federales enviados desde Laredo. Como comandante de la División del Centro, encabezó la expedición militar lanzada desde Tampico contra San Luis Potosí en junio y julio, y acompañó a su hermano en su triunfal entrada en la ciudad de México el 20 de agosto de 1914. Véase: "Primer escalafón de los generales y jefes del Ejército Constitucionalista, con expresión del arma a que pertenecen y fecha de antigüedad", AdeVC; "Parte que rinde el C. general Pablo González, comandante en jefe del cuerpo de ejército del Noreste, al C. general don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, ... [sobre el] asalto y toma de la ciudad de Monterrey" (mayo de 1914), AdeVC; Francisco L. URQUIZO, "Venustiano Carranza", en la *Historia de la Revolución mexicana*, ed. José T. Meléndez, México, 1940, t. 2, p. 18; BARRAGÁN, *Historia...*, t. 1, pp. 68, 190, 253, 257, 470, 528-529, 568, 603-606; J. BARRAGÁN RODRÍGUEZ, "De las memorias de don Venustiano Carranza", *El Universal*, 5 de enero de 1930.

⁵ Manuel W. GONZÁLEZ, *Con Carranza*, México, 1933, t. 1, p. 8. Vicente BLASCO IBÁÑEZ, que revela una actitud adversa a los carrancistas, asegura que la imagen popular que se tenía de Jesús Carranza era muy distinta: "un verdadero Napoleón cuando venía a echar a los propietarios de sus ranchos y a llevarse el ganado" (*Mexico in Revolution*, Nueva York, 1920, p. 121).

⁶ Los informes de prensa aseguraban que a comienzos de septiembre se habían licenciado cuatro mil hombres, y el resto a comienzos de octubre. Cf. *The Mexican Herald*, 6 de septiembre y 4 de octubre de 1914.

⁷ Manuel W. GONZÁLEZ, *Contra Villa*, México, 1935, p. 148.

⁸ *Ibid.* Algunos carrancistas sospechan que Santibáñez pudo haber elaborado sus traicioneros planes mediante el contacto con los miembros de la oposición en esta junta, pero no presentan ninguna prueba documental en apoyo de semejante conjetura. En realidad, la mejor explicación de su conducta posterior parece ser su ambición puramente personal, y no un convenio con un partido organizado.

⁹ Carta de Jesús Carranza a Venustiano Carranza, 18 de diciembre de 1914, AdeVC.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ BARRAGÁN, "De las memorias...", *El Universal*, 25 de enero de 1931.

¹² Conferencia telegráfica entre Jesús y Venustiano Carranza, 29 de diciembre de 1914, AdeVC.—Don Jesús hizo una breve visita al general Maclovio Herrera, quien, después de tres meses de lucha, se hallaba en camino desde Mazatlán hasta Veracruz con objeto de rendir sus informes al Primer Jefe, para asumir después, junto con el general Antonio Villareal, el mando de la campaña del Norte contra los villistas. G. CASASOLA ha reproducido una fotografía tomada en Salina Cruz, en la cual apare-

cen Herrera, Jesús Carranza y el coronel Manuel Caballero (*Historia gráfica de la Revolución*, México, 1951, t. 2, p. 891).—Durante esta breve permanencia en Salina Cruz se descubrió que el general Santibáñez, a quien Jesús Carranza acababa de nombrar comandante militar del Istmo en sustitución del coronel César López de Lara, se había llevado del puerto un vagón cargado de armas y municiones destinadas al general Herrera. Véase el “informe que rinde el profesor Alfonso Herrera al C. general don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista...” (enero de 1915), AdeVC, documento citado así en adelante: HERRERA, “Informe”.

13 Armando Z. Ostos, “La traición de Santibáñez”, *El Universal*, 7 de mayo de 1933.

14 El tren se detuvo después de haber recorrido una breve distancia con objeto de que subiera el coronel Pedro López Morales, a quien se había traído desde Acapulco, muy enfermo de paludismo (HERRERA, “Informe”).

15 HERRERA, “Informe”.

16 Jesús Carranza a Venustiano Carranza, 30 de diciembre de 1914, AdeVC.—El profesor Herrera, en su “Informe”, dice que este incidente ocurrió en la noche siguiente, la del 31 de diciembre, pero la lógica de los acontecimientos y las fechas que aparecen en la correspondencia oficial nos obligan a concluir que aquí le falló la memoria.

17 Félix F. PALAVICINI, *Grandes de México*, México, 1948, p. 48.

18 Venustiano Carranza a Jesús Carranza, 30 de diciembre de 1914, AdeVC.

19 El telegrafista de San Jerónimo al Primer Jefe; Jesús Carranza a Venustiano Carranza, 30 de diciembre de 1914, AdeVC.

20 HERRERA, “Informe”.

21 Santibáñez a Venustiano Carranza, 31 de diciembre de 1914, AdeVC.

22 BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 188; HERRERA, “Informe”.

23 La confusión inicial en cuanto a las circunstancias de los acontecimientos ocurridos en la remota región del Istmo se refleja en las noticias periodísticas de estos días. El 4 de enero de 1915, *The Mexican Herald* publicó un informe según el cual las tropas de la guarnición de Salina Cruz, lo mismo que la tripulación del cañonero “Guerrero”, se habían rebelado. Esta falsa noticia se redondeó tres días más tarde, el 7 de enero, con la “información” de que Jesús Carranza, al tratar de huir de los rebeldes, había sido apresado por Santibáñez, quien “se ha declarado recientemente en favor de la Convención”. El *New York Times* anunciaba, el 3 de enero de 1915, que en el Departamento de Estado de Washington se había recibido un despacho sin fecha enviado por el cónsul norteamericano de Salina Cruz, en el cual se notificaba la rebelión del comandante de San Jerónimo y el arresto del general Jesús Carranza por “fuerzas que obedecen al gobierno de Gutiérrez”. Estas imputaciones de que Santibáñez dependía del gobierno convencionista parecen fundarse en las

implicaciones de su conducta y no en alguna declaración expresa de adhesión a él.

24 Además del discurso de la Aduana, Carranza había firmado hacía pocos días un decreto que parecía como hecho a propósito para el caso de Santibáñez. En él se instituyó la pena capital contra los antiguos oficiales federales que atacaran a los constitucionalistas. Dice así el decreto del 18 de diciembre de 1914 (*Codificación de los decretos...*, pp. 142-143): "Todo oficial o jefe que, habiendo pertenecido al ejército federal, fuere cogido con las armas en la mano sirviendo contra la causa constitucionalista, será ejecutado el mismo día en que quedare identificado como oficial o jefe del antiguo ejército federal. El jefe de las armas que hiciere la aprehensión ordenará la ejecución dicha...". Cf. también *El Constitucionalista*, 19 de diciembre de 1914.

25 GONZÁLEZ, *Contra Villa*, p. 148.

26 Francisco L. URQUIZO, *Carranza*, México, 1941, p. 39.

27 *The Mexican Herald*, 7 de enero de 1915.

28 Venustiano Carranza a Álvaro Obregón, 31 de diciembre de 1914, citado en A. OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros de campaña*, París, 1917, p. 378.—Cuando los comandantes constitucionalistas recibieron informes del incidente, telegrafiaron para reafirmar su apoyo y para felicitar al Primer Jefe por la línea de conducta que estaba siguiendo. He aquí el mensaje que envió el general Obregón: "La actitud asumida por usted contra monstruo imbécil Santibáñez, que creyó amedrentarle amenazándole con asesinar a su hermano el general Carranza y sus sobrinos si no accedía a sus malvadas exigencias, nos enorgullece a los que tenemos el alto honor de pertenecer al Ejército Constitucionalista, al confirmar, una vez más, el elevado concepto que de usted tenemos, de que sabrá sacrificar su propia vida en aras de los sagrados principios de nuestra Revolución, y sólo me contrista saber que siguen surgiendo ejemplos de monstruosidad y perfidia..." (telegrama del 5 de enero de 1915, AdeVC).

29 V. Carranza al general Domínguez (en Estación Chivela, Oaxaca), 1º de enero de 1915, AdeVC.

30 V. Carranza al teniente coronel Rivera Domínguez, 1º de enero de 1915; V. Carranza al coronel González Morín (en Córdoba, Veracruz), 2 de enero de 1915, AdeVC.

31 J. Carranza a V. Carranza, 31 de diciembre de 1914 y 1º de enero de 1915, AdeVC.

32 V. Carranza a J. Carranza, 31 de diciembre de 1914, AdeVC.

33 V. Carranza a J. Carranza, 1º de enero de 1915, AdeVC.

34 V. Carranza a J. Carranza, 1º de enero de 1915, AdeVC.—Algunas horas más tarde, tras recibir un nuevo mensaje suplicante firmado por su hermano, Carranza replicó: "... no es posible cambiar mi resolución que te comuniqué en mi mensaje anterior". (V. Carranza a J. Carranza, 1º de enero de 1915, AdeVC.)

35 HERRERA, "Informe".

³⁶ *New York Times*, 3 de enero de 1915.

³⁷ Enrique C. Llorente al general Eulalio Gutiérrez, presidente provisional del Gobierno de la Convención Soberana, 5 de enero de 1915, AdeVC (mensaje interceptado por los telegrafistas constitucionalistas).

³⁸ *New York Times*, 7 de enero de 1915.

³⁹ Telegrama del 1º de enero de 1915, AdeVC.—El Primer Jefe hizo saber a la esposa de Jesús, residente en Laredo, Texas, que su hermano estaba dispuesto a morir por la causa, si así era necesario, y que él prefería verlo morir antes que perdonar a Santibáñez (*New York Times*, 2 de febrero de 1915).

⁴⁰ Dieciséis fueron los prisioneros fusilados durante las primeras horas del día 2 de enero: el coronel Manuel Caballero, jefe del estado mayor, el coronel Pedro López Morales, el capitán Ruperto Castilla, los tenientes Mariano Urbina, Leonardo Vidaurri, Lionel Márquez y Francisco Hernández Alatorre, el sargento Inés Fregoso y ocho soldados rasos. Seguimos en esto al profesor Herrera, cuyo recuerdo de la muerte de sus camaradas debe haber estado muy vivo al escribir su informe. Asimismo, la hora en que según él se hicieron los fusilamientos parece estar de acuerdo con el orden de los sucesos anteriores y posteriores, acerca del cual tenemos documentos seguros. El general Barragán y otros autores sitúan este sangriento episodio el 31 de diciembre, fundados en rumores y en informes de prensa publicados en Veracruz, y presentan el hecho como una prueba de los esfuerzos de los rebeldes por intimidar al Primer Jefe; pero la extraordinaria firmeza de Carranza no necesita ciertamente esta ligera falsedad histórica. También el general Manuel González se equivoca cuando sugiere que la fecha de los fusilamientos fue el 3 de enero, pues las tropas del general Domínguez entraron en San Jerónimo durante la noche anterior. Véase HERRERA, "Informe"; BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 191; declaraciones del secretario Zubarán (3 de enero) citadas en el *New York Times*, 4 de enero de 1915; GONZÁLEZ, *Contra Villa*, p. 147.

⁴¹ Cuando el general Domínguez entró en San Jerónimo, encontró los cadáveres de las víctimas enterrados en montón. Ordenó que se los volviera a sepultar en un sitio más adecuado, "con la esperanza de que un día, restablecido el orden constitucional, se erigiera un monumento en la zona de las tumbas como un sencillo homenaje a la lealtad y valentía de dichas víctimas" (Ostos, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933).

⁴² HERRERA, "Informe".

⁴³ En el jacal, el profesor Herrera recuperó el águila de oro que pertenecía a don Jesús, lo mismo que algunos papeles que los prisioneros habían escondido. HERRERA, "Informe".

⁴⁴ *Ibid.*; GONZÁLEZ, *Contra Villa*, p. 148.—Hubo encuentros entre los perseguidores y los rebeldes en Santa María Guienagati y en Guinea. La decisión de volver marcha atrás se debió a que los caballos estaban muy

cansados y a que los jefes carrancistas veían que se estaban internando demasiado en el Estado de Oaxaca sin saber si el gobernador se hallaba implicado o no en la rebelión de Santibáñez.

⁴⁵ Boletín de la Secretaría de Gobernación (2 de febrero de 1915), citado en *El Pueblo*, 3 de febrero de 1915; BARRAGÁN, "De las memorias...", *El Universal*, 25 de enero de 1931; BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 192; OSTOS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933.

⁴⁶ A. Herrera a V. Carranza, y el gobernador José Ives Dávila a V. Carranza, 2 de febrero de 1915, AdeVC; *The Mexican Herald*, 4 de febrero de 1915.

⁴⁷ BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 193.

⁴⁸ V. Carranza a Virginia Salinas de Carranza (en San Antonio, Texas), 25 de febrero de 1915, carta citada aquí con autorización de la difunta Julia Carranza.—En los momentos en que don Jesús cayó preso, el profesor Herrera se las arregló para poner a salvo una maleta en que había algunos objetos personales del hermano del Primer Jefe y catorce mil dólares norteamericanos en monedas de oro. Suponiendo que el dinero era propiedad personal del difunto, preguntó por la dirección de la viuda, que vivía con sus hijos pequeños en Texas. Pero don Venustiano, comprendiendo que su hermano no podía haber acumulado semejante suma, ya que su sueldo diario era de treinta y cinco pesos, y convencido de que se trataba de fondos recolectados en los distintos puertos del Pacífico, ordenó que el dinero se entregara al secretario de Hacienda. Sin embargo, antes de que se llevara a efecto esta entrega, el Primer Jefe tomó una moneda de oro de veinte dólares y la sustituyó por su equivalente en billetes de banco mexicanos (ciento sesenta pesos, pues el tipo de cambio era entonces de ocho por uno). Véase J. BARRAGÁN, "La integridad moral del Primer Jefe", *Todo*, 22 de mayo de 1934; J. BARRAGÁN, "La honradez de los hombres de la Revolución", *El Universal*, 8 de enero de 1953.

⁴⁹ Entre los acompañantes de Carranza se contaban los licenciados Luis Cabrera, Rafael Zubarán y Manuel Escudero Verdugo, el ingeniero Pastor Rouaix, los generales Cándido Aguilar, Benjamín Hill e Ignacio Pesqueira, los señores Alfonso Cravioto y Gerzayn Ugarte, y los miembros del estado mayor del Primer Jefe. Cf. OSTOS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933; *New York Times*, 13 de febrero de 1915; BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 192.

⁵⁰ OSTOS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933.—Las víctimas fueron sepultadas en el Cementerio Privado de Veracruz, en las tumbas números 1285, 1286 y 1287. Cf. *El Pueblo*, 14 de febrero de 1915.

⁵¹ *La Convención*, 17 de febrero de 1915.—Sin embargo, este órgano de la oposición tergiversó la índole de la tragedia asegurando que Jesús Carranza, después de ser capturado en el Istmo por "fuerzas de la Convención", había sido sentenciado a muerte en un juicio sumario por el crimen de haber desconocido a la Convención Soberana.

⁵² OSTOS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933.

⁵³ A. CRAVIOTO, "Carranza en el tormento", en *El Primer Jefe*, ed. Félix F. Palavicini, México, 1916, p. 83.

⁵⁴ *La Opinión*, 7 de febrero de 1915.

⁵⁵ Santibáñez a Zapata, 17 de septiembre de 1915. Citamos esta carta (conservada en el Archivo de Emiliano Zapata) con autorización del coronel Octavio Magaña Cerda. Hemos destacado con cursiva la frase que más nos interesa aquí.—Algún miembro del estado mayor de Zapata señaló al margen que era ésta la "adhesión" de Santibáñez al zapatismo, lo cual tiende a confirmar nuestra impresión de que Santibáñez no había hecho anteriormente ningún trato con las fuerzas de la Convención ni se había adherido a ella.

⁵⁶ CASASOLA, *Historia gráfica...*, t. 3, pp. 1229-1230.

⁵⁷ Entrevista con el autor del presente artículo (1953).

⁵⁸ BLASCO IBÁÑEZ, *Mexico in Revolution*, p. 102.

EL P. OVIEDO, PRECURSOR DE LOS JESUÍTAS "ILUSTRADOS"

Germán POSADA MEJIA

EN EL ÁMBITO DEL ESPÍRITU, la corriente "barroca" y la corriente "ilustrada" dominan sucesivamente el panorama mexicano del siglo XVIII.¹ Tal dominio se revelará en todas las actividades culturales, y el choque entre las dos corrientes no se presentará al mismo tiempo en cada una de estas actividades, sino seguirá una evolución muy significativa y digna de ser meditada: de la literatura a la filosofía y la ciencia, y de éstas al arte. O sea que el impulso de la Ilustración, a la vez destructor y renovador, invade primero el campo de la creación literaria (ya a principios del siglo, en indecisa pugna que ha de prolongarse por espacio de cien años), se dirige luego al campo del pensamiento científico-filosófico (a mediados del siglo, en violenta crisis que ha de resolverse en unos veinticinco años: hacia 1775 el predominio de la nueva escuela es indiscutible, con lo cual se inicia la época moderna de la cultura mexicana), para atacar por último el campo de las artes plásticas (a fines del siglo, en demoledora furia que ha de sacrificar en pocos años el florecer de una maravillosa tradición estética: la arquitectura churrigueresca de la Nueva España). El fenómeno no se limita a lo artístico e intelectual, pues al iniciarse el ochocientos, cumplida ya la etapa literatura-filosofía-arte, ganado definitivamente para la modernidad el espíritu mexicano, el poder de innovación se traslada de la cultura a la política, dando origen a la independencia nacional. Inspirados por el pensamiento de la Ilustración, el licenciado Verdad, el oidor Villaurrutia y, sobre todos, el padre Hidalgo —discípulos y sucesores de los hombres que medio siglo antes habían introducido la filosofía moderna en el país: los humanistas jesuitas desterrados en 1767— se lanzan a la conquista de la acción política. Con ellos, el pueblo mexicano reclama su soberanía.

El tránsito del Barroco a la Ilustración, del arte culterano y churrigueresco al neoclasicismo literario y plástico, del pensamiento tradicional al pensamiento moderno, llegará a traducirse, pues, en definitiva, en tránsito del México colonial al México independiente.²

Por su múltiple interés como género literario, como creación ideológica que participa íntimamente de la renovación del pensamiento, y como esfuerzo humanista de redescubrimiento nacional, la literatura histórica es, sin duda, una de las expresiones culturales más importantes para la comprensión de la mentalidad mexicana en el siglo XVIII. La historia es uno de los géneros predilectos de la época: el total de la producción es de una abundancia increíble; sin embargo, aparte el caso ilustre de los jesuitas humanistas, el movimiento presenta caracteres de tono menor: su valor reside más bien en el gran número del conjunto y en la duradera actualidad de algunos de los temas a que se consagró, así como en haber sido testigo y víctima de la gran transformación dieciochesca. Y surge, al menos, una obra capital: la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavigero. Clavigero, jesuita exilado, es el mayor historiador americano de su tiempo, el único que puede compararse con los grandes cronistas de Indias (Las Casas, Garcilaso, Sahagún).

UNIVERSALMENTE RECONOCIDA es la presencia de la Compañía de Jesús en la historiografía moderna de ambos mundos.³ Existe una "escuela jesuita" con caracteres propios, en concepto y realización. Esta escuela se revela muy claramente en la América española y portuguesa, sobre todo en la Nueva España. Se inicia ya a fines del siglo XVI, en vida de los propios fundadores de la Orden, con hombres de la talla de José de Acosta, autor de la *Historia natural y moral de las Indias*; continúa en el XVII, con un interés ya centrado en los asuntos religiosos mexicanos, de carácter concretamente nacional, con figuras menos significativas, como Rivas y Florencia; y llega a cabal florecimiento durante el siglo XVIII, antes y después de 1767, con dos corrientes sucesivas, una de literatura histórico-religiosa, anterior al destierro, y otra de historiografía huma-

nista, en el destierro. Entre las dos queda cubierta toda la extensión de la centuria, y el límite que las separa está justamente marcado por el año de la expatriación. Junto a ellas, aparece una corriente histórica no-jesuita —religiosa o secular—, inferior en cantidad y, aparte el bibliógrafo Eguiara, menos original y renovadora en el contenido, aunque muy importante como documentación. Así, pues, a lo largo del Setecientos se percibe el fluir de tres corrientes:

a) historiografía barroca (*ca.* 1700-1780), tradicional en el pensamiento y de estilo barroco o tradicional, interesada en el México antiguo y colonial, representada por Eguiara, Boturini, Veytia y otros autores secundarios;

b) historiografía jesuita religiosa (*ca.* 1700-1765), de transición, indecisa entre el misoneísmo y la modernidad, literariamente renovadora, preocupada por temas nacionales de índole piadosa y misional, representada por Oviedo, Venegas, Lazcano, Alegre (en su primera crónica) y muchos otros cronistas menores;

c) historiografía jesuita humanista (*ca.* 1765-1800), ilustrada en el pensamiento y de estilo neoclásico, de mayor categoría intelectual que las dos anteriores, vuelta hacia los problemas del México eterno, representada por Clavigero, Alegre, Cavo y otros biógrafos y tratadistas, quienes llevan a cabo la renovación ideológica en el campo de la historia, como lo habían hecho en los campos de la filosofía y de la ciencia. Es la gran generación de los desterrados, que se formó en la Nueva España (bajo la dirección de los discretos maestros de la época precedente), que daría allí principio a su labor crítica y creadora, y que se expresaría luego a plenitud en el exilio.

Sobre la segunda de esas tres corrientes, formada por la numerosa generación jesuita de la primera mitad del siglo, ha caído un aplastante olvido. Vagas, escasísimas noticias se conservan de ella. Tal parece que la posteridad no ha encontrado en los libros de aquel tiempo, que en la Biblioteca Nacional de México se cuentan a centenares, ni una sola nota digna de atención.⁴ Sin embargo, una aproximación atenta a la actividad intelectual de aquellos años revela la existencia, hoy casi desconocida, de un numeroso grupo de letrados jesuitas, de

interés no desdeñable por su obra histórico-religiosa y por su obra educativa: ellos fueron los maestros de la generación “brillante” que tanto han estudiado los investigadores de la época presente. Conjunto de escritores ignorados, como pertenecientes a una “época deslucida” de nuestro pasado, es contemporáneo, en líneas generales, al de los historiadores del Barroco, y viene a establecer como un puente de enlace entre éstos y los historiadores “ilustrados”. Tratan de apartarse de la historiografía tradicional de su tiempo, de corte barroco, y abren el camino a la modernidad, sin decidirse definitivamente a quedar dentro de ella. Su significación de precursores desborda lo puramente historiográfico, y se extiende al campo general de la cultura. Pues esta generación jesuíta del temprano Setecientos forma una clara transición entre la última gran generación barroca de la Nueva España, que Sor Juana y Sigüenza presiden en la segunda mitad del siglo anterior, y la gran generación humanista del exilio, que Landívar, Clavigero y Alegre presiden en la segunda mitad del XVIII. Por eso el estudio de aquella generación menor, pero muy numerosa, habrá de aclarar la comprensión del proceso cultural del siglo.

La literatura histórica del grupo está referida, en general, a las labores de la Compañía de Jesús en el inmenso territorio de la Nueva España, y se compone de crónicas de la provincia religiosa, biografías de varones ilustres de la Orden, crónicas de las misiones y relatos de hagiografía. Se trata de un movimiento de intención piadosa, edificante, pero no faltan en él obras de significación, como la *Historia de la provincia* que Francisco Javier Alegre escribió antes del destierro, y que participa tanto de lo tradicional como de lo innovador. Algunos relatos sobre las misiones de California, que en su tiempo circularon por todo el mundo cristiano, avaloran también esta corriente. Característica esencial del grupo: una inquietud intelectual universalista, una voluntad de renovación literaria —que aún no se atreve con lo filosófico y científico— anuncia inconfundiblemente la alborada de la Ilustración en el Nuevo Mundo.

La actividad literaria de la Compañía de Jesús es tan febril en el siglo XVIII mexicano, que se pueden enumerar más

de quinientos escritores.⁵ Entre ellos, y sólo en el período anterior a 1767, hay unos 140 autores que se ocupan de temas histórico-religiosos. El campo está casi totalmente inexplorado. Su interés es muy desigual. Podrían encontrarse acaso unos diez cronistas notables (de los cuales son muy famosos, el primero por sus empresas misionales, y el último por su labor intelectual, como maestro de cultura y como humanista) :

Eusebio Francisco Kino (1645-1711), originario del Tirol, autor de diversas relaciones sobre las misiones jesuítas de California y Sonora;

Juan Antonio de Oviedo (1670-1757), nacido en Bogotá; escribió varias biografías de varones ilustres;

Miguel Venegas (1700-1764), poblano, historiador de California y de la vida de algunos misioneros;

Juan Antonio Balthazar (1697-1762), de Suiza, autor de *Apostólicos afanes*, II-III, y otras crónicas;

Francisco Javier Lazcano (1702-1762), de Puebla; escribió la *Vida* de Juan Antonio de Oviedo y *Noticias de las apariciones de Guadalupe*;

José Ortega (1700-1768), natural de Tlaxcala, historiador del Nayar: *Apostólicos afanes*, I.

Joaquín Antonio Villalobos (1668-1757), mexicano, biógrafo de varios jesuítas;

Jacob Baegert (1717-1772), originario de Alsacia, historiador de California;

Francisco Javier Alejo Orrio (1715-1763), español; trata de dar solución al problema del origen de la población americana;

Francisco Javier Alegre (1729-1788), veracruzano, autor de la *Historia* de la provincia jesuítas en la Nueva España (2 versiones), y de biografías de varones ilustres.

LA FIGURA MÁS REPRESENTATIVA de todo el período es, indudablemente, la del padre Juan Antonio de Oviedo, nacido en Bogotá, en 1670, educado en Lima y Guatemala, hecho jesuita en México, donde actúa desde 1690 hasta su muerte en 1757, con breves intervalos de viajes a España, Italia y las

islas Filipinas.⁶ Se distingue no tanto por el valor de su obra intelectual, que es más bien modesto, cuanto por la diversidad de sus actividades, por la nobleza de sus intereses, por lo fecundo de su labor como maestro, por la renovación espiritual que suscitó su influjo. Hubo entre sus compañeros figuras de mayor prestigio o de talento literario más firmemente cristalizado; pero nadie le iguala como varón representativo de su tiempo y de su orden. La historia de su vida, escrita por Lazcano, uno de sus discípulos y compañeros, viene a ser la historia de toda la provincia en aquella época, que ha sido llamada la "edad de oro" de la Compañía de Jesús en la Nueva España. Y el moderno historiador Decorme lo presenta también como la figura central de su tiempo, contemporáneo de los grandes misioneros y mártires, presente en las fundaciones de seminarios de entonces, célebre como predicador, escritor ascético, moralista e historiador, y maestro de Campoy, Dávila, Abad, Clavigero, Alegre y Landívar. "Su carrera de gobierno fue invariablemente feliz: *Subditis carus, impetrantibus probatus, successibus felix*, dicen las crónicas."⁷

Espigando en la obra intelectual de Oviedo, tan múltiple y variada, aunque en general de escasas pretensiones, se le considera aquí como historiador religioso, como prosista y como maestro de ideas renovadoras.

Su labor histórica, compuesta de biografías de jesuitas de la Nueva España —varones piadosos, misioneros, mártires—, sigue esta trayectoria: *Vidas* de Antonio Núñez (1702), Pedro Speciali (1727), Josef Vidal (1752); *Elogios* de hermanos coadjutores (1755); publicación y refundición de crónicas de sus compañeros, como el *Menologio* (1747) y el *Zodiaco mariano* (1755) del P. Florencia, y como otras de los PP. Venegas y Villavicencio. De tan rica producción, que forma sólo una parte de su bibliografía, los libros más asequibles al público moderno, los más legibles, son sus *Vidas*, crónicas de carácter menor: "hermosas biografías que prepararon el camino e hicieron desear alguna obra de conjunto" sobre la historia de la Compañía en México.⁸ (Probablemente el libro más interesante de Oviedo sea el primero de todos, la *Vida* de Núñez, escrito en plena juventud, que contiene un capítulo muy va-

lioso sobre la evolución espiritual de Sor Juana Inés de la Cruz; después de esa publicación, Oviedo habrá de moverse en otros campos culturales, como la predicación, de que son testimonio sus *Panegíricos sagrados* (1718), preocupándose sólo incidentalmente por la historiografía, durante un período de casi cincuenta años: al género volverá en el ocaso de su vida, con pasmosa fecundidad.)

Las *Vidas* de Oviedo aparecen entre los dos más célebres intentos de crónica general de la Orden en la Nueva España: la *Historia* (1694) de Florencia, personalidad secundaria, pero muy brillante en su época, y la primera *Historia* (1766) de Alegre, la más ilustre figura de todo el proceso. En aquel largo espacio de siete decenios, la obra de Oviedo viene a ser la más característica, bien que colocada en un discreto segundo plano: abriendo el camino a la crónica de conjunto.

Como escritor propiamente dicho, tampoco posee Oviedo calidades de gran artista ni de profundo pensador, pero es, en su género, un buen prosista, dueño de un estilo agradable, que preludia ya una cierta manera de periodismo literario. "No es... un literato de alto coturno, ni tal vez clásico y pulido como sus antecesores y continuadores; es un polígrafo que habla el estilo correcto de su sociedad mexicana, un vulgarizador fácil que desea ser entendido de todos, pero sobre todo un enemigo del mal gusto y de toda afectación literaria".⁹ Mal gusto, afectación. Se trata de la escuela barroca, que, una vez pasada la época de su grandeza, carente ya de fuerza creativa —sobre todo en el campo de la prosa (oratoria sagrada e historia), pues en el campo de la poesía el XVIII mexicano producirá aún algunos nobles frutos gongorinos—, había quedado reducida a mero despliegue verbal sin contenido ideológico o emocional, a vana tradición que los espíritus originales rechazarían. Oviedo antes que nadie. "El primero que se presentó a rejuvenecer nuestras letras fue el P. Juan Antonio de Oviedo", que se convertiría en "jefe de la escuela".¹⁰ Como renovador ocupa un puesto aparte en su época. Abandonado de la modernidad literaria, el introductor del neoclasicismo en la prosa mexicana —historia y oratoria, de nuevo—, el instaurador del "buen gusto" en la Nueva Es-

pañá. Innovación estilística que dio paso al clima moderno de la cultura occidental en el ambiente mexicano, renovación intelectual que, extendida luego a las otras formas de la cultura por sus discípulos y continuadores, llegaría a transformar el ser intelectual del país. Alcance incalculable de aquella empresa intelectual iniciada tan modestamente, pero con tanto entusiasmo, por el oscuro cronista bogotano, quien, por otra parte, de seguro, no fue consciente de la trascendencia y el influjo que tendría su crítica a la estética literaria del Barroco. El conflicto, empero, era ya antiguo y complejo.

LA REACCIÓN contra el Barroco en la América española se manifiesta desde el mismo momento en que esta corriente —hacia 1625-1630— empieza a imponerse en los círculos literarios. Oposición hubo siempre. Pero a todo lo largo del xvii la fuerza de la tradición clasicista probó ser inferior a la de la innovación culterano-conceptista, avasalladora. “Mundo barroco aquél...”, señoreado a la distancia por Luis de Góngora, Paravicino, Vieyra (el lusitano) y también Calderón, Quevedo, Gracián. Mundo barroco, en literatura y en artes, en modas y en actitudes; hasta la filosofía tradicional escolástica se identifica con los intereses del Barroco. (Barroco, Contrarreforma, Compañía de Jesús, Imperio español: términos en contacto.) En el transcurso de los años, sin embargo, al exceso retórico siguió la fatiga. Lo que en un tiempo había significado novedad, llegó a significar al fin detención y estancamiento. En Sor Juana y Sigüenza, los dos maestros de la cultura otoñal del caer del Seiscientos, está ya el sentimiento de decadencia del Barroco; en ellos está también la reacción estilística contra la tradición culterana, con gloria en ella, sin pena en él. Ambos intuyen nuevas rutas, presagiando la Ilustración, pero en definitiva ninguno de los dos logra salir de las vías marcadas. Otros hombres de menor categoría espiritual, pero que vivieron en una época más abierta a influjos extranjeros fecundos, fueron los introductores de las nuevas ideas literarias, procedentes de la Francia “ilustrada”. La Compañía de Jesús, con su internacionalismo y su poder pedagógico, sería la institución que propiciara la

renovación. (No de manera oficial: allí encontraron también protección los desenfrenados oradores de la vieja escuela.)

A diferencia de los antiguos oponentes del Barroco, los nuevos enemigos de esta tendencia ya tradicional no eran simplemente los nostálgicos del pasado, sino letrados que a este sentimiento de respeto por lo antiguo unían una voluntad de renovación, fundada en intereses universalistas. El siglo XVIII ha despuntado apenas: Juan Antonio de Oviedo da principio a su labor.¹¹

A través de dos o tres fragmentos de los escritos de Oviedo, ha de comprobarse lo dicho. Basta un leve conocimiento de la literatura de aquella época en España y América —época de decadencia cultural hispánica, que ni Benito Jerónimo Feijóo, en España, ni Pedro de Peralta Barnuevo, en el Perú, ni Sor Francisca Josefa de la Concepción, en Colombia, acaban de salvar—, para comprender el sentido renovador del esfuerzo de Oviedo, que habría de ser paralelo al de su contemporáneo español, también jesuita, autor del celebrado *Fray Gerundio de Campazas*: el P. Isla. El P. Oviedo fue, en realidad, el primer escritor neoclásico de México y uno de los primeros del mundo de habla castellana, uno de los primeros que rompieron abiertamente con el orden espiritual barroco establecido, superando lo muerto de la tradición, en busca de una nueva expresión literaria que, si luego probaría ser de moderada calidad artística, en cambio fue riquísima por el influjo que llegó a ejercer con el tiempo en todos los campos de la cultura. (Hecho desconocido, sobre el cual no huelga la insistencia).

Desde su primer libro, publicado en 1702, Oviedo se pronuncia, más o menos veladamente, contra el esteticismo barroco. En el prólogo a la *Vida* de Núñez expone su actitud ante los estilos históricos:

Por lo que toca al estilo, he procurado que sea historial, corriente y llano; y aunque tal vez se divierta la pluma a algún símil o erudición para dar más viveza a lo que se dice, siempre es brevísimamente, huyendo de digresiones y ponderaciones, siempre odiosas en las historias, y de aquel estilo amado de no pocos en nuestro tiempo, en que es menester leer dos veces cada período para enten-

derlo, lastimando no poco la sinceridad y llaneza que de suyo pide la verdad, parte la más esencial de la historia.¹²

El párrafo guarda cierta familiaridad indudable con otra declaración de Carlos de Sigüenza y Góngora, a quien Oviedo conoció de cerca. Don Carlos, el gran erudito barroco, se opone también al empleo del estilo culterano en la literatura histórica, en su *Paraíso occidental*: a su parecer, la historia no debe utilizar el manido instrumental metafórico de los imitadores de Góngora: “como quiera que esto no es lo que se gasta en las comunes pláticas, debiendo ser el estilo que entonces se usa el que se debe seguir cuando se escriben historias, desde luego afirmo que no se hallará el catálogo de esas cosas [las metáforas] en la presente, porque sé que es el escollo en que peligran muchos.”¹³ La intención de Oviedo es, pues, semejante a la de Sigüenza, aunque su situación espiritual sea muy diferente: pues éste pertenece aún, a pesar suyo, a la tradición barroca —discreto en la prosa histórica, exaltado en el verso—, al paso que aquél, menos de veinte años después, ha superado ya tal tradición. Y las lecturas francesas van dejando su huella en la prosa del joven jesuita. La última frase del texto de Oviedo, “la verdad, parte la más esencial de la historia”, es de un sabor claramente afrancesado. Rasgo muy significativo.

Justamente medio siglo después de la *Vida* de Núñez, Oviedo escribe la de otro varón ilustre, el misionero Josef Vidal (1752). El autor es ya octogenario, mas su pensamiento no ha variado, aunque el tono haya ganado en ironía:

Puede ser, amigo lector, que en esta historia echés de menos aquella elegancia de estilo y abundancia de retóricos tropos y figuras con que vemos en este siglo celebradas y aplaudidas algunas historias. Confieso ingenuamente que no llega a tanto mi capacidad, pero que no me pesa tampoco de mi poco alcance, cuando conozco que ordinariamente hace declinar el estilo a panegírico y que se desvía no poco del historial, y que muchas veces deja indeciso al lector sobre si lo que se refiere es metáfora o realidad, y aun obliga no pocas veces a volver a leer una y otra vez lo ya leído, para penetrar y entender lo que se dice.¹⁴

A lo largo de su vida, el escritor no ha dejado pasar ocasión de manifestar su credo literario: la pureza, la sencillez y la claridad han de ser la primera preocupación de todo buen prosista.¹⁵ Como orador sagrado, se ha declarado también enemigo de la tradición "vieyrista", de corte barroco, que por aquel entonces llega a excesos paroxísticos, de verdadera locura retórica; ha propugnado siempre por una nueva oratoria, de corte neoclásico, a la manera de la nueva oratoria francesa e italiana.

Consciente de que aquella literatura exorbitante cultivada por los cronistas, versificadores y predicadores al uso, cuyo único mérito estaba en el aprendizaje de una técnica y su repetición hasta el infinito, sin nada de su original vitalidad estética (y que se conserva en la posteridad sólo como documento de una época desafortunada), era una literatura de franca decadencia, una literatura que empezaba a dejar de serlo, Oviedo se propuso que su obra fuera una llamada a la cordura y a la naturalidad, y su mensaje resultó verdaderamente explosivo. Que esa obra no fue escrita en vano y que tuvo repercusión e influyó, directa o indirectamente, en la literatura y en la cultura de México, lo prueba la acción ilustre de los humanistas de 1767, discípulos de Oviedo.

EN DEFINITIVA, Juan Antonio de Oviedo da principio, con su renovación literaria, limitada originalmente a lo estilístico y estético, a todo un proceso de renovaciones que ha de extenderse por espacio de cien años. Sus discípulos, como Campoy y Clavigero, inician a mediados del siglo la renovación filosófica y científica. Hombres de diferente origen, pero de semejantes preocupaciones, realizan a fines del siglo la renovación artística, limitada también a lo plástico y estético. Poco después, a partir de 1808, un grupo de patriotas, discípulos de Clavigero y su escuela, inician la definitiva renovación política del país: Miguel Hidalgo y Costilla declara la revolución de independencia mexicana, el 16 de septiembre de 1810. Así pues, existe una línea de evolución espiritual en el XVIII de la Nueva España, línea muy directa y en tensísimo *crescendo*: de Oviedo a Alegre y Clavigero, y de Clavigero y Alegre a

Hidalgo. Para la comprensión intelectual de aquella época —liquidación y promesa, encrucijada de la historia americana en la edad moderna—, es fundamental el conocimiento de la ruta Oviedo-Clavigero-Hidalgo.¹⁶ Y puesto que el gran patriota y el historiador están vivos en la conciencia mexicana contemporánea, cumple ahora dirigir la mirada a aquel olvidado cronista, tan limitado en su propia obra como notable por el influjo de su acción cultural: Oviedo creó en México el clima de espíritu que hizo posible toda la aventura de la Ilustración —literatura y arte, filosofía y política—, e inauguró con su ejemplo el ritmo renovador que caracteriza al siglo. Sin la introducción de las nuevas ideas literarias, que él llevó a cabo, sería inimaginable la introducción de las nuevas ideas filosóficas, hacia 1750-1775, hecho que marca las dos grandes épocas en la historia intelectual de México. (Antes de 1750: mente antigua, época colonial, pensamiento tradicional; después de 1775: mente moderna, época pre-independiente, pensamiento renovador, en busca de una expresión propia y auténtica.)

En el origen de aquel gran conflicto de corrientes espirituales se sitúa, en posición clave, la pequeña figura del cronista Oviedo: cultivador de un género menor, la historiografía hagiográfica, que como historia participa tanto de la literatura de creación como de la literatura de pensamiento (al menos en germen), tanto del arte como de la ciencia, el autor es responsable de haber iniciado el movimiento literario de renovación que iba a dar cuenta de la parte fosilizada de la tradición barroca, pero que indudablemente hizo descender el nivel artístico de la Nueva España; y es también el maestro de los que, superando las ambiciones puramente literarias de Oviedo, iban a renovar el ambiente filosófico del país y a dar principio a la edad moderna de la cultura mexicana. Su figura y su mensaje se presentan hoy, pues, como un arma de doble filo.

El estudio de Oviedo y de su época (que se inicia con el ocaso de Sor Juana y Sigüenza, florece contemporáneamente a Eguiara, a los oradores y versificadores culteranos y al gran arte churrigueresco de la Nueva España, creador de algunas

obras maestras de la arquitectura barroca universal, y termina con el surgimiento de Alegre, Clavigero, Landívar y tantos otros) es tarea que se impone ahora, ineludiblemente, a la actual escuela mexicana de historiografía de las ideas y de la cultura.¹⁷

Una nota final. Si en el campo intelectual, filosófico y político, el advenimiento de la Ilustración representa el nacimiento del México moderno (tránsito del Barroco a la Ilustración quiere decir paso de la tradicional filosofía escolástica a la filosofía y la ciencia modernas, tanto como paso de la ausencia de intereses políticos al surgir de la conciencia nacional), en cambio, la destrucción del Barroco significó en el campo estético, literario y artístico la muerte de un gran movimiento creador, flor de la Nueva España (tránsito del Barroco a la Ilustración quiere decir también paso de la poesía culterano-conceptista de Sor Juana a la prosa neoclásica, tanto como paso de la monumental arquitectura churrigueresca al arte neoclásico). A un tiempo, progreso y desintegración.

NOTAS

¹ Estas páginas proceden de una inconclusa investigación, iniciada en El Colegio de México por el año de 1950, sobre la historiografía mexicana del XVIII. Se presentan ahora como simples sugerencias, de cierto interés erudito, que tratan de llamar la atención de los investigadores sobre un movimiento cultural casi desconocido: la historiografía religiosa de la Compañía de Jesús en la Nueva España, en 1700-1765. Para un estudio de la época, a más de la bibliografía mexicana que es tan conocida, consúltese la reciente obra de Jean SARRAILH, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, 1954.

² La existencia de este proceso cultural y político apenas había sido advertida antes: hasta hoy, los estudiosos de la política, del arte, de la filosofía y de la literatura han observado, cada uno en la esfera de su propia disciplina, la crisis espiritual del XVIII; pero nadie, que yo sepa, ha comparado y analizado en conjunto la evolución paralela de esas expresiones de la cultura intelectual, artística y social, ni ha establecido el devenir de la gran crisis.

³ Consúltese, por ejemplo, la excelente obra sobre historiografía europea moderna de Eduard FUETER, *Geschichte der neueren Historiographie*, 2ª ed., Munich y Berlín, 1925, que trata de la escuela histórica creada por los jesuitas. (Hay traducción francesa).

⁴ Algunos de aquellos autores han sido reeditados modernamente (Venegas, Alegre, J. Ortega, Baegert, etc.); pero la obra conjunta de la generación permanece totalmente ignorada.

⁵ Hay pocos trabajos útiles para el conocimiento de tan numeroso grupo. A Gerardo DECORME se deben dos estudios importantes, anverso y reverso de una sola labor de investigación: *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767. (Compendio histórico)*, México, 1941, y *Mi fichero. Breve guía bibliográfica de los jesuitas mexicanos durante la época colonial*, ms. (Socorro, Texas, 1943; ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional de México). De éste, catálogo muy útil y casi desconocido, tomo los diez nombres que cito en el texto; la elección no responde, más que en casos aislados, a conocimiento directo del material, que es inmenso, sino a la impresión que obtuve de la consulta detenida del *fichero*.—Como introducción a la literatura general de la época, lo mejor es el estudio y la selección de Alfonso MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas novohispanos*, tomo 3, Segundo siglo (1621-1721), parte segunda, México, 1945 (*Biblioteca del estudiante universitario*, 54).

⁶ Los historiadores de la literatura mexicana, colombiana o hispano-americana, no han tomado en consideración a Juan Antonio de Oviedo; su nombre aparece raramente en los tratados, con juicios como: "no lució por la pluma" (J. M. VERGARA, 1867), o calificaciones de mera "lectura edificante" (A. GÓMEZ RESTREPO, 1940). Aparte de los historiadores jesuitas de México, últimamente se ha interesado en él J. M. RIVAS SACCONI, *El latín en Colombia, bosquejo histórico del humanismo colombiano*, Bogotá, 1949. Ante la crítica colombiana, el nombre del P. Oviedo ha sido oscurecido por el de su hermano menor, don José de Oviedo y Baños, el conocido historiador que floreció en Venezuela. (A propósito, dice F. J. LAZCANO, *Vida del V. P. Juan Antonio de Oviedo*, México, 1760, p. 4, que el segundo tomo de la *Historia de Venezuela* —que se considera perdido— se conservaba entonces "manuscrito, dedicado a su amantísimo hermano, el P. Juan Antonio"). Sin embargo, la bibliografía religiosa sobre el jesuita es muy abundante: aparte Lazcano y Decorme, véase: Vicente LÓPEZ, *Siglos de la concepción mariana*; Pedro MURILLO VELARDE, *Geografía histórica*; BACKER-SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus; Diccionario universal de historia y geografía*, Apéndice, tomo 3, México, 1856 (M. Dávila); *Enciclopedia Espasa*, t. 40; además de los conocidos repertorios de Beristáin, Medina y N. León.

⁷ DECORME, *La obra...*, t. 1, pp. 388-390.

⁸ *Ibid.*, p. 204. (La imprecisión de los datos que transcribo se debe al hecho de haber redactado estas notas lejos del propio campo y cinco años después de la investigación correspondiente, como dejo explicado antes). La bibliografía completa de los escritos de Oviedo está igualmente por hacer: la formulada provisionalmente por DECORME, en *Mi fichero*, pp. 136-138, cuenta con unos 45 títulos, entre manuscritos, publicaciones hechas por el autor y obras póstumas. Muchos de sus libros, particular-

mente los de carácter más religioso, fueron reimpresos insistentemente a lo largo de cien años. Casi todos sus escritos vieron la luz en la ciudad de México; pero también contó con ediciones españolas, guatemaltecas y colombianas. (Para éstas, cf. Eduardo POSADA, *Bibliografía bogotana*, t. 2, Bogotá, 1925).

⁹ DECORME, *La obra*, t. 1, p. 208.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Oviedo no es el único renovador: desde el principio cuenta con colaboradores, como los PP. Francisco Javier Solchaga y Manuel Herrera, predicadores y maestros, que, sin embargo, no dejaron obra escrita, o como el jesuita venezolano Francisco López (1699-1783), natural de Guarena, bastante más joven que Oviedo, célebre como teólogo y moralista, muerto en Ferrara, en el exilio, quien desde muy temprano se propuso implantar en las aulas la enseñanza de la lengua francesa. Oviedo y López están entre los primeros que abrieron en México los horizontes internacionales. Y en el campo de la historiografía, ya hemos visto que secundaron a Oviedo muchos compañeros y discípulos, como Venegas, Lazcano, Alegre, todos ellos partidarios del "Buen Gusto".

¹² *Vida... del V. P. Antonio Núñez de Miranda...*, México, 1702, prólogo, s. f.

¹³ *Paraíso occidental*, México, 1684, prólogo, s. f.

¹⁴ *Vida del P. Josef Vidal*, México, 1752, prólogo. Cf. DECORME, *La obra*, t. 1, pp. 214-215.

¹⁵ J. A. OVIEDO, Aprobación, en Manuel Romualdo DALLO Y ZAVALA, *El gali-hispano héroe de la fe, el Sr. D. Felipe Quinto, rey de las Españas. Sermón fúnebre*, México, 1747, s. f.: "Es esta fúnebre oración pura por lo castizo de su lenguaje; sencilla, porque sin ponderaciones hiperbólicas, que suelen avenirse mal con la verdad, refiere y ensalza proezas y virtudes de nuestro difunto monarca; clara, y a todos manifiesta, porque (no usando de oscuras frases y peinados períodos, que aun para los más advertidos dejan dudosa y confusa la inteligencia) a todos, aun a los menos versados en las letras, se hace perceptible... , juntando a la gravedad y peso de los conceptos y discursos, la suavidad accesible de sus palabras..."

¹⁶ Ruta que podría extenderse: Sigüenza-Oviedo-Eguiara-Alegre-Clavigero-Gamarra-Alzate-Villaurrutia-Hidalgo.

¹⁷ Primera labor por realizar: una bibliografía selectiva del período y de su gente más destacada. Importa establecer antes que nada cuáles son las figuras de mayor interés, y concentrar la atención en unos cuantos problemas esenciales. De lo contrario, se corre el peligro de naufragar en un mar inabarcable de documentación ciega y muda.

J. W. FOSTER Y EL DESARROLLO ECONÓMICO DE MÉXICO *

Chester C. KAISER

YA EN SUS AÑOS universitarios comenzó John Watson Foster a interesarse en la política. Militó entre los abolicionistas, participó en la campaña presidencial de Fremont, el año de 1856, y tomó parte aún más activa en las elecciones de 1860. La guerra civil vino a interrumpir esos prometedores comienzos de su carrera política local, pero a la vez fue creando en él un interés más amplio por la política estatal y nacional. El gobernador de Indiana, Oliver P. Morton, le dio el grado de mayor de la guardia nacional; durante tres años y medio peleó con el ejército del Norte, y al cabo de ellos obtuvo el grado de coronel. En la guerra luchó bajo el mando de los generales Ulysses S. Grant y William Sherman, a quienes además conoció personalmente.¹

Al terminar la guerra, Foster dirigió el *Evansville Daily Journal*, principal periódico de esa parte de Indiana. Para desempeñar su cargo, tuvo que familiarizarse con todas las cuestiones políticas del momento, y trabó conocimiento con los políticos de la región.² En 1872 era jefe del Comité Republicano de Indiana y trabajaba en estrecho contacto con las principales personalidades del partido. En ese año realizó su máxima hazaña política, en la campaña electoral del senador Oliver P. Morton y del presidente Ulysses S. Grant. Era dudosa la situación en el Estado de Indiana. La elección de ambos candidatos se debió en gran parte a la habilidad con que Foster allanó los conflictos internos del partido.³ El senador Morton, que había sido durante años una prominente figura republicana y que ejercía gran influencia sobre la trayectoria política del partido, quiso mostrar a Foster su agra-

* Este artículo se basa en un trabajo leído en la reunión anual de la American Historical Association, Los Angeles, 29 de diciembre de 1954.

decimiento ofreciéndole un buen puesto diplomático. Así fue Foster elegido embajador en México el año de 1873; ocupó el cargo hasta 1880.⁴

Desde el comienzo mismo de su misión diplomática Foster se interesó vivamente en mejorar las relaciones entre México y los Estados Unidos. Para lograrlo comprendió que debía estudiar la índole y los problemas de los mexicanos; así vería qué podría hacer su patria para ayudarlos. Uniendo lo útil a lo agradable, viajó por todo el país, para darse cuenta por sí mismo de los problemas nacionales, y entabló contacto directo con la gente, para conocer sus puntos de vista y sus anhelos. De esa manera se ganó las simpatías de los mexicanos, fue mencionado elogiosamente en los periódicos y se convirtió en una autoridad en asuntos relativos a este país.⁵

Los años que duró el servicio de Foster en México fueron de vital importancia para el desarrollo de las relaciones mexicano-norteamericanas. Hacía ya medio siglo que México había alcanzado la independencia, pero seguía luchando por estabilizar su vida política. Casi no había habido un año libre de guerras civiles o de trastornos políticos de diverso tipo. La fuente principal de esa inquietud política y social era la lucha emprendida por un grupo pequeño pero cada vez mayor de liberales con el fin de introducir las modernas instituciones políticas y económicas; debía para ello vencer la oposición de la aristocracia feudal, poseedora de grandes latifundios, y la de la Iglesia, de espíritu igualmente feudal, que luchaba con todas sus fuerzas por defender su poderío político y económico.

El capital extranjero deseaba penetrar en México, pero se mostraba temeroso por la inseguridad que había reinado en los años precedentes y por el trastorno en que se encontraba el país. Los liberales mexicanos anhelaban, a su vez, la entrada del capital, pero temían sus consecuencias: la intervención de las grandes potencias, que a menudo adoptaban la actitud de propietarios ante las naciones pequeñas y débiles en que habían invertido dinero sus ciudadanos. La principal tarea de Foster consistió en hacer de catalizador de los deseos mutuos y en apaciguar, en la medida de lo posible,

los mutuos temores. Tenía que convencer a México de que la actitud de los Estados Unidos era plenamente amistosa y no agresiva, y al mismo tiempo debía persuadir a los empresarios norteamericanos de que podían invertir su capital con una garantía casi total de seguridad. Así, pues, investigó y expuso en detalle a ambos países cuáles eran las mejores oportunidades para la inversión del capital norteamericano en México, tarea nada fácil.

LOS FERROCARRILES Y EL COMERCIO

Desde el comienzo se dio cuenta Foster de que en los años que siguieron a 1870 los Estados Unidos habían logrado un rápido desarrollo comercial e industrial, principalmente en lo referente a las comunicaciones ferroviarias. Muchos políticos y empresarios comprendieron que la nueva industria no tardaría en buscar mercados fuera de las fronteras norteamericanas. La meta principal de Foster fue, pues, desde un principio, fomentar el desarrollo de ese mercado en México; su posición geográfica era muy adecuada, pues justamente por esos tiempos los ferrocarriles norteamericanos llegaban ya a la frontera. En los Estados Unidos y en ciertos círculos mexicanos la penetración económica de México se consideraba ventajosa para ambas partes. Foster se constituyó en entusiasta abogado de esa causa y luchó tenazmente por imponerla.

Los obstáculos que, según él, se oponían a la penetración económica eran ante todo los siguientes: los elevados aranceles impuestos por el gobierno mexicano, la escasez de comunicaciones y el sinnúmero de pequeñas barreras que el sistema administrativo mexicano había puesto al comercio.

Para esquivar el impedimento de los aranceles, Foster pensó en un tratado de comercio que disminuyera o anulara totalmente los impuestos sobre los productos que pudieran proporcionar los Estados Unidos a México. Los Estados Unidos, por su parte, debían hacer otro tanto con las mercancías que pudiera exportar México. La dificultad de negociar ese convenio consistía en el hecho de que los pro-

ductos vendidos por México se hallaban ya exentos de derechos de aduana. A pesar de esta desventaja, el gobierno de Washington esperaba lograr un arreglo favorable, pues podía ofrecer otras facilidades. Para inducir a su país a entablar las negociaciones, Foster insistió en que el gobierno norteamericano suministrara a México el capital necesario para construir vías férreas y para realizar otros proyectos. Los mexicanos vieron surgir ante sus ojos el grande y deslumbrante espectáculo de un futuro próspero.

Foster informó a su gobierno de que la mayor parte del comercio mexicano se hacía con las naciones europeas, sobre todo con Alemania. Había en México pocos negocios norteamericanos y, a pesar de su posición fronteriza, los Estados Unidos sólo suministraban la séptima parte de las importaciones y sólo recibían la sexta parte de las exportaciones mexicanas. Foster se mostró convencido de que un tratado de reciprocidad aumentaría en gran medida ese comercio con México, y que sin él los Estados Unidos no podrían competir con los comerciantes europeos, favorecidos por precios de manufactura más bajos.

Foster añadió que el convenio sería más provechoso para los Estados Unidos que para México, puesto que los artículos que México exportaba por entonces a los Estados Unidos estaban ya exentos de impuestos o sujetos a un arancel muy bajo, mientras que los artículos que podían exportar los Estados Unidos en virtud de ese convenio de reciprocidad entrarían dentro de categorías arancelarias mucho más elevadas. Por lo demás, durante varios años México no podría exportar mucho, y el total de la exportación, en caso de hacerse sin impuestos, no afectaría esencialmente al ingreso de los Estados Unidos.⁶

Hizo notar asimismo que los mexicanos desearían adquirir muchos artículos norteamericanos cuyos derechos de importación eran prohibitivos, y que, por otra parte, gran número de productos eran objetos de lujo para los cuales el mercado se limitaba a unos cuantos consumidores, de modo que la cantidad exportada no podría ser grande. Habló de las gabelas interiores, de la devaluación de la moneda y

del desfavorable tipo de cambio: todo ello dificultaba la expansión del comercio.⁷

Otra observación que hizo fue que la supresión de impuestos permitiría a México importar maquinaria y utensilios agrícolas, y que los Estados Unidos podrían competir fácilmente con las naciones europeas en la producción de tales artículos. Insistió en la conveniencia de que los negociantes norteamericanos establecieran grandes almacenes en la capital mexicana y exhibieran sus productos para que los mexicanos vieran su superioridad.⁸

Sin embargo, la idea del comercio recíproco encontró pocos adeptos de ambos lados de la frontera. En los Estados Unidos el dogma de los aranceles elevados ataba las manos a los negociantes, y eran pocos los políticos capaces de comprender la necesidad de fomentar el comercio concediendo dispensas arancelarias. En México, la oposición se fundaba en el temor a la nación vecina, en la necesidad de ingresos, en la ventaja de negociar en los mercados europeos de libre cambio y también en el afán de crear una industria nacional. De hecho, en ambos países la principal oposición venía de la misma fuente: de los intereses creados, deseosos de protegerse contra todo cambio, viniera de donde viniese. En los Estados Unidos aquellas fuerzas se fundaban en la teoría de que lo mejor era el proteccionismo como sistema y que era peligroso romper los diques. En México se estaba desarrollando esa misma actitud; las esperanzas se fundaban en el progreso de la industrialización, meta de todos los países retrasados en el siglo xix.⁹ Foster, sin embargo, no se resignó, y todavía en 1891 trató de negociar un convenio recíproco con los mexicanos, cuando éstos no querían ni oír hablar del asunto.

La falta de medios de transporte era, como hizo notar Foster, el segundo gran impedimento para mejorar el comercio entre ambas repúblicas. La populosa zona central de México estaba casi totalmente aislada de los Estados Unidos. No había un tráfico marítimo regular. El comercio se hacía por medio de barcos volanderos dirigidos casi siempre por negociantes desacreditados, sin los recursos, los conocimientos ni el sentido de responsabilidad necesarios para extender

ese comercio. Foster insistió en la urgencia de establecer líneas marítimas regulares desde Nueva Orleans y desde San Francisco; pero dado el sistema norteamericano de la iniciativa privada, tuvo que limitarse a llamar la atención sobre esa necesidad. Ni él ni su gobierno podían hacer gran cosa para satisfacerla.

La idea de establecer una conexión entre los ferrocarriles norteamericanos y los mercados y fuentes de abastecimiento mexicanos tuvo que enfrentarse a la misma oposición que la del comercio recíproco. El deseo que tenía México de crearse su propia industria, y el que abrigaban los negociantes mexicano-europeos de mantener las ventajosas conexiones de larga raigambre, no dejaban de pesar considerablemente. El mismo presidente Lerdo temía toda intromisión o influencia venida del Norte, y no le fue difícil hacer compartir ese criterio al Congreso mexicano. Su política económica se caracterizaba a la vez por el nacionalismo y el *laissez faire*. Lo que él deseaba era poner en movimiento el capital mexicano, “desviándolo del trillado sendero de las inversiones territoriales, las hipotecas y los préstamos usurarios a corto plazo hacia las nuevas empresas, sobre todo hacia la construcción de ferrocarriles” y “fundir el capital extranjero con el capital mexicano, sometiendo, siempre que fuera necesario, a todas las corporaciones a la ficción de un origen mexicano, de una sede mexicana y de una subordinación total a las leyes mexicanas”.¹⁰

Por su parte, Porfirio Díaz probablemente pensó servirse desde un comienzo del dinero norteamericano, pero, dado el espíritu anti-norteamericano que reinaba en México, no quiso correr el riesgo de debilitar su poco sólida posición política. En cuanto vio afirmada ésta, se volvió abiertamente hacia los Estados Unidos, a pesar de todas las dificultades.¹¹

Foster siguió poniendo todo su esfuerzo en el fomento de las conexiones ferroviarias y marítimas entre los Estados Unidos y México, estimulando y ayudando a los norteamericanos interesados en el establecimiento de esos medios de transporte. Para ambos proyectos, los empresarios esperaban recibir subsidios de México y, por lo tanto, tenían que en-

trar en tratos con el gobierno mexicano. Gracias a sus contactos oficiales, Foster pudo servir de intermediario entre éste y los empresarios. Antes de terminar su misión diplomática se habían establecido cuatro líneas de vapores entre México y los Estados Unidos, subsidiadas por el gobierno mexicano; ¹² se habían otorgado numerosas concesiones para el establecimiento de ferrocarriles; se habían construido dos líneas férreas entre la capital mexicana y el río Bravo, que hacían conexión con los ferrocarriles norteamericanos. El problema de los transportes estaba en vías de solución.¹³ El papel de Foster en estos acontecimientos parece haber sido de gran importancia, hasta donde su posición se lo permitió.

Para atacar la tercera barrera que se oponía a sus proyectos —los defectos del sistema administrativo mexicano en lo concerniente al comercio—, Foster ejerció una presión tenaz sobre el gobierno de México para lograr mejoras en esa administración. En las aduanas de los puertos mexicanos de segunda importancia el desorden y la confusión eran ya casi una ley, con gran perjuicio del comercio. Los decomisos arbitrarios, los embargos, los retrasos, las multas injustificadas eran constantes en esas oficinas aduanales que, por lo demás, casi siempre se encontraban cerradas; todo ello contribuía a desalentar a los comerciantes norteamericanos.

Foster pugnó por que se hiciera justicia a esos comerciantes, pero las administraciones mexicanas no tenían suficiente estabilidad para ser eficaces. Sin embargo, la constante presión ejercida por el embajador y sus conferencias sobre administración contribuyeron evidentemente a restablecer el orden en los puertos de entrada. Desde luego, estos problemas eran problemas mexicanos, y sólo los mexicanos debían resolverlos. Para ello contaron con la ayuda del extranjero, y sin duda Foster tuvo aquí un papel importante.

LA ZONA LIBRE

Uno de los problemas más difíciles a que hubo de enfrentarse Foster fue el de la Zona Libre. Se trataba de una faja de tierra de 20 kilómetros sobre el río Bravo a lo largo

de toda la zona fronteriza del Estado de Tamaulipas. Se había establecido en 1858 con objeto de aliviar la situación económica de Matamoros y demás ciudades de la frontera. Para esas poblaciones, tan alejadas de la esfera económica mexicana y tan próximas a los Estados Unidos, las leyes arancelarias mexicanas resultaban excesivamente onerosas. Las mercancías que habían pagado derechos costaban más que los productos norteamericanos que podían adquirirse al otro lado del río. Los compradores mexicanos se proveían, pues, en Texas, en perjuicio de los comerciantes mexicanos. Aprovechándose de los trastornos políticos, Ramón Guerra, gobernador de Tamaulipas, expidió en marzo de 1858 un decreto para crear esa Zona Libre que impediría la decadencia de las ciudades fronterizas. El decreto se apoyaba en una ley de la legislatura, pero violaba la Constitución mexicana, y el gobierno federal no se sentía lo suficientemente fuerte para abolirlo, pues temía una rebelión.

La Zona Libre significaba un perjuicio para los texanos. Los comerciantes residentes en ella podían importar mercancías europeas sin pagar los impuestos mexicanos, y podían luego venderlas en Texas a precios más bajos que los cobrados por esas mercancías en los Estados Unidos (donde tenían que pagar derechos) y a menudo más bajos que los de las mismas mercancías norteamericanas. Foster y el gobierno de Washington trataron de hacer que México suprimiera esa zona. George Gorham, secretario del Senado norteamericano, la criticó duramente el 7 de diciembre de 1875.¹⁴ Pero el gobierno federal mexicano no se atrevía a intervenir, porque la Zona Libre había adquirido gran importancia en el sistema económico del país y eran muchos los que se beneficiaban con ella. Además, durante casi todo el período en que Foster fue embajador, el Noreste de México, tan alejado del débil gobierno central, estaba en realidad fuera de su control administrativo, y resultaba sumamente difícil llevar ahí a la práctica las medidas dictadas por el gobierno federal.

En marzo de 1877 habló Foster con Ignacio Vallarta, secretario de Relaciones Exteriores, y le dijo que la Zona Libre causaba perjuicios a la hacienda norteamericana porque

permitía a los contrabandistas pasar mercancías, sin riesgo alguno, al Estado de Texas. Era preciso suprimirla para mantener la paz en el río Bravo y para conservar las buenas relaciones entre los dos países. Además de provocar el contrabando, daba a una reducida porción del territorio mexicano privilegios y exenciones especiales de que no gozaba el resto de la República. Además, la Zona Libre causaba grandes pérdidas a la hacienda pública de México y era fuente constante de desórdenes y derramamiento de sangre.¹⁵ Vallarta respondió que el presidente Díaz no podía hacer nada al respecto sin la aprobación del Congreso. Foster pidió entonces que en el mes de septiembre el Presidente presentara al Congreso un proyecto de ley que suprimiera la Zona, y pidió también que usara de toda su influencia para lograr su aprobación.¹⁶

El problema se discutió en una sesión de gabinete, y la secretaría de Hacienda, a cargo de Romero, estuvo de acuerdo en que la existencia de la Zona Libre era perjudicial. Todos parecieron coincidir en juzgarla anticonstitucional, porque concedía privilegios especiales a una región. Sin embargo, el estado de los negocios públicos en ese momento, y particularmente el de los de la frontera septentrional, no se prestaba para una intervención de ese tipo. Se pensó que lo mejor sería informar al público de los males e injusticias que traía consigo la Zona Libre, esto es, tratar de influir en las personas que gozaban de las exenciones para que consintieran en su abolición o aceptaran ciertas modificaciones que podría sancionar el Congreso.¹⁷

Vallarta hizo saber entonces a Foster que el Congreso mexicano no podría por entonces estudiar la cuestión. En su respuesta, Foster observó que el bajo río Bravo era, de toda la frontera, el lugar más expuesto a incursiones. Urgía decidir algo acerca de su situación política, y no diferir la discusión para un futuro incierto.¹⁸ El 4 de septiembre de 1877, después de muchas y prolongadas conferencias con Vallarta, Foster informó a su país que el gobierno mexicano se negaba a abolir la Zona Libre por motivos de conveniencia política.¹⁹ El Secretario de Estado norteamericano dijo entonces

que lamentaba esa negativa, puesto que impedía el mantenimiento de la paz y del orden en la frontera.²⁰

El nuevo secretario de Relaciones Exteriores, Eleuterio Ávila, informó a Foster que el Presidente no tenía intenciones de perjudicar a los Estados Unidos con el mantenimiento de la Zona. Por el contrario, deseoso de cooperar con la nación vecina, estudiaría cualquier propuesta de Foster.²¹ Foster dio las gracias a Ávila por la invitación que se le hacía de proponer una solución, pero añadió que le era imposible aceptar, ya que desde un comienzo se había opuesto a la Zona Libre y durante diez años el Presidente de los Estados Unidos y el Congreso habían tratado de obtener por vías diplomáticas su supresión. Así, pues, Foster no se sentía autorizado a hacer ninguna propuesta al gobierno mexicano sin instrucciones de su gobierno. Recordó que en marzo de 1877 Ignacio Vallarta había prometido plantear el problema en la próxima sesión de la Cámara, y que no se cumplió esa promesa; el 21 de junio de 1877 había vuelto a hablar con Vallarta, sin recibir ninguna respuesta definitiva; terminaron las sesiones de la Cámara sin que el Ejecutivo hubiera decidido nada; por esa época el gobierno mexicano juzgó que no podía intervenir en el asunto hasta no conseguir el reconocimiento de los Estados Unidos; la Cámara tampoco lo había discutido en abril de 1878. Los Estados Unidos dudaban, pues, de que Porfirio Díaz tuviera voluntad de llegar a una solución. Durante diez años había estado posponiendo continuamente el asunto, con lo cual el gobierno norteamericano se hallaba convencido de que el de México no tenía la capacidad o la voluntad de enfrentarse a sus "obligaciones internacionales".²²

En 1879 la situación se resolvió por sí sola. La baja de precios en los productos manufacturados norteamericanos y el creciente espíritu de iniciativa comercial en los Estados Unidos permitió a los comerciantes de Texas competir en muchas mercancías con los negociantes mexicanos que importaban productos europeos. El resultado práctico de este cambio fue que la zona fronteriza mexicana satisfacía casi totalmente su demanda de telas de algodón y de muchos

otros artículos comprándolos en los Estados Unidos; con ello disminuyó notablemente el contrabando en Texas. Las autoridades aduanales y los ciudadanos norteamericanos de la frontera informaron a Foster que el contrabando proveniente de la Zona Libre había desaparecido casi por completo. Al mismo tiempo pudo comprobar Foster que la Zona era ahora base de operaciones de los contrabandistas que llevaban mercancías norteamericanas y europeas al interior de México.²³ Años más tarde, Matías Romero escribiría que la Zona Libre había causado graves daños a los propietarios e industriales del lado mexicano, provocando pérdidas de millones de pesos, y que la población de las ciudades fronterizas había disminuido porque las clases trabajadoras no podían conseguir trabajo.²⁴ La ley de impuestos de 1891 gravó todos los productos procedentes de la Zona Libre, antes exentos de derechos, con un impuesto equivalente al 10 por ciento de los aranceles pagados por los mismos productos en otras partes de México. El 12 de mayo de 1896 un decreto de la Secretaría de Hacienda hizo subir ese 10 por ciento a 18½ por ciento, y un mes más tarde se fijó un impuesto municipal complementario de 1½ por ciento sobre los derechos de importación. De ese modo dejó de ser "libre" la zona que llevaba ese nombre.²⁵

EL CAFÉ, EL AZÚCAR, LAS FRUTAS

Foster dedicó mucho tiempo a lo que podríamos llamar investigaciones económicas. Los norteamericanos se interesaban por México en cuanto mercado, principalmente de artículos manufacturados; comenzaban por entonces a reconocer el interés que tenía la exportación de esos productos. Foster se empeñó en conseguir mercados para los industriales norteamericanos. Desgraciadamente México comerciaba sobre todo con Europa y, cosa más importante, tenía muy poco que exportar, por lo cual sólo podía comprar en el extranjero cantidades limitadas. Algo se habría ganado si ciertos artículos de primera necesidad que se podían vender en grandes cantidades en los Estados Unidos hubieran podido tam-

bién producirse en grandes cantidades en México. El café, el azúcar y ciertas frutas se importaban a los Estados Unidos y podían cultivarse en México. Foster, pues, concedió gran atención a los problemas relacionados con el fomento de ese comercio. El complejo problema de la producción y del comercio a que se enfrentó Foster incluía el problema del capital, el de la formación técnica, del clima, de los transportes y aun de la inmigración.

Durante sus viajes se interesó especialmente en el cultivo del café, porque era uno de los productos que podían contar con un mercado seguro en los Estados Unidos. Una extensa región de México era apropiada para el cultivo del café, pero se producía muy poco. Foster se puso a investigar las razones de esa escasez, que impedía la exportación. Visitó los Estados de Veracruz, Michoacán y Colima, donde más auge tenía ese cultivo, y llegó a la conclusión de que México bien podría llegar a ser un importante mercado para los productos norteamericanos; pero para ello debía comenzar por aumentar su exportación; sólo así podían importar los Estados Unidos sin trastornar la economía de la nación mexicana. Afirmó que no había otra empresa más prometedora que el cultivo del café.

En un discurso pronunciado ante la Cámara de Comercio de Nueva Orleans el 18 de noviembre de 1875, Foster habló del cultivo del café y del azúcar en México y presentó estadísticas. El café importado en los Estados Unidos durante 1874 había sumado 288 millones de libras y costado 55 millones de dólares, mientras que en 1863 sólo se había importado café por valor de 10 millones. A partir de ese año había habido un aumento constante. Durante el mismo período se habían importado 1.201,500 toneladas de azúcar y melazas, por valor de \$ 89.500,000. En cambio, los Estados Unidos exportaban anualmente \$ 114.500,000 de mercancías. Estos hechos, dijo, debían interesar a los importadores, pero más aún a los exportadores.

México, continuó, podría convertirse en un estupendo mercado para los productos norteamericanos; a la vez podría ceder ciertos artículos a los Estados Unidos. A lo largo de la

costa del Golfo y en gran parte del litoral del Pacífico había muchas tierras adecuadas al cultivo del azúcar. También en Tamaulipas, Veracruz, Campeche, Tabasco y Yucatán abundaban las tierras baratas. La caña mexicana era riquísima en sacarina y se daba muy bien. El azúcar, sin embargo, tenía el inconveniente de que había países donde se producía a un precio inferior, sobre todo Cuba, donde los fletes marítimos eran bajos, había grandes inversiones de capital y se contaba con el trabajo de esclavos; también eran ahí más bajos los precios de almacenamiento y las comisiones. Para competir con Cuba, México debía desarrollar más sus plantaciones en la costa, lo que facilitaría el transporte (por aquella época la mayoría de las plantaciones de azúcar estaban en el centro del país y se destinaban al consumo local). Convendría además eximir al azúcar mexicano del pago de impuestos en los Estados Unidos, por medio de un convenio arancelario que librara también a los productos manufacturados en los Estados Unidos del pago de derechos en México y permitiera a los norteamericanos competir con los europeos en el comercio con México.

En cuanto al café, lo único que hacía falta era el aumento de su producción y mejores posibilidades para transportarlo.²⁶ Era el cultivo más prometedor de todos. Foster envió al gobierno norteamericano un nuevo informe sobre el café mexicano, publicado por el Departamento de Agricultura en 1877. Volvía en él a sus anteriores argumentos, aunque añadiendo sus nuevas experiencias. Después de estar seis años en México, su interés había crecido enormemente. Aunque no abrigaba grandes esperanzas en cuanto al comercio recíproco, seguía interesado en las posibilidades comerciales de la agricultura mexicana. En 1874 la producción mundial de café había sido de 900 millones de libras, y en 1875 los Estados Unidos importaron la tercera parte de esa cantidad, prueba de su interés en el artículo. Si se comparaba el aumento del consumo de café y té con el crecimiento de la población de los Estados Unidos, se veía que el aumento del consumo de café era inferior al aumento de la población, mientras que el del té era mayor. Esta situación se debía a la creciente

demanda de café en todo el mundo y a que los precios subían constantemente porque la producción era inferior a la demanda. Los negociantes norteamericanos estaban interesados en aumentar la producción del café y en lograr acceso a nuevas fuentes de abastecimiento para los Estados Unidos. Y, desde luego, por ser quienes más café consumían en el mundo, los norteamericanos no podían dejar de interesarse por su precio. Tampoco había que desentenderse del provecho que podría sacarse de ese comercio. México podía muy bien producir todo el café consumido en los Estados Unidos, y un café tan bueno como el de cualquier otra parte del mundo. La producción era aún limitada, y por lo tanto el capital norteamericano tenía ahí un fértil campo de inversión y una fuente de créditos en dólares que estimularía las exportaciones de los Estados Unidos a México.²⁷

La topografía y el clima, continuaba Foster, se prestaban admirablemente para el cultivo del café, sobre todo a lo largo de la costa del Pacífico, desde Guatemala hasta más de 1,500 kilómetros al Norte, y en más de 1,500 kilómetros de la costa del Golfo, desde Yucatán hasta Tamaulipas, lo mismo que en muchos valles fértiles del interior. Además, el café se daba aun en alturas de 1,350 metros. Durante cincuenta años se había puesto a prueba su capacidad de adaptarse a diferentes climas y condiciones y su producción había acarreado grandes beneficios.

La principal dificultad consistiría, según Foster, en conseguir las grandes sumas necesarias para el comienzo. Las plantas sólo empiezan a dar frutos a los cinco años, y la primera cosecha rara vez excede a lo gastado en su cultivo y cuidado. Sin embargo, después de esos seis años magros, los cafetos dan cosechas constantes y seguras, a un bajo costo. Durante los diez años anteriores las ganancias habían sido en México de cerca del 100 por ciento sobre costo del cultivo, rindiendo utilidades del 10 por ciento sobre el capital invertido. Los cafetos dan frutos durante cerca de veinticinco años, y de cada uno se saca un promedio de una libra y media. Con un cultivo cuidadoso, la cosecha puede aumentarse a tres libras por planta y aun a más. En algunos

casos se obtienen de veinticinco a cincuenta libras anuales. En el valle de Uruapan se producía un café de alta calidad, y el de Colima era inmejorable y había ganado muchos premios para el mercado mexicano.

El cafeto tiene la ventaja de poderse plantar en terrenos pequeños o aun en el jardín de una casa de ciudad. No requiere maquinaria, ni siquiera en una plantación extensa. El trabajo pueden hacerlo las mujeres y los niños, y siempre hay mercados para la cosecha. México, dijo Foster, ha sido famoso durante tres siglos por su plata, pero el café encierra por sí solo una promesa mucho mayor de riqueza potencial. La capacidad natural de México para su producción iguala a la del Brasil. El valor del café exportado anualmente del Brasil es tres veces mayor que el de la plata y el oro de México.²⁸

De este modo trató Foster de llamar la atención de los capitalistas norteamericanos sobre las enormes ventajas del cultivo del café en México. Pero su interés se dirigió también a las frutas tropicales, consumidas en grandes cantidades por los habitantes de los Estados Unidos. Habló de las muchas especies de frutos tropicales, de su gran calidad, de los lugares de cultivo. Mejorando los transportes marítimos de la costa mexicana a Galveston y Nueva Orleans y los ferroviarios a varios puntos de los Estados Unidos, esta nación podría conseguir frutas más frescas, más baratas y de mejor calidad. México podría suministrar asimismo maderas preciosas, cacao, vainilla, drogas, tintes, caucho, arroz y muchos otros artículos.²⁹

También se interesó Foster por la producción de trigo en México; hizo sobre ella un estudio de que dio noticia en sus despachos de 1879. Invitado a una hacienda del valle de San Martín, en el Estado de Puebla, pudo observar el empleo de maquinaria norteamericana en el cultivo del trigo. A una altura de 1,800 a 2,400 metros crecía muy bien el trigo, a condición de que el suelo fuera bueno y hubiera lluvias. En los Estados norteros de Sonora y Chihuahua este cultivo dejaba buenas ganancias. México podía producir todo el trigo que consumía y, en circunstancias favorables, aun podía ex-

portar. En época de Foster el pan de trigo era aún un lujo, sólo al alcance de los ricos, y lo era ante todo, como él mismo hizo notar, por el costo de los transportes y del cultivo; este último podía reducirse empleando mejores implementos agrícolas.³⁰ Justamente era éste uno de los motivos por los cuales se interesó Foster en el trigo: podía dar lugar a una mayor importación de maquinaria norteamericana. En el aspecto de la maquinaria agrícola Europa no aventajaba a los Estados Unidos. Foster, desde luego, se dio cuenta de que México, donde el costo del trabajo era tan reducido y el capital tan escaso, opondría resistencia a la compra de máquinas modernas, a pesar de que gran parte de las tierras labrables eran suficientemente llanas para permitir su aprovechamiento.

La política arancelaria mexicana reflejaba por esta época el afán de aumentar la producción de trigo. Los derechos de importación para el trigo eran de \$ 1.08 por bushel y de \$ 8.90 por barril. Los impuestos o sisas internas sobre la harina consistían en menos del 1 por ciento del precio. Foster pensaba que estas medidas no podían lograr su propósito. La demanda interna no aumentaba sencillamente porque el trigo y la harina tenían precios demasiado elevados para el pueblo, que prefería consumir maíz, ya que éste podía cultivarse dondequiera y era barato. Tampoco podían aumentar las exportaciones, porque el impuesto para la importación no mejoraba la posición de México en el mercado mundial del trigo. Para demostrar el fracaso de las tasas arancelarias del trigo y la harina, Foster hizo notar que los precios de ambos artículos se mantuvieron estables durante largo tiempo después de impuesta la tasa de \$ 1.70 por bushel y \$ 10.00 por barril, respectivamente. Este elevado arancel no aumentó los precios recibidos por los productores de trigo, porque hasta los precios anteriores estaban muy por encima del nivel de la demanda real y porque el maíz seguía siendo, por motivos económicos y de gusto, el alimento principal de los mexicanos. La expansión de la producción de trigo en México tendría que esperar precios más bajos de cultivo y de

venta, los cuales, a su vez, impulsarían las exportaciones y el consumo doméstico.

Los métodos de siembra y de cultivo eran bastante primitivos en México, y la maquinaria era prácticamente desconocida. Cuando llegaban a emplearse máquinas, sus resultados no eran satisfactorios, porque la gente no sabía manejarlas; y cuando se rompía o gastaba alguna parte de la máquina, no había manera de componerla. Los campesinos indígenas se oponían a las máquinas modernas; los que trataban de emplearlas por lo común fracasaban; después de usarlas por breve tiempo, acababan por arrumbarlas en un granero o bodega. En algunos casos, junto con la maquinaria habían venido técnicos norteamericanos encargados de enseñar su manejo y conservación. Foster sugirió que esto se hiciera con mayor frecuencia.

La maquinaria moderna, dijo Foster, disminuiría la necesidad de trabajo manual, que podría invertirse en otras cosas. Abarataría los costos de producción y los precios del trigo, poniéndolo al alcance de la clase baja, y quizá llegaría a hacer posible su exportación (contando con medios de transporte adecuados) y a reducir el período de la siembra y la cosecha. Con el sistema empleado entonces, los mexicanos sembraban durante dos meses por falta de trabajadores, y tenían que ir cosechando a medida que maduraba el grano. Una mejor maquinaria agrícola conduciría a mejores métodos y a cosechas más grandes, y daría a la industria mayor importancia.³¹

LOS CONSULADOS NORTEAMERICANOS

Fue éste otro aspecto de la economía mexicana que estudió Foster. Consiguió del Departamento de Estado el permiso de hacer una inspección de los consulados norteamericanos en México; lo que realmente le interesaba era ver qué atención se concedía en las oficinas consulares al comercio mexicano-norteamericano y a otros asuntos.³² Vio que era de suma importancia el que hubiera cónsules eficaces y bien remunerados que se dedicaran totalmente a la tarea de esti-

mular el comercio. Tendrían que informar a los mexicanos acerca de los productos de exportación norteamericanos y de sus precios, y hacer saber a los negociantes de los Estados Unidos las necesidades del mercado mexicano. Foster se dio cuenta de que con el sistema existente los cónsules no podían dedicar mucho tiempo a ese trabajo. Propuso que se pidiera al Congreso un aumento de salario que mejorara la situación de los consulados y permitiera dar a los negociantes servicios más eficaces.³³ Foster puso así de manifiesto su optimismo; en realidad, parece haberse engañado un tanto por lo que toca a las posibilidades comerciales del México de entonces; el comercio que este país sostenía con los Estados Unidos apenas justificaba, de hecho, la representación consular existente.

Es difícil juzgar del éxito de un encargado de negocios. En tiempos de Foster no se notó gran progreso en los diversos aspectos de la economía a que dedicó su atención: transportes, comercio recíproco, exportación, etc. Sus éxitos se limitaron principalmente a ciertas reformas que contribuyeron a mejorar las relaciones comerciales; pero lo cierto es que al finalizar su misión había cuatro líneas de vapores que operaban entre ambos países y que ya se habían firmado los principales contratos para construir ferrocarriles desde el interior de México hasta la frontera norteamericana. Además, acometió con extraordinaria energía y notable éxito la tarea de proteger los derechos de los comerciantes norteamericanos radicados en México.

Teniendo en cuenta todo, no puede decirse que Foster haya tenido un éxito total ni tampoco que haya fracasado como promotor del comercio (pues éste era el papel que ante todo se atribuyó y al cual dedicó todos sus esfuerzos). Estaba profundamente imbuído de aquel entusiasmo comercial tan característico de los Estados Unidos de entonces y que comenzaba justamente a invadir también a México. Lo mismo Foster que los entusiastas negociantes que acudieron a México durante su misión, indudablemente contribuyeron en gran medida a crear aquel espíritu comercial que habría de dominar el país durante el régimen de Porfirio Díaz.

Cuando salió Foster de México, este país se encontraba al comienzo de un período de treinta años de auge económico que iba encaminado justamente por el rumbo que había señalado Foster. En ese auge desempeñaron el papel dominante el capital y los conocimientos técnicos de los Estados Unidos. El comercio mexicano-norteamericano llegó a superar durante esos años los sueños más atrevidos de Foster. Al echar una ojeada retrospectiva sobre su misión, veinticinco años después, Foster no podía menos de felicitarse por la labor realizada.

NOTAS

¹ John Watson FOSTER, *Diplomatic memoirs*, Nueva York, 1909, t. 2, pp. 243-244.

² *Ibid.*, t. 1, pp. 7-8.

³ *Ibid.*, t. 1, pp. 10-11.

⁴ *Ibid.*, t. 1, pp. 4-5.

⁵ *Ibid.*, t. 1, p. 112.

⁶ John Watson Foster a Hamilton Fish, 17 de enero, 1875. Library of Congress, Hamilton Fish Papers.

⁷ *United States Executive Documents*, 45th Congress, 3rd. Session. Washington, 1878, t. 11, p. 2. (Cf. también *New York Tribune*, 20 de noviembre de 1878, p. 1, c. 5.)

⁸ *Ibid.*, t. 11, pp. 2, 26.

⁹ *Diplomatic Instructions*, Mexico, XIX, 25 de octubre de 1876. The National Archives, Washington.

¹⁰ Frank Averill KNAPP, *The life of Sebastián Lerdo de Tejada 1823-1889. A study of influence and obscurity*, Austin, 1951, pp. 204-205.

¹¹ James Morton CALLAHAN, *American foreign policy in Mexican relations*, Nueva York, 1932, p. 483.

¹² *Report of the Secretary of Finance of the United States of Mexico on the 15th of January, 1879, on the actual conditions in Mexico, and increase of commerce with the United States rectifying the report of the Hon. John W. Foster Envoy extraordinary and Minister Plenipotentiary of the United States of Mexico*, Nueva York, 1880, p. 3.

¹³ *Diplomatic Despatches*, Mexico, LXVI, 28 de enero de 1879. Cf. también CALLAHAN, *op. cit.*, p. 487.

¹⁴ *Congressional Record*, 44th Congress, 1st. Session, Washington, 1876, t. 4, p. 177.

¹⁵ *Diplomatic Despatches*, Mexico, LVIII, 24 de marzo de 1877.

¹⁶ *Ibid.*, LIX, 23 de junio de 1877.

- 17 *Ibid.*, LX, 28 de agosto de 1877.
- 18 *Ibid.*, LX, 31 de agosto de 1877.
- 19 CALLAHAN, *op. cit.*, p. 387.
- 20 United States Legation, Mexico, Notes to the Mexican government, II, 13 de septiembre de 1878, The National Archives, Washington.
- 21 Diplomatic Despatches, Mexico, LXIV, 21 de septiembre de 1878.
- 22 United States Legation, Mexico. Notes to the Mexican government, II, 26 de septiembre de 1878.
- 23 Matías ROMERO, *Mexico and the United States*, Nueva York, 1898, pp. 447-448.
- 24 *Ibid.*, p. 451.
- 25 *Ibid.*, pp. 440-441.
- 26 *Report of the Secretary of Finance of the United States of Mexico on the 15th of January, 1879, op. cit.*, pp. 154-157.
- 27 John Watson FOSTER, "Cultivation of coffee in Mexico", *Monthly Report of the Department of Agriculture for the year 1876* (Washington, 1877), pp. 268-274.
- 28 *Ibid.*
- 29 *Report of the Secretary of Finance of the United States of Mexico on the 15th of January, 1879, op. cit.*, pp. 154-157.
- 30 Diplomatic Despatches, Mexico, LXVII, 21 de mayo de 1879.
- 31 *Ibid.* (Cf. Diplomatic Despatches, LXIX, 19 de octubre de 1879.)
- 32 *Ibid.*, LXIX, 9 de diciembre de 1879.
- 33 *Ibid.*, LXIX, 12 de diciembre de 1879.

ALONSO GARCÍA BRAVO, TRAZADOR Y ALARIFE DE LA VILLA DE ANTEQUERA

Jorge Fernando ITURRIBARRIA

DE LA INFORMACIÓN de los méritos y servicios hechos por Alonso García Bravo en la conquista de la Nueva España se pueden obtener algunos datos biográficos del alarife que trazó las ciudades de Veracruz, México y Antequera.

Equivocadamente, los historiadores oaxaqueños del siglo pasado y principios del actual han atribuido el trazo de Antequera a Juan Peláez de Berrio, y las autoridades municipales, inducidas por el error, bautizaron una de las calles de la ciudad de Oaxaca con ese nombre.

La reciente publicación de la información de méritos y servicios de Alonso García Bravo hecha por la Imprenta Universitaria con una introducción de don Manuel Toussaint, ha podido franquear al público estudioso una serie de documentos que de otra manera hubiera sido difícil consultar, por encontrarse el legajo original en el Archivo General de Indias (*Patronato*, leg. 83, documento 4, R^o 5).

García Bravo nació en la población española de Rivera por la última década del siglo xv. El padre llevaba los mismos apellidos y llamábase Gonzalo. De la madre nada se sabe. En las probanzas se le llama *júmetro* (geómetra), lo que supone que obtuvo algunos conocimientos de geometría aplicada a la tierra, o sea de topografía.

En 1513 vino de España, con el gobernador Pedro Arias de Ávila, a la conquista de la Tierra Firme. Más tarde, en 1518, aportó en una embarcación a la provincia de Pánuco, bajo las órdenes del capitán Diego de Camargo, y allí trabó varios combates con los naturales y resultó herido. Ya desembarcado Cortés en la Villa Rica de la Vera Cruz, encontró

la guarnición dejada por éste y se unió a ella. En esa época dirigió en Veracruz la construcción de una pequeña fortaleza o palenque de dos cuerpos, que sirvió de morada y reducto de los españoles, constantemente asediados por los indios, con quienes peleaban en salidas que hacían para volver a encerrarse en su refugio. Mientras tanto, Cortés, vuelto de la Altiplanicie a la costa del Golfo, reñía la batalla de sorpresa dada a Pánfilo de Narváez en Pánuco.

Poco después, y cumpliendo órdenes de don Hernando, formó García Bravo parte de la expedición que, al mando de Pedro de Ircio, fue a la conquista de Almería, Tlapacoya y Misantla. No concurrió a la toma de Tenochtitlán por haber permanecido en Veracruz dedicado al trazo de la población y a la construcción de una mejor fortaleza, obedeciendo también las órdenes del conquistador.

Concluido el sitio y toma de Tenochtitlán, Cortés lo mandó llamar a México para que emprendiera el trazo de la nueva ciudad, trabajo no iniciado probablemente hasta 1523, después de haberse retirado los cadáveres, escombros de los edificios demolidos y el lodo acumulado de las acequias.

Según la declaración de Martín de la Mesquita, García Bravo proyectó las casas de Cortés en Coyoacán, y de acuerdo con el testimonio de Andrés de Rosas proyectó —y probablemente construyó— la casa de la Real Audiencia.

García Bravo radicó en la capital de la Nueva España desde 1521 ó 1522 hasta 1532 ó 1533. Durante el período comprendido por estos dos últimos años contrajo matrimonio en México con María Núñez, española, hija de Antonio de Almodóvar y Violante Núñez. De esta unión nació sólo una hija, doña Violante Bravo, que casó en la ciudad de Antequera con el español Melchor Suárez, en 1551 ó 1552.

En efecto, García Bravo vino a Oaxaca y radicó en la capital de la provincia “al tiempo que se pobló la ciudad de Antequera, y desde entonces es cosa pública y notoria que es vecino en la dicha ciudad y en ella tiene su casa poblada”. (Testimonio de Cristóbal Martín de Leyva, corroborado por todos los deponentes en la información de méritos y servicios.)

Aunque en la información que glosamos se afirma que la

traza de la ciudad de Antequera le fue confiada a García Bravo por Cortés, esto no es creíble porque el conquistador se opuso sistemáticamente, como está probado, a que la villa se fundara en el Valle de Oaxaca, por haber pretendido siempre que esa zona quedara incluida dentro de su marquesado. Todavía el 25 de junio de 1532 se dirigía a su procurador en España, el licenciado Francisco Núñez, para que sostuviera en juicio que Antequera le pertenecía. (Estante 51, cajón F, legajo F.23 del Archivo General de Indias en Sevilla.)

En consecuencia, deben haber sido los miembros del primer cabildo de la ciudad, o quizá los de la Real Audiencia, que presidía Nuño de Guzmán, quienes encomendaron la traza de Antequera a García Bravo, recién llegado para ese fin con su esposa, y probablemente ya con la pequeña Violante.

Avocado en Antequera, García Bravo gestionó y obtuvo dos encomiendas: una en Tepalcatepec, en la Chontalpa, y la otra en Mixtepec, en la Mixteca Alta, como retribución de sus méritos y servicios a la Real Corona; pero según el testimonio de los deponentes en la información, la renta que ambas encomiendas le producían era bien poca, pues, "atenido a lo mucho que cuestan los bastimentos y ropas de vestir de esta Nueva España e a la calidad de dicho Alonso García Bravo, no se puede sustentar ni pasar e padesce necesidad".

Bien probados sus conocimientos de alarife, fue nombrado alcalde de Antequera, y más tarde desempeñó el puesto de alguacil mayor de la ciudad, "trayendo en ella vara de justicia".

Cuando desempeñaba alguno de estos puestos tuvieron lugar las primeras sublevaciones de indios en Tiltepec (hoy distrito de Ixtlán), en Teitipac (Tlacolula) y en Coatlán (Miahuatlán).

Parece que García Bravo encabezó la expedición organizada por el ayuntamiento de Antequera para someter las rebeliones de Tiltepec y de San Juan Teitipac, pero que, aunque lo intentó, no fue él quien sometió a los indios de Coatlán, insurrectos en 1548. Según la glosada información, García Bravo reclutó y armó la gente para esta nueva empresa

y la llevó hasta Coatlán, adonde llegó “la víspera de San Pedro y San Pablo”, llevando como pacificador al futuro obispo de Antequera, fray Bernardino de Alburquerque. “Recorrieron la tierra e no hallaron ninguna *rebelación* y estuvieron por allí ciertos días e se volvieron a esta ciudad, donde se proveyó otro caudillo.” (Declaración testimonial de Pedro Franco.)

Lo que ocurrió fue que los indios chontales, al ver aproximarse la expedición, se refugiaron en las montañas; pero al poco tiempo volvieron a las armas con más brío, y entonces la nueva expedición fue confiada a Antón Bravo, cuya homonimia en el apellido debe haber inducido a error a quienes atribuyeron a García Bravo la jefatura de la empresa.

Fue Antón Bravo, en efecto, quien concluyó con esta rebelión —por cierto muy justificada—, aprehendió al caudillo indio Pitio y lo deportó a México para que aquí fuera juzgado y sentenciado. Por esta hazaña la Corona de España le concedió cédula y escudo de armas.¹

Según testimonio de Jerónimo de Salinas, doña Violante, la hija única de García Bravo y de María Núñez, casó en Antequera, por el año de 1551, con Melchor Suárez de Córdoba, de cuyo matrimonio nacieron seis vástagos. Una de las hijas fue Beatriz Suárez de Córdoba, quien casó con Hernando de la Serna Guzmán. De este enlace nació Violante de la Serna Guzmán, que contrajo matrimonio con Pedro Martínez, probablemente sin sucesión. Sábese por Baltasar Dorantes de Carranza (*Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*) que de la descendencia de su hija Violante vivían, en 1604, Juan de Esquivel, don García Pérez de Vargas, Fernando de Vera, Juan de la Serna, Antón de la Serna, Ramiro Núñez de Guzmán y Violante de la Serna Guzmán. A gestiones de esta última, se levantaron los testimonios de información y probanza, que incluyen los méritos y servicios del padre, abuelo, bisabuelo y tatarabuelo, es decir, de Hernando de la Serna Guzmán, de Melchor Suárez de Córdoba, de Alonso García Bravo y del suegro de éste, Antón Gutiérrez de Almodóvar, todos ellos conquistadores de la Nueva Es-

pañá y contemporáneos de Cortés, con excepción de Hernando de la Serna Guzmán, que era de la generación posterior.

POR EL CONTEXTO de la información se advierte que García Bravo era, además de geómetra y alarife, hombre de conocimientos nada vulgares, de reconocido valor, honesto y de buenas costumbres: "Ha tenido en la Nueva España y en las partes de ella donde ha residido su casa poblada y ha mantenido y tenido armas y caballos y criados y se ha tratado como muy hombre de bien y buen cristiano, haciendo obras de tal y dando buen ejemplo."

Se portó, pues, con señorío, conservando la dignidad a pesar de su pobreza. Aunque fue despojado, por causas que se ignoran, de la encomienda de Tepalcatepec, quedándole sólo la de Mixtepec, en la Mixteca, que le rentaba de 700 a 800 pesos anuales, nunca emprendió gestiones para obtener otras granjerías. La principal probanza de méritos a que se contrae el expediente glosado en este ensayo de biografía fue iniciada en octubre de 1604, mucho después de su muerte —ocurrida quizá poco después de 1562— por doña Violante de la Serna Guzmán, su biznieta, representada, como queda dicho, por su marido el licenciado Pedro Martínez.²

García Bravo poseía probablemente buenos conocimientos de trazador y urbanista, y si no los tenía, su capacidad de geómetra y alarife se completó con su gran intuición de planificador. Debe haber sido, como supone don Manuel Toussaint, el trazo de Veracruz su primer trabajo urbanístico en la Nueva España, hecho con el sistema rectangular.

El mismo sistema usó, como puede comprobarse, en el trazo de Antequera, ciudad de calles rectas, tiradas a cordel, como tablero de ajedrez; y parecido al rectangular, en México, para acomodarlo a las cuatro grandes calzadas que siguieron sirviendo de eje a la planificación, a las acequias todavía sin drenes laterales para desaguarlas, y a los obstáculos que para el trazo lineal ofrecían las ruinas de algunos templos y casas de Tenochtitlán, cuya demolición no pudo ser total, pues muchos de estos edificios subsistieron hasta 1538.

El sistema de trazo rectangular usado por los conquistadores en América se acomodaba a la topografía del terreno disponible. Cuando se trataba de terreno plano, se proyectaba la plaza en el centro, la iglesia al frente, con la puerta principal al Poniente; en el punto opuesto a la iglesia las casas consistoriales, y cerrando el rectángulo de la plaza, los clásicos portales.

Cuando encontraban desniveles se adaptaban a ellos, dando margen a las callecitas estrechas y sinuosas, como en Guajuato y Taxco, y como también ocurrió, en cierto modo, en Antequera, en el Noroeste de la población: los fuertes desniveles del cerro de la Soledad empiezan prácticamente a no más de 300 metros de la plaza principal, aunque todavía con un ascenso suave, que va en gradual aumento. La iglesia de la Soledad está cimentada sobre la roca viva del cerro, y así también la del Carmen Alto y la ya derruida del Calvario, y una parte de los barrios del Marquesado y Xochimilco está hincada sobre el cerro.

Al referirse Toussaint a la ciudad de Antequera en relación con el criterio clásico del urbanista español, dice:

[García Bravo] escoge un punto equidistante de los dos ríos que cruzan el valle: el Atoyac y el Jalatlaco³ en sus convexidades más cercanas, y allí limita la plaza de forma cuadrada. En el costado Sur, el palacio de las autoridades tiene toda la calle. Dedicó el cuadrado contiguo, al Norte, para la iglesia, y de los lados de esos cuadrados se toma el tamaño de las calles prolongándose de Norte a Sur y de Este a Oeste. No hay cabeceras, las calles son todas de la misma longitud,⁴ y tenemos el perfecto damero. La orientación es correcta: no va precisamente de Norte a Sur, sino que se ve ligeramente inclinada para compensar la iluminación solar en las diversas estaciones. La ciudad está abrigada de los vientos por el cerro del Fortín, al Noroeste. Seguramente el planificador trazó sólo el centro de la ciudad y unos cuantos bloques alrededor, pero su crecimiento estaba indicado y creció uniformemente en los cuatro rumbos, porque en ellos las condiciones eran tal vez iguales. El crecimiento se efectuó sobre las calles que salían de la plaza hacia los cuatro lados, naturalmente, y después se fueron llenando los ángulos, de modo que hasta principios del siglo xx, Oaxaca ofrecía una forma sensiblemente cuadrada, pero con sus

ángulos dirigidos a los cuatro puntos cardinales, y en ese cuadrado inserto el tablero de damas, según las directrices que dio el urbanista.

Toussaint opina que México, Puebla, Oaxaca y Morelia fueron las ciudades de la Nueva España que fijaron las normas para el trazo, dentro de las ordenanzas reales para la planificación de las nuevas poblaciones de América, y que las experiencias logradas en ellas condujeron al criterio moderno, siendo García Bravo el primero y más destacado planificador, por la habilidad con que supo resolver siempre los problemas del trazado.

Cuando se hizo el trazo de Antequera, la villa fundada y mantenida a costa de tantas vicisitudes no pasaba de 5,000 habitantes, con una población española de poco más de un millar, a lo sumo. Estaba limitada en todos los rumbos por indios mexicanos, vasallos de Cortés, llegados desde 1521 con el capitán Francisco de Orozco, y obedecían a Cortés y no a las autoridades de la incipiente villa. Inducidos por Cortés, fueron situados allí para crear conflictos a los vecinos de Antequera y desalentarlos en su permanencia.

Hacia el Oeste estaba cerrada la villa por el Marquesado, de la "raya" hacia atrás; ⁵ al Sur y Sureste, por el río Atoyac y los reductos de indios mexicanos del conquistador, que bajo su amparo fundaron San Juan Chapultepec y San Martín Mexicapan, y al Noroeste, por las colonias de Xochimilcas y Jalatlacenses, que ahora constituyen los barrios de Jalatlaco y Xochimilco, y cuyos ancestros fueron todos vasallos de Cortés, y elementos disponibles para estorbar el crecimiento de Antequera.

El 24 de julio de 1529, Francisco Herrera, escribano del Rey, dio cumplimiento a la provisión que mandaba repartir solares a los vecinos de Antequera, y once días después, el 4 de agosto, el alcalde mayor de la villa, Juan Peláez de Berrio —a quien los historiadores oaxaqueños del siglo pasado atribuyeron el trazo de la población— señaló los primeros ejidos, hacia el Sur y Sureste.

La situación era muy especial, pues mientras la tercera

fundación se había hecho maliciosamente con el nombre de Antequera, para distinguirla de la dos veces fundada y despoblada villa de Oaxaca, considerando a Antequera como una entidad diferente, las posesiones de Cortés situadas al Sur del Atoyac y las que cercaban a la villa recibieron el nombre de Huaxyacac, de acuerdo con la Corona de España, y se le reconocieron a Cortés como parte de su Marquesado del Valle de Oaxaca. Carlos V dice al conquistador, en cédula que le transcribe la Real Audiencia: "Porque vos, el dicho marqués, nunca habéis tenido ni teneréis en la dicha ciudad e vecinos de ella, ni valle, salvo Cuilapan, Guaxaca y Etla, que tenéis encomendados en nuestro real nombre..."

DE ESTA MANERA Cortés quedó definitivamente desautorizado para el logro de sus pretensiones de extender su marquesado sobre la recién fundada Antequera, elevada a categoría de ciudad por real cédula de 25 de abril de 1532.

Las investigaciones realizadas por el virrey don Antonio de Mendoza, a instancias de Cortés, para tratar de demostrar que el sitio elegido era impropio para fundar población, dan una idea de las condiciones precarias de la nueva ciudad. En el "Instructivo" dejado por Mendoza a su sucesor don Luis de Velasco, después de afirmar que las objeciones de Cortés carecen de fundamento —pues "hame parecido lo contrario porque [el sitio] es el mejor que hay en la comarca, y así por tal tenía Moctezuma la guarnición de mexicanos con que aseguraba la tierra, y no conviene que se mude de allí"—, marca algunos defectos de la población, por los que sabemos que las casas levantadas por Cortés y por Francisco Maldonado eran las únicas de piedra de cantera, situadas a 200 varas de una ciénega formada por los desbordamientos del Atoyac, el cual pasaba muy cerca de la ermita de San Juan de Dios, que fue la primera construcción religiosa levantada en Antequera, de materiales muy pobres: paredes de adobe y techo de palma. Aseguraba también el virrey Mendoza que los vecinos tenían las casas donde debieron tener los ejidos, y viceversa.

Esto da idea de que, a pesar de que la ciudad ya había

sido trazada, únicamente el pequeño rectángulo, que tenía por centro la plaza de armas, empezaba a ser ocupado por las primeras construcciones. Sólo había, además de la primitiva ermita de San Juan de Dios, una capilla, la de San Pablo, erigida por los primeros frailes dominicos, Gonzalo Lucero, Domingo de Betanzos y Bernardino de Minaya, a doscientos metros de la plaza de armas, hacia el Oriente. Ni las casas consistoriales empezaban a labrarse, ni tampoco la catedral, cuyos cimientos se colocan por 1538 ó 1540, para quedar concluida, "aunque con formas no muy arrogantes", el año de 1555. Parece que el templo que siguió a las primeras construcciones dominicas fue el que se llamó Lágrimas de San Pedro, ahora el Carmen Bajo, situado en forma equidistante al de San Pablo (tomando como eje la plaza de armas), pero con dirección hacia el Norte. Más tarde, el pequeño hospital y capilla de San Cosme y San Damián, a igual distancia, pero rumbo al Este, y el ya referido de San Juan de Dios, a dos cuadras también de la plaza de armas, hacia el Sur. Al Norte comenzaban a levantarse el templo y convento grandes de Santo Domingo de Guzmán.

Así, pues, a mediados del siglo *xvi* sólo estos pequeños oratorios, capillas y ermitas había distribuidos al Noroeste, Oriente, Poniente y Sur de la plaza, cuando ya se levantaban los muros de la catedral y los de Santo Domingo, cuya construcción tardó muchos años y fue rehecha varias veces.

En torno de este perímetro de edificaciones religiosas se construyen las primeras casas, las consistoriales del ayuntamiento, con su portal y los otros tres circundantes: el de Clavería, el del Señor y el de Mercaderes, donde se establecieron los primeros comercios.

Los otros templos y conventos datan del último cuarto del *xvi*: Santa Catarina, una de las primeras casas de monjas de la Nueva España; Santo Domingo de Guzmán y San Agustín, excepción hecha de la primera obra de la catedral, que se termina desde 1555.

Las construcciones monumentales de los dominicos en Yanhuitlán, Cuilapan y Teposcolula se llevan a cabo entre 1540 y 1560.

Más tarde, en el transcurso de los siglos xvii y xviii, se construyen los otros templos (con sus conventos anexos, algunos de ellos) hasta completarse los 26 con que cuenta la ciudad.⁶ Tal fue el embrión de Antequera, en el valle de Oaxaca, durante los quince o veinte años que siguieron a su traza por Alonso García Bravo. La villa se erigió contra la oposición decidida y terca de Cortés, por la perseverancia del grupo de sus fundadores, encabezados por Juan Núñez Cedeño y Hernando de Badajoz, que juraron "facier ciudad e morir en ella" en el sitio donde Ahuizotl había establecido la primera guarnición mexicana, como punto avanzado de sus conquistas sobre Oaxaca y el Soconusco.

Oaxaca creció lentamente, a expensas de su precaria agricultura, de la explotación minera aleatoria y rutinaria, sólo costeable por el bajo precio de la mano de obra, y por el comercio de importación y exportación, bastante limitado, que se hacía a través de las arrierías que tenían su tráfico eventual entre Veracruz, Acapulco y Antequera, y entre esta ciudad y Guatemala. A veces descargaban algunos barcos en Huatulco. Así transcurrió el siglo xvii sin progresos sensibles.

En realidad, sólo en el siglo xviii llega a alcanzar Oaxaca su auge económico y ocupa, consecuentemente, un sitio de preeminencia entre las poblaciones más favorecidas de la Nueva España. Le da riqueza la producción, en cantidad y calidad, de la grana, el colorante animal de la cochinilla, que encuentra en muchas zonas de la provincia el ambiente físico y el clima propicios a su desarrollo. Sólo en un período de sesenta y dos años —de 1758 a 1820— se registró una exportación de 26.931,013 libras de esta grana, con un valor de 95.160,497.09 pesos, cantidad que conservadoramente tendríamos ahora que multiplicar, cuando menos, por veinticinco, para tener una idea comparativa aproximada de lo que significó este ingreso para los oaxaqueños.

Una vida sencilla, sin exigencias sociales, canalizó los excedentes pecuniarios hacia tres cauces obligados: el ahorro, no con sentido de previsión social, sino de acumulación, en los entierros de oro y plata amonedados que se hacían en los domicilios; la construcción de casas de habitación y compra

de fincas rurales; y, finalmente, los donativos, bastante cuantiosos, destinados a la edificación de templos y conventos, mantenimiento de corporaciones religiosas, subsidios a capellanías, además del cobro regular que hacía el clero del diezmo obligatorio, que corresponde (aunque no en igual cuantía, sino entonces mucho mayor) al actual impuesto sobre la renta.

Al amparo de este auge —no repetido en Oaxaca desde entonces—, Antequera llega a tener casi la extensión urbana actual; se construye sobre todo el rectángulo del trazo previsto por García Bravo; surgen nuevos templos y conventos y se labran bellas casas de cantería verde de Ixcotel, con patios andaluces y amplios corredores en rectángulo, mansiones en cuyas ventanas y balcones lucen los herrajes de buen gusto y las puertas labradas de cedro. En los interiores se ostentan las pinturas de buenos pinceles como Miguel Cabrera, Arrué, Concha, Murillo, etc., las vitrinas con imágenes religiosas venidas de Italia, España y Guatemala, Cristos tallados en marfil, plata labrada, porcelana china de vajillas y tibores, reliquias que han pasado a extrañas manos durante las épocas aciagas de Oaxaca.

Dan fe de este auge, así como de la importancia que Antequera llegó a cobrar como capital de provincia, las siguientes palabras del padre Florencia, testigo de su prosperidad:

Es Oaxaca una de las más populares y bien fundadas ciudades de la Nueva España. Con la riqueza grande de la grana, que después del oro y la plata es en la Nueva España el género que abunda en extremo en el Valle, y otros géneros que hacen muy acreditado el trato y comercio de esta ciudad, ha crecido tanto, que después de la de México y Puebla tiene el tercer lugar en la Nueva España. Las calles iguales, desahogadas, tiradas a cordel, lindas casas y una plaza principal con sus portales, casas de cabildo y bien labradas. La catedral a un lado, de grande y capaz arquitectura. El temple es bueno, ni frío ni caliente; la abundancia del valle de que se provee y abasta la ciudad es muy grande. El regalo de frutos, carne, peces y dulces de todos géneros y lo demás no sólo para el sustento, sino para las delicias de la vida humana, es excesivo. Hácese el mejor y más sazonado chocolate de toda la Nueva España, y del primor del que se lleva todo el que-

va della a España de Guaxaca por las ventajas que hace el que allá se labra. No sólo es sobrada esta ciudad por los frutos que da en abundancia, sino por lo que le viene del Perú por Tehuantepec y Huatulco, y se trajina en ella de vino, aceite y aceitunas, cacao de Guayaquil y plata, por lo que de Veracruz se transporta en cuantiosas condiciones de lo bueno que viene de Europa en las flotas.

A partir del segundo cuarto del siglo anterior apunta la decadencia económica de Oaxaca, sólo temporalmente aliviada por la minería, de 1880 a 1912.

Pero, abatida esta industria por causas diversas —salvo en el caso excepcional de Natividad, en la Sierra de Ixtlán—, no ha podido encontrar Oaxaca fuentes nuevas de producción capaces de devolverle el auge de que gozó desde la segunda mitad del XVIII hasta las dos primeras décadas del siglo pasado.

NOTAS

¹ Sobre esta rebelión, véase lo que decimos en *Oaxaca en la historia*, pp. 71-72.

² En realidad fueron tres informaciones: la primera, realizada en México, data de 1555; la segunda se hizo en Puebla en 1561; la tercera es la de Antequera, 1604. En ninguna de ellas se pide restitución de tierras, ni menos la concesión de nuevas encomiendas.

³ Jalatlaco es un arroyo que corre al Norte, y que permanece seco durante el estiaje.

⁴ De cien varas, o sean unos noventa metros lineales.

⁵ A la altura del actual Jardín Morelos, en la Avenida Independencia (antes Calle de Tehuantepec).

⁶ No contamos aquí los templos del Marquesado, Xochimilco y Jalatlaco, que en 1928 se incorporaron como barrios de la municipalidad de Oaxaca.

LA MARCHA DE DÍAZ HACIA OAXACA DURANTE LA INTERVENCIÓN

*Adrián VALADES **

I

RECONCENTRADAS LAS TROPAS mexicanas en el interior del país, después de que el ejército francés ocupó la capital de la República, los Estados de Oriente quedaron aislados y expuestos a ser invadidos sin que los invasores encontraran en ellos una organizada resistencia; pues si bien contaban con algunos elementos de guerra, estaban empleados particular e independientemente por cada Estado, y en consecuencia divididos, y neutralizada toda su acción. El gobierno nacional, que se había establecido en San Luis Potosí, estaba a una distancia que hacía difícil y dilatadísima toda comunicación, así es que no sólo no podía atender a sus necesidades, pero ni aun siquiera estar al corriente de los acontecimientos. Por otra parte, sujeto también a los resultados de la guerra, ignoraba hasta dónde se vería obligado a alejarse.

Tales circunstancias exigían que se hiciera de aquellos Estados una división territorial, y que se unieran en un solo centro de acción todos sus medios de defensa. Grandes eran, sin duda alguna, las ventajas que en favor de la República prometía esta medida; pues además de que los elementos de que se podía disponer en los Estados de Oriente, que facilitaban poner en pie un cuerpo de ejército de seis a siete mil solda-

* NOTA DE LA REDACCIÓN.—El autor de estos apuntes, que hoy se publican por primera vez, fue testigo de todos los sucesos que narra. Los escribió en Durango, entre marzo y junio de 1867, según nos informa uno de sus descendientes, el cual agrega que Adrián Valadés dejó varios otros trabajos inéditos sobre historia militar, así como una *Historia de la Baja California* que abarca el período de 1810 a 1880.

dos, la posesión del de Oaxaca era importantísima, tanto por su situación respecto de la República (que teniéndolo por base de operaciones serviría, cuando menos, para embarazar al ejército invasor en su comunicación con el puerto de Veracruz) como por las seguridades de conservación que su topografía y recursos prestaban a la fuerza que lo ocupara.

El gobierno lo comprendió así, y desde luego dispuso que el general Porfirio Díaz, con tres mil hombres de las tres armas, marchase a Oaxaca, autorizándolo para disponer de las rentas federales y de la guardia nacional de aquel Estado; facultades que se le hicieron extensivas también para los Estados de Veracruz, Puebla y Tlaxcala, con la amplitud necesaria para los buenos resultados de la misión que se le confiaba. Las simpatías con que el general Díaz contaba en aquella zona, cuyos recursos y terreno le eran bastante conocidos, recomendaban altamente el acierto con que se hizo su nombramiento.

Para llegar el general Díaz a Oaxaca, tenía que cruzar las fronteras de los Estados de Michoacán, Guerrero y México, que era la única vía que podía seguir sin ser hostilizado; camino montañoso y en partes desierto, que exigía, para la conservación de la fuerza, previsores arreglos de administración a fin de evitar cualquiera escasez que necesariamente debía de presentar una vía extensa y extraviada de los grandes centros de población. Mas sea por imprevisión, o sea porque se tropezase con las dificultades que debe haber presentado la falta de organización administrativa en el ejército, o sea por una fatal costumbre adquirida entre las penurias de las guerras de partidas por que había venido atravesando la nación, el general Díaz se puso en marcha de San Juan del Río, el 6 de octubre de 1863, atenido para la manutención de sus tropas a los recursos que hubiese en los pueblos del tránsito. Aquella aventurada marcha comenzó a hacer sentir, a poco, las penalidades que tenían que serle consecuentes. Ciertamente que con toda oportunidad se advertía, por medio de las órdenes generales del día, cuándo se tenían que hacer algunas jornadas por desierto, para que los batallones se abastecieran particularmente de las provisiones ne-

cesarias; pero a aquel medio de prevenir el mal, además de otros inconvenientes, lo hacía del todo ineficaz la conducta de varios de los jefes de los cuerpos: el corto haber del soldado no siempre estuvo bajo la salvaguardia del decoro de sus superiores, que disponían de él como de su propia hacienda.

Los sufrimientos, pues, que trajo consigo aquella marcha, ya de por sí demasiado fatigosa debido a la estación en que se hacía y a la aspereza del terreno en que se caminaba con frecuencia, con más, careciéndose de víveres, llevaron la desmoralización a las filas; resultado natural, no sólo tratándose de soldados formados de gente que había sido arrancada de sus hogares por medio de la fuerza y retenida en las filas como prisionera, con el más exagerado rigorismo, y que carecía hasta de espíritu de cuerpo, sino aun de aquella tropa que, habituada a los padecimientos, ha adquirido la mayor de las virtudes militares: el valor para afrontar las grandes fatigas de la campaña.

Algunos de los jefes mismos llegaron a juzgar las aspiraciones que los ligaban a la carrera de las armas, sin porvenir alguno, dudando del buen éxito de aquella expedición dilatadísima, cuyas solas fatigas estaban destruyendo la fuerza; y con gran desaliento veían que se alejaban del interior, al que consideraban el único teatro de los acontecimientos donde se podían adquirir honores y provecho.

El malestar aumentaba, haciéndose insoportable a medida que la división del general Díaz se alejaba, y a punto estuvo de ocasionar un desastre.

Cediendo a tal desagrado, los jefes principales de la Brigada de Sinaloa determinaron, de común acuerdo, no seguir adelante, y segregarse con sus respectivos batallones. A la sazón un jefe imperialista, Valdés, seguía con una fuerza de observación la marcha de Díaz. Como esta circunstancia hacía probable que tras del combate que tendría que ocasionar aquella rebelión había que combatir con las fuerzas de Valdés (que, aunque no numerosas, podían sin embargo estar en ventajosas condiciones respecto de las de la Brigada de Sinaloa), se pensó entonces no sólo en neutralizar aquel enemigo, sino en buscar, además, su

apoyo para llevar a cabo el movimiento de segregación; y se entró desde luego en relaciones con aquel jefe imperialista, simulando adhesión al nuevo gobierno; aunque el propósito de los jefes sinaloenses era batirla en seguida, en la primera oportunidad que les diera la confianza que tuviera en ellos.

Aprovechando, pues, tres días que se dieron de descanso a la tropa en Zacuálpam, se arregló y convino la separación para la noche víspera de que continuara la marcha; pero uno de los oficiales del 4º batallón de Sinaloa, cuyos jefes no estaban en aquel acuerdo, reveló todo al general Díaz. Este jefe, sin recurrir a ninguna violenta determinación para evitar dicho intento, sino, al contrario, aparentando la mayor ignorancia de lo que se trataba, hizo ostensibles solamente ciertas precauciones, que ningunas sospechas podían suscitar sobre el verdadero objeto que tenían, y sí, que el resto de la fuerza estaba lista, preparada para no ser sorprendida. Esa actitud hizo vacilar a los jefes de la Brigada de Sinaloa, quienes aplazaron su intención para ocasión más favorable.

En un estado en que la desertión llamaba seriamente la atención, el 27 del mismo mes de octubre, la División llegó frente a Taxco, punto ocupado por tres o cuatrocientos imperialistas a las órdenes de un teniente coronel Toledo.

La superioridad numérica de la fuerza del general Díaz sobre la de aquella plaza, le aseguraba todas las probabilidades de buen éxito en un ataque, que, por otra parte, le ofrecía una magnífica oportunidad para cortar el decaimiento moral de la tropa, para interrumpir la monotonía de las marchas, para obtener un triunfo que, reanimando el espíritu militar, podía hacer olvidar los padecimientos; y después de esto, con unos días de descanso, se tendrían en lo sucesivo los medios para que el soldado no careciera de lo necesario, e indudablemente se hubiera logrado hacer cesar la desertión.

El susodicho pueblo era, además, un foco de desobediencia al gobierno de la República, y no convenía dejar en pie aquella fuerza, cuando había muchas probabilidades de destruirla.

La guarnición de Taxco (que, como hemos dicho, sólo tenía un efectivo de más o menos tres a cuatrocientos hombres) estaba resuelta a defender la población, aun careciendo de

suficientes municiones, pero contando con el apoyo de Vicario, que ocupaba a Iguala con algo más de mil hombres. Díaz hizo avanzar en observación hacia este último punto al general Mariano Escobedo con la brigada de caballería y el 4º batallón de Sinaloa, y atacó a Taxco el día 28 del mismo mes de octubre con los batallones 1º y 2º de Sinaloa, apoyados con una compañía del batallón "Cazadores de Oaxaca" y otra del 1º de México. Después de una corta resistencia, los imperialistas, que habían agotado sus municiones, pues hasta usaron cabezas de fósforos a guisa de fulminantes, tuvieron que rendirse a discreción. Díaz hizo 271 prisioneros, incluso los jefes, y recogió 163 fusiles y un obús de montaña.

Todas las ventajas que pudieron haberse obtenido con aquel triunfo, para remediar la desmoralización, se desconocieron. Tan luego como fue ocupada la plaza, se dio orden de que fueran saqueados el templo católico y algunas casas particulares. Autorización semejante, como era de esperarse, ocasionó un hecho verdaderamente escandaloso. En medio del desorden, tan perjudicial a la subordinación y disciplina, fue saqueada, entre otras varias casas, la de Jecker y el templo, desarrollándose escenas repugnantes en que tomaron parte algunos jefes y no pocos oficiales, pues tal desorden puso toda categoría militar al nivel del soldado raso. Extrañas y odiosas disputas llegaron a provocarse ya por un cáliz, un copón o alguna otra alhaja, según fuese su valor que, mientras más alto, debía corresponder sólo a las clases superiores. Hubo, sin embargo, honrosísimas excepciones de jefes dignos que, lejos de participar en el saqueo, lamentaban lo extraviado de la disposición que lo había determinado. A resultas de lo cual, en dos o tres horas, se derrochó de aquella manera tal cantidad de plata, que representaba algunos miles de pesos, y pudo haberse utilizado en beneficio de la División.

No se puede comprender cuál pueda haber sido el objeto de autorizar el hecho a que aludimos. Si hubiera sobrevenido de la confusión y desorden, consecuentes a la ocupación de una plaza a viva fuerza, tendríase en cuenta una circunstancia atenuante; pero cuando la guarnición de Taxco se rindió, y la plaza se ocupó en el mejor orden, ningún motivo

podrá justificar acto tan inmoral e impolítico, cuanto pernicioso a la conservación misma de aquella fuerza.

DESPUÉS DE TRES DÍAS de descanso, se continuó la marcha. Los equipajes de algunos jefes y oficiales habían aumentado notablemente, y los soldados caminaban agobiados con los despojos del botín: ropa, alhajas, libros, instrumentos de agromensura y de minería y otra infinidad de cosas se veían por todas partes en las filas.

Al pasar por las inmediaciones de Iguala, las tropas enemigas, al mando de Vicario, aguardaban en posición; pero Díaz, obligado a conservar las pocas municiones que le restaban, esquivó atacarlas, y siguió de paso. Vicario, debido a la superioridad numérica de la fuerza de Díaz, sólo se mantuvo en observación, sin atreverse a seguirlo.

En Tepecuacuilpo se concedieron ascensos a los jefes y oficiales de los batallones 1º y 2º de Sinaloa, quizá más para halagarlos por el desagrado con que seguían aquella marcha, que no como un premio por el hecho de armas de Taxco; sin embargo, el teniente coronel Diódoro Corella, que sólo fue ascendido a coronel graduado, mientras que el jefe del 2º batallón, Jesús Toledo, lo fue a coronel efectivo, no quedó satisfecho, y apenas si debido a formales promesas de parte del jefe de la brigada, de que pronto sería ascendido también a coronel efectivo, se logró hacerlo volver de dos o tres leguas de distancia en donde se encontraba ya, resuelto a retirarse a México.

Los jefes imperialistas prisioneros, Toledo y otro, fueron fusilados en aquel pueblo, junto con un sacerdote que también fue aprehendido en Taxco. El resto de los prisioneros fueron divididos en todos los batallones, y empleados en conducir en hombros las cargas de armamento sobrante, en cuyas penosísimas fatigas sucumbieron algunos; otros, prefiriendo la muerte a aquella condición desgraciada e inhumano trato, se fugaron de entre las mismas filas de los soldados que los custodiaban; y al fin, los que quedaron fueron agregados a la fuerza.

La desertión continuó en mayores proporciones. No sólo

a los soldados, sino aun a los oficiales, que se veían con algunos recursos adquiridos en el saqueo, les cansaban las fatigas y abandonaban las filas. Desde Cuilapa fueron exhortados varios oficiales desertores que se internaron en el Estado de Guerrero. El juego era otro cáncer pernicioso que se desarrolló con cierta impunidad desmoralizadora en el seno de aquella División. Los copones, cálices, piedras finas, fragmentos de custodias y de otros muchos objetos de plata del servicio del templo de Taxco estaban pasando constantemente de manos de un oficial subalterno a las de algún jefe, o viceversa, según los caprichos de la fortuna o la habilidad en los escamoteos con la baraja.

Las dificultades para la manutención de la tropa comenzaron también a ser mayores que las que se habían presentado a principios de la marcha. El terror que infundían los soldados era el motivo de que los habitantes de muchos de los pueblos del tránsito abandonaran sus hogares, llevándose consigo todas las cosas que podían llevarse, y que se encontraran las poblaciones completamente solas. El imperativo de la necesidad obligaba naturalmente en tales casos a buscar donde los hubiera los medios indispensables para la vida, autorizándose el asalto de las casas, es decir, no sólo que se disimulara, sino que se ordenaba el saqueo. No fue extraño algunas veces, en tal proceder, algo de venganza por la desconfianza de los pueblos que, a causa de las dificultades y penurias que originaban, era considerada, no como un temor natural en aquellas sencillas gentes de ser víctimas de los desmanes cometidos en otras partes y de verse arrastradas por la *leva*, sino como una manifiesta hostilidad.

Fácil es comprender los abusos a que darían lugar esos precedentes, y de los que no escaparon ni aun los mismos pueblos que recibían a las fuerzas con grandes muestras de regocijo.

Con el fin de contener tales actos era preciso recurrir a severísimos castigos, y por la orden general se previno que se impondría la pena de muerte al que cometiera el más insignificante robo en las poblaciones que se consideraban adictas; aunque las circunstancias mismas de la marcha tenían que

invalidar la aplicación de tan terrible pena. El mal no se corrigió; y sin embargo, un oficial subalterno que se degradó en Cuilapa fue el único castigo ejemplar que hubo durante la marcha seguida por la División hasta llegar al Estado de Oaxaca.

II

A FINES DE NOVIEMBRE, después de una marcha de cerca de dos meses, Díaz llegó a Huajuápam, en la frontera del Estado de Oaxaca, con su fuerza disminuída como en una tercera parte a causa de las deserciones, y en lamentable estado de desmoralización.

No obstante de que había sido invadido ya aquel Estado por una fuerza imperialista al mando de Visoso, quien había obtenido una pequeña ventaja sobre otra del mismo Estado, y obligado al gobernador a abandonar la capital y dirigirse hacia Silacayoápam, tales acontecimientos no tuvieron ninguna importancia para las tropas del general Díaz, cuya sola superioridad numérica fue bastante para que el jefe imperialista retrocediera apresuradamente y el Estado quedara libre, por entonces, de todo amago formal.

Díaz reasumió luego los mandos político y militar de Oaxaca, quedando confirmada por su legislatura la declaración del estado de sitio que había sido decretada en 21 de noviembre de 1862; nombró gobernador y comandante militar al general Ballesteros, y se dedicó a la dirección de la administración federal de la línea. Los Estados de Puebla y Veracruz fueron divididos en dos comandancias militares, del Norte y del Sur, habiéndose encargado del mando de la de Sotavento de Veracruz al general Alejandro García.

La más urgente e imperiosa necesidad que tuvo delante Díaz, al afrontar aquella situación, era la pronta reorganización de su cuerpo de ejército para aprovechar la oportunidad de entrar en acción. Con este objeto la fuerza marchó desde luego a Oaxaca, quedando en Huajuápam una brigada para cubrir la frontera del Estado, limítrofe con el de Puebla.

La reorganización se hizo con bastante actividad; y, en

cuanto fue posible, se procuró restablecer la disciplina, corrigiendo con penas severas los vicios adquiridos durante la marcha; así es que tres o cuatro meses después, se habían reclutado como dos mil hombres; se disponía de los equipos y pertrechos de guerra necesarios; se había recompuesto el armamento, y, unida esta fuerza a la existente en el Estado, el Cuerpo de Ejército de Oriente contaba con un efectivo de cinco a seis mil hombres de las tres armas, listos para entrar en campaña.* Era el momento más oportuno. Los franceses, con todo su grueso, operaban ya en el interior de la República, como a doscientas leguas de distancia de los Estados de Oriente, comprometidos con el ejército del Centro. Ya habían tomado varias poblaciones importantes, debilitando así su cuerpo expedicionario para guarnecerlas, y les era difícil, por este motivo, separar una fuerza superior a la de Díaz. No teniendo nada que temer de los Estados que quedaron a su retaguardia sin ser invadidos, no habían dejado en observación ningunos elementos respetables, y estaba mal cubierta su línea de comunicación de Veracruz a México. Puebla, así como las demás poblaciones que ocupaban en ese mismo Estado y el de Veracruz, tenían, relativamente, cortas guarniciones.

Tan luego como Díaz hubiera tomado la iniciativa, Bazaine

* He aquí los batallones que componían la División con sus jefes respectivos, y cuál era, aproximadamente, el número de la fuerza con que contaban:

Ingenieros, capitán Pérez Castro, 150 hombres.

Artillería, coronel Terán, 300 hombres.

Regimiento "Morelos", 1º y 2º batallones, coronel Ballesteros, 1000 hombres.

Batallón 1º de México, Espinoza Gorostiza, 600 hombres.

Batallón 2º de México, coronel Manuel González, 800 hombres.

Cazadores de Oaxaca, coronel Ballesteros, 500 hombres.

1º de Sinaloa, coronel Diódoro Corella, 300 hombres.

2º de Sinaloa, coronel Jesús Toledo, 300 hombres.

4º de Sinaloa, coronel Crispín Palomares, 400 hombres.

Escuadrón del Norte, coronel Gerónimo Treviño, 200 hombres.

Lanceros de Oaxaca, coronel Félix Díaz, 200 hombres.

Guerrilla Cacho, coronel Cacho, 100 hombres.

En total: 5850 hombres. Después aumentó la División con un batallón más, y se contaba con 500 guardias nacionales.

hubiera tenido indudablemente que asegurar su vía de comunicación con una fuerza considerable, la cual habría tardado un mes, cuando menos —tiempo en que se podía haber efectuado con éxito un ataque brusco sobre Puebla, o haber destruído algunos de los destacamentos más aislados—, antes de que aquélla lograra reconcentrarse. Es de suponerse que el resultado de una pronta acción militar habría sido la adquisición de armas y recursos para aumentar la División, una influencia moral de gran provecho en aquellos pueblos, y que, aguerrida y moralizada la tropa, podía haber combatido contra la fuerza que fuese enviada en auxilio. El curso de los acontecimientos vendría a indicar los hechos de armas posteriores, cuyo desarrollo habría estado asegurado con más o menos probabilidades. Por otra parte, establecida la base de operaciones en las montañas de la Mixteca que circundan la frontera del Estado de Oaxaca, colindante con las de Puebla y Veracruz, Díaz habría estado a cubierto de una eventualidad. Construídas las fortificaciones necesarias en los puntos convenientes, se hubiera contado con posiciones bastante ventajosas a corta distancia de Puebla, de manera que si la fuerza enemiga hubiese sido superior a la de Díaz y que éste no hubiera podido batirla, o que por algún incidente tuviese que retirarse, una marcha regresiva de muy pocos días lo hubiera llevado a sus posiciones, en donde podía recobrar todas las ventajas que éstas le daban, y en donde el enemigo habría vacilado en atacarlo, si no tuviera a su disposición formales elementos. Aun después de haber ocupado casi toda la República, su campaña sobre Oaxaca la hizo el enemigo con todas las precauciones que aconseja el arte de la guerra, y la dirigió personalmente el mismo mariscal Bazaine. Sea, pues, que desde entonces se hubiera comprometido en una campaña, o que ante la actitud ofensiva de Díaz sólo se viese obligado a reforzar sus guarniciones en el Estado de Puebla y permanecer resguardando las poblaciones que ocupaba, se hubiera debilitado en el interior, donde las fuerzas mexicanas tendrían que haber combatido contra tres o cuatro mil hombres menos.

Si bien es cierto que por su naturaleza, armamento, etcétera, las fuerzas de Díaz eran inferiores a las del enemigo,

también lo es que tenían, en cambio, una gran superioridad numérica sobre las que guarnecían las poblaciones del Estado de Puebla limítrofes con el Estado de Oaxaca, contra las cuales tenían que luchar inmediatamente. No era, pues, difícil haber llevado a cabo el plan de operaciones trazado de acuerdo con aquellas circunstancias.

En consecuencia, reorganizada la División, era preciso haber fortificado desde luego los puntos más ventajosos y convenientes de la Mixteca, lo mismo que la plaza de Oaxaca, y tomar la ofensiva. Si no se hacía así, además de que se desaprovechaba la oportunidad que tan buenas perspectivas ofrecía, y que tal vez no se presentarían después, se le daba tiempo al enemigo para desplegar ventajosamente toda su acción en el interior; pues con la inacción de Díaz se aislaban naturalmente las operaciones de los dos cuerpos de ejército, el del Centro y el de Oriente: el enemigo aumentaba fácilmente sus elementos teniendo segura, como la tenía, su vía de comunicación a Veracruz; y era probable que después, destruido el ejército que operaba en el interior, siendo mayores los recursos, y disminuídas las atenciones de su cuerpo expedicionario, hubieran sido mayores también sus ventajas, contrariamente a las probabilidades favorables para el general Díaz. Todo esto sucedería, aparte la influencia perniciosa de la inacción en sus fuerzas.

Pero parece que no sólo se pasó por alto el conocimiento de todas las ventajas que se habrían obtenido tomando la ofensiva, sino que aun se olvidó prestar atención al aseguramiento de los medios de defensa.

Para no tomarla, pudo el general en jefe tener sus razones, aunque no de tanto peso como las que para ello había; pero ¿cuáles tuvo para desatender la fortificación de Oaxaca y la Mixteca, principalmente, cuando la conservación misma de la fuerza hacía tan necesaria su posesión hasta lo último, dada la importancia vital de ambas, puesto que allí estaba la fuente de la mayor parte de los recursos para la subsistencia, y a la vez por contar con los puntos más estratégicos para la defensa?

Según decían algunos de los principales jefes de la División, el general Díaz abrigaba la convicción de que el ejército fran-

cés sería pronto arrojado del país; y que, pudiendo entonces completar el triunfo, no consideraba prudente aventurarse en anticipada campaña. Se decía, asimismo, que dudaba de que los franceses emprendieran una campaña formal en su contra. Esto se refería con frecuencia, y, cierto o no, parecía corroborarlo la actitud asumida por el general Díaz.

LA INACCIÓN HIZO renacer la mal curada corrupción de las costumbres militares, que comenzaron a estar poco o extremadamente sujetas a las leyes de la disciplina y buena organización. Grande era el abandono en el servicio. Los continuos desórdenes de una oficialidad, por lo general, despreocupada de la buena conducta, y la escandalosa desertión de la tropa, obligaron al general Benavides a declarar en campamento la guarnición de Huajuápam, a efecto de detener la anarquía imperante en aquella fuerza, con todo el rigorismo de las leyes militares; pero todas las medidas que se tomaban, por más enérgicas que fuesen, eran neutralizadas por hechos perniciosos autorizados por los mismos jefes encargados de remediar la situación. Poco después de expedida la orden general que declaraba en campamento la guarnición de Huajuápam, se ordenaba el saqueo y destrucción del pueblo de Chila, semejante al de Taxco: fue también robado el templo de dicho lugar. No era posible, de esta manera, la moralidad de la tropa.

Por otra parte, la impureza con que muchos de los jefes de los cuerpos manejaban los haberes del soldado, vicio arraigado profundamente a la sazón en nuestro ejército, y aun posteriormente, hizo también que se extendiese en la División su pernicioso influjo. El 2º batallón de México, que mandaba el coronel Manuel González,* sacudió la miserable servidumbre en que se le tenía, desertando en masa al grito de *¡Muera el hambre!*, y se perdían ochocientos hombres armados. El resto de los batallones no podían conservarse en alta fuerza, no obstante la severa vigilancia que se ejercía para cuidar a la tropa, y de la constante *leva* en los pueblos para aumentar

* Después Presidente de la República.

las filas. La deserción ocasionaba una pérdida de hombres, armas y equipo, mayor que la que se hubiera podido tener en una batalla.

A lo cual debe agregarse que muchos de los pueblos del Estado, especialmente los de las Mixtecas, además de los impuestos con que los abrumaban, eran víctimas de frecuentes abusos cometidos por oficiales ignorantes, viciosos, que sin correctivo que temer se entregaban a todo género de desórdenes. Las violencias con los habitantes pacíficos y los raptos estaban a la orden del día, no sólo en las poblaciones chicas, sino también en la misma capital, habiendo llegado a tal grado de desarrollo la prostitución en este respecto, que el general Díaz tuvo varias juntas de oficiales superiores en las cuales se trató de buscar un remedio para contener tanta inmoralidad, de que se resentía consecuentemente el buen servicio.

Los templos de Yangüitlán, Huajolotitlán y Tamazulápam fueron robados por algunos oficiales, y muchas de sus imágenes, en medio del mayor alarde, sirvieron de combustible en los vivaques de la tropa, hiriéndose vivamente con tales actos las creencias religiosas de los habitantes de aquellas poblaciones, quienes con ansia esperaban la ocasión de vengarse de semejantes ultrajes; y era de presumirse que se aliarían a los franceses, como así sucedió, luego que éstos invadieron el Estado. El relajamiento en las costumbres militares a que nos referimos, era el resultado de la ociosa inacción en que se tenía a la fuerza.

Algunas marchas y contramarchas, con el nombre de *reconocimientos*, a diez o quince leguas de Huajuápam de León hacia los puntos que ocupaba el enemigo, fueron los únicos movimientos que se hicieron durante seis meses. En una de esas maniobras, verdaderamente sin objeto alguno, el general Mariano Escobedo, que iba a la vanguardia con el mando de la caballería, se adelantó casi hasta los primeros puestos del enemigo, por lo cual le hizo un serio extrañamiento el general Benavides, jefe de la línea avanzada, quien tenía instrucciones terminantes, no sólo de no comprometerse en un ataque, sino de no atraer la atención de la fuerza francesa hostilizando sus avanzadas, con el fin de no precipitar los acontecimientos.

En el entretanto, los imperialistas habían comenzado a invadir los Estados de Yucatán y Tabasco, en cuyo auxilio se mandó al general Cristóbal Salinas con un batallón de infantería, algunos artilleros y armamento. Los resultados de esta campaña fueron favorables para las armas nacionales, aunque aquellos desgraciados pueblos, si bien se vieron libres de los soldados imperialistas, no dejaron de ser, a su vez, víctimas de la rapacidad de las tropas vencedoras. Varios de los templos fueron saqueados. Uno de los oficiales que más se distinguió por sus desmanes en el Estado de Chiapas fue un teniente coronel Alcántara, que figuró después como general. A su regreso de aquella expedición militar, cuyos excesos eran demasiado conocidos por la sociedad de Oaxaca, no tuvo empacho Alcántara en hacer pública ostentación de sus riquezas, que tan poco se recomendaban por su origen, con verdadero alarde de cinismo insolente: usaba de una montura especial que se había mandado hacer para sus paseos a caballo, cubierta toda de plata, y de un traje de charro también cargado de adornos del mismo metal. Ante los severos comentarios que esto provocaba en la ciudad, puesto que nadie ignoraba la procedencia de la plata utilizada en dichos arreos, el general Díaz no guardó indiferencia, sino que amonestó a Alcántara, por conducto del coronel Angulo, jefe de la brigada de Sinaloa, previniéndole que se abstuviera de aquel exhibicionismo indignante, bajo el amago de que se procedería contra él si no lo hacía; pero habiendo pasado por alto la advertencia susodicha, Díaz dispuso entonces que se le decomisara una gran cantidad de alhajas mal habidas, y fue dado de baja de la División.

En junio de 1864 se despachó una nueva fuerza expedicionaria, a las órdenes del coronel Joaquín Terán, en auxilio de la ciudad de Tlacotalpam, que estaba en poder de las fuerzas imperialistas, las cuales se vieron obligadas a abandonarla.

III

LOS PUESTOS AVANZADOS del enemigo permanecieron sin ninguna inquietud en Tehuacán y Matamoros Izúcar, desde no-

viembre de 1863 hasta julio de 1864 en que, después de la destrucción del ejército del Centro y de la ocupación de la mayor parte de las poblaciones de la República, los jefes imperia-
listas comenzaron a organizar su expedición sobre Oaxaca.

Con cerca de dos mil hombres, divididos en dos columnas, emprendieron su movimiento: una marchó hacia San Antonio, y la otra hacia Huajuapán, a efecto de apoderarse de estos lugares, establecer en ellos la base de operaciones y abrir y arreglar caminos para la artillería y trenes.

Nuestras fuerzas avanzadas en ese mismo rumbo se retiraron a la aproximación del enemigo: la que estaba en Huajuapán, a Tamazulápam, y la que estaba en San Antonio a. . .

El general Díaz, comprendiendo la ventaja que le daría el tomar la iniciativa sobre un enemigo que, menospreciándolo, ejecutaba una marcha divergente, con dos cuerpos a distancia como de veinte leguas uno de otro, y a los cuales podía batir separadamente, se movió en el acto. Su plan consistía en marchar con todo el grueso de sus fuerzas hasta Tamazulápam, a fin de que el enemigo, en espera de un ataque sobre Huajuapán, debilitara las fuerzas que ocupaban a San Antonio. De allí, por medio de una rápida maniobra llevada a cabo a favor de las sombras de la noche, dirigirse hacia el último de los lugares citados, en combinación con los soldados que mandaba Gorostiza, dejando solamente en Huajuapán una fuerza en observación que le cubriera la retirada. Sorprendido el enemigo en San Antonio, y destruido indudablemente, entonces ambas fuerzas acometerían sobre Huajuapán, de donde la columna francesa habría tenido que retirarse o sucumbir.

Díaz llegó a Tamazulápam a las cuatro de la tarde, y se movió sobre San Antonio a las siete de la noche, dejando en aquella población al general Benavides con 600 hombres de infantería, 200 caballos y 2 cañones de montaña.

El movimiento fue bien ejecutado; pero en el momento decisivo, la irresolución del general Díaz trajo como consecuencia inmediata que una compañía francesa de ciento y tantos hombres hiciera fracasar a tres mil soldados mexicanos en su primero y único movimiento hostil.

El enemigo estacionado en San Antonio, ante la sorpresa

causada por un grueso de fuerza tan superior a la suya, se replegó prontamente a la iglesia, abandonando en poder de Díaz todo su equipo, tiendas de campaña y algunos carros con provisiones. Se defendía posesionado del interior de la iglesia, del coro y de la torre, contra nuestros soldados que, para protegerse, se habían parapetado tras de la tapiquilla que circunda al cementerio. Los franceses peleaban heroicamente: varias veces intentaron salir, abriéndose paso a punta de bayoneta, pero estaban impotentes, por su inferioridad numérica, para lograrlo; siempre eran rechazados y obligados a permanecer dentro del templo. Después de media hora de combate, ya casi destrozados, muerto su jefe en una de las tentativas de huida, la agitación comenzó a cundir en sus filas, y no podían recibir auxilio. Algunos grupos de tres a cinco hombres, nada más, habían llegado a Teotitlán, donde estaba el grueso de la columna, y se habían colocado en tiradores, ocultándose entre la maleza que invadía el pueblo. Pero, por desgracia, los soldados del regimiento "Morelos" se lanzaron a apropiarse del cargamento de los carros capturados, y de aquí siguió el desorden, que fue creciendo hasta el extremo de que aquéllos, desorganizados más aún bajo el fuego de los tiradores franceses cuyo número había aumentado, se oponen con las armas a los oficiales que tratan de reducirlos al orden, para reorganizarlos, y se hace imposible conseguirlo. Y es entonces cuando el enemigo se aprovecha de esta circunstancia, se rehace con presteza e intenta otra salida en un último esfuerzo. La fuerza mexicana que estaba posesionada de la barda del cementerio, cede al empuje desesperado del enemigo que, al tomar dicho lugar, recobra sus tiendas de campaña perdidas; y, finalmente, ocurre el caso lamentable de que una sola compañía rechaza a una columna de tres mil hombres.

Díaz emprendió la retirada hacia Oaxaca expidiendo orden, a todas sus fuerzas, de reconcentrarse en dicha ciudad.

IV

PASADOS TRES DÍAS después del movimiento del general en jefe sin que se tuviera noticia de la columna y sin haberse recibido

tampoco en Tamazulápam, como se esperaba, la orden de movilizarse, no podía atribuirse aquel silencio sino a que el general Díaz había sufrido un fracaso.

El general Benavides, comprendiendo la peligrosa situación en que estaría si hubiese sido derrotado el general en jefe, por razón de tener tan cerca a un enemigo superior a él en número, y porque, además, quedaría cortada su retirada hacia Oaxaca, aunque no debía de abandonar el punto que ocupaba a menos que así se le ordenase, ante la imperiosa necesidad de hacerlo, promovió una junta de guerra para tomar una resolución de inmediato, poniendo así a cubierto su responsabilidad.

La junta acordó que la fuerza se situara en Yangüitlán, que era la parte media de los caminos de Huajuapán y San Antonio, lo cual permitiría estar en observación de ambos lugares, y asegurar, además, el camino de Tlaxiaco, por el que tendría que efectuar la retirada, en caso de que el enemigo de San Antonio, derrotado Díaz, se interpusiera entre Oaxaca y Yangüitlán y avanzara el de Huajuapán.

Conforme al susodicho acuerdo, la fuerza se retiró en seguida a Yangüitlán; y al siguiente día de estar allí, vinieron a corroborar la sospecha del descabro del general Díaz dos o tres dispersos heridos que llegaron al mismo lugar.

Suponiéndose cierta la derrota del general en jefe, el general Mariano Escobedo reunió a los jefes de los cuerpos de la brigada en una junta secreta, en la cual se resolvió que se dividirían en dos cada uno de los batallones 1º y 2º de Sinaloa, y así divididos, formar con cada uno de ellos una brigada al mando de sus respectivos coroneles, que ascenderían a generales. Se daría también el grado inmediato a los tenientes coroneles y a los mayores, que serían los comandantes de los cuatro batallones. Organizada de esta manera una pequeña división, al mando del general Escobedo, se desconocería al general Benavides, y se dirigiría a la frontera del Norte.

No obstante de que el general Benavides tuvo conocimiento oportuno de la trama fraguada en su contra, nada hizo por desbaratar la conjura que, sin embargo, no llegó a tener efecto, porque a poco se recibió la orden de Díaz para que la fuerza

se reconcentrara en Oaxaca, habiéndose llevado a cabo la reconcentración dos días después, y fue hasta entonces cuando comenzó a fortificarse rápidamente aquella plaza.

El general Díaz también tuvo conocimiento del intento de segregación del general Escobedo, quien desde luego se separó o fue separado de la División.

OBSERVACIONES

1) Díaz, no dudando de que la superioridad numérica de sus fuerzas le daría el triunfo, hizo depender de esta certidumbre las operaciones militares, y cometió una falta que pudo haber sido de suma gravedad, si el enemigo no hubiera actuado con torpeza, como lo hizo, después del descalabro referido.

La fuerza de observación quedaba separada de la columna destacada sobre San Antonio por una distancia como de cuarenta leguas; era inferior al enemigo que ocupaba a Huajuapán, estaba a diez leguas de distancia de él, sin un punto fortificado donde pudiese hacer una defensa vigorosa, y quedó sujeta, para moverse, a las órdenes que recibiera del cuartel general. Si bien cuando el enemigo supiera el movimiento de Díaz, éste podía ya estar atacando a San Antonio, y la duda respecto al resultado no dejaría que el de Huajuapán intentara hacer frente a Benavides, si sufría un descalabro, como debía de haberlo previsto, en un día podía arrollar a la fuerza de observación y cortarle a él su retirada. Debíó de haber quedado con independencia de acción, aunque fuese sobre un terreno previamente señalado, o haber dejado mayor número de fuerza.

2) En el ataque de San Antonio, Díaz se mostró sin energía e irresoluto: al principio no supo aprovechar las vacilaciones de un enemigo tan débil que a cada momento se veía rechazado por una fuerza superior, y después no se atrevió a comprometer más soldados, porque tomó por derrota el desorden de un batallón, y supuso que ya no había más que hacer sino reconcentrarse a la plaza de Oaxaca. Esta falsa medida, después de aquel pequeño incidente, acabó por rematar su ruina.

Concedamos que el desorden del regimiento "Morelos" fue un motivo que obligó a ceder ante un número tan insignificante de fuerza, pero ceder para rehacerse y volver a la carga, y haber destruído a aquel grupo, a pesar de mil proezas de heroísmo que hubiera hecho, antes que el grueso de la columna hubiera tenido tiempo de protegerlo. La retirada, cuando se contaba aún con tropas frescas de qué disponer, y en tales circunstancias, era contraria a las reglas de la guerra: equivalía a tanto como declararse en derrota antes de entrar en combate. Se daba al enemigo una superioridad que no tenía; debilitada la moral de la tropa con el desorden del "Morelos", si no se recobraba insistiendo en la carga, se destruía completamente, y de aquí venía la desertión y pérdida de armas de que tanto se carecía, como sucedió: 13,000 hombres en la primera marcha quedaron reducidos a 1,500 o 1,800! Además, era de suponerse que el enemigo le seguiría con tenacidad, y que podía destruirle vergonzosamente antes de que ocupara a Oaxaca, y a la vez tomar la ofensiva sobre Benavides. Nada de esto sucedió; pero fue debido a faltas del general en jefe.

Díaz debió haber llevado hasta el fin, con firmeza y rapidez, el desarrollo de su plan.

3) Ya que se cometió el error de la retirada, ésta no debió de haber pasado de las Mixtecas. ¿Qué iba a hacer Díaz a la capital del Estado, que no ofrecía condiciones favorables para la defensa? Esto significaba el abandono de sus mejores posiciones, así como la mayor parte de sus recursos, lo cual le acarrearía después grandes dificultades para la reorganización, en caso de que los franceses dilataran la marcha de su expedición invasora. En cambio, si permanecía en las Mixtecas, aunque el enemigo hubiera avanzado inmediatamente para atacarlo, podía haber hecho resistencia en magníficas posiciones que no tenía en Oaxaca, combinadas las fuerzas de Benavides con las que habían quedado en dicha plaza mientras que se la fortificaba. Si el enemigo no avanzaba, volvía a disponer de tiempo para fortificar algunos puntos de la Mixteca para conservar los recursos de aquellos pueblos, y se hubiera obligado al enemigo a retardar su movimiento, porque

no habría podido ocuparse en la apertura de caminos, tan despreocupadamente como lo hizo.

Por otra parte, aquella División aislada en Oaxaca nada podía hacer en favor de la nación; reducida a una defensiva extrema, y llena de desaliento, no tenía por delante sino su propia ruina: "...la ocupación de una plaza es cuestión de tiempo". Mas estaba resuelto que no se disparara un solo tiro a extramuros de la ciudad.

Si bien es cierto que la experiencia ha sentado como axioma que cuando un ejército carece de buena disciplina, enervado por la inacción, y el del enemigo tiene esta superioridad, se debe abandonar la campaña y retirarse a las plazas fuertes, también lo es que las reglas de la guerra no son absolutas, y eso sólo debe hacerse cuando se opera sobre terreno raso, que no tiene montañas ni de dónde recibir auxilios.

4) El enemigo que ocupaba a Huajuapán, cuando supo el movimiento del general Díaz, no pudiendo prever su resultado, debió haberse reconcentrado en San Antonio; y después, ya que no se movió, debió atacar a Benavides tan luego como tuvo noticia del descalabro de Díaz seguido de su retirada; pero acaso porque tendría que obedecer órdenes precisas al respecto, o porque temiera acaso aventurarse a algún riesgo, por la dificultad para conducir su artillería, el caso es que obró con torpeza: la fuerza de San Antonio avanzó dos jornadas con mucha lentitud, y la de Huajuapán no hizo movimiento alguno.

En la ejecución de estas pequeñas operaciones militares, las fuerzas de una como de la otra parte pasaron por alto las reglas de la guerra, con los resultados respectivos consiguientes. Sin embargo, a raíz del revés sufrido por Díaz, los franceses consiguieron arrojarlo de las Mixtecas, donde hubieran tenido que allanar obstáculos demasiado serios, y aseguraron el avance de su tropa expedicionaria.

CONSUMADA LA RECONCENTRACIÓN de las fuerzas mexicanas en Oaxaca, se comenzó la fortificación de dicha plaza, y una nueva reorganización militar.

La tropa enemiga permaneció estacionaria; pero, como era natural, ocupó y fortificó los pueblos de la Mixteca, apoderándose de los recursos de la zona más productiva del Estado; continuó abriendo caminos para conducir su artillería y trenes; aumentaba constantemente sus elementos de combate, y prostituía la moral de aquella gente que, ansiosa de vengar los ultrajes que se le habían inferido, no vacilaba en hacer armas en contra de Díaz.

La pérdida de la Mixteca pronto se hizo notar por la carencia de sus recursos, y contribuyó a desmoralizar más aún a la División desmoralizada. Y a esto se debe agregar que la falta de haberes hizo que algunos de los jefes de los cuerpos, no pudiendo satisfacer sus exigencias, cometieran innumerables abusos con lo que se daba a la tropa; y de aquí vino la indisciplina: compañías enteras defeccionaban, con el mayor escándalo, y este mal ejemplo aumentaba el descontento general, y la desertión en todos los cuerpos. En vano se dictaban leyes terribles, como la del *jurado para los desertores*, con la cual, sin necesidad de instruir causa alguna, y en un término de dos horas, previa la sola identificación del acusado, se le condenaba a la pena capital; pero a pesar de todo, las cosas siguieron sin remediarse: cada ocho días morían de uno a cinco hombres ajusticiados. Y es que se quería atajar el efecto dejando subsistente la causa. Se castigaba la desertión sin que nunca se llegara a indagar, en cambio, si había o no motivo para ella.

El robo era otro vicio desarrollado de manera alarmante. Los soldados se metían en las casas impunemente; por las noches cargaban con las rejas de las ventanas, y en las calles, en presencia de todo el mundo, cometían los peores excesos. Una noche, el coronel T. . . , al regresar de uno de los lugares circunvecinos donde había estado jugando en unas fiestecitas, fue asaltado, para robarlo, por una partida de la misma gente de su cuerpo. Y estos desmanes, como eran cometidos por soldados que no abandonaban sus filas, quedaban impunes. ¡Un hecho de tal naturaleza merecía el honor de ser referido por los jefes como una hazaña!

Los oficiales, entregados al juego, causaban frecuentes es-

cándalos, que más de una vez fue necesario reprimir por medio de las armas; o bien en los parajes públicos murmuraban soezmente de sus superiores.* Los jefes de los cuerpos que consideraban necesario contar con apoyo, por su conducta relajada, solapaban los actos delictuosos de ciertos oficiales y, por el contrario, castigaban con severidad a aquellos otros cuya adhesión ponían en duda. Tales injusticias no podían menos de traer por consecuencia la corrupción del espíritu de disciplina.

Parecía que el general en jefe ignoraba el estado de cosas imperante a su alrededor, dada la indiferencia con que las veía; pero lo cierto es que, aun sabiéndolo, su idea de la conservación de la tropa lo obligaba a condescender con los causantes de aquellos graves desórdenes.

Es cierto que se había llegado a un grado tal de corrupción, que era peligroso quererla corregir de un solo golpe; pero de alguna manera se debía de haber comenzado, y no que hasta esto se temía.

El general Benavides, cuartel-maestre del cuerpo de ejército, que era un jefe instruído e inteligente, previendo un futuro desastre si no se ponía freno a la anarquía, trató de inspeccionar los cuerpos a fin de cerciorarse de lo que era necesario hacer para evitarla; pero el desarreglo y la malversación de varios jefes en las cajas de sus cuerpos dio lugar a que éstos se opusieran a la dicha revista de inspección, y seis o siete coroneles, so pretexto de que se ultrajaba su dignidad, presentaron sus dimisiones antes de sufrirla. Díaz llevó su debilidad hasta nulificar una orden general, impidiendo que aquélla se practicara, lo que motivó la separación del general Benavides. Éste, al dejar la División, se expresaba con las palabras siguientes: "El enemigo no necesita atacar la plaza; dentro de dos meses caerá en su poder sin que necesite disparar un solo tiro." Y si no sucedió así fue porque los franceses, para lograr la pronta pacificación del país, estaban obligados a atacar antes la plaza; pues, de lo contrario, las palabras de Benavi-

* El coronel Ballesteros, jefe del regimiento "Morelos", fue desterrado porque, estando en el teatro, habló mal del general en jefe.

des hubieran sido una profecía. No era de esperarse otra cosa de la inacción, la desmoralización, la falta de recursos y la debilidad del general Díaz.

Fuera de la ciudad de Oaxaca se hubieran podido remediar todos los males, que era tan difícil conseguirlo dentro de ella. Además, si el general se hubiera puesto en acción, un movimiento audaz que el enemigo no esperaba lo habría desconcertado, y tal vez hubiera batido con ventaja a algunos de los destacamentos que estaban muy fraccionados, logrando entorpecerles su marcha, y tendría tiempo para proseguir los trabajos de fortificación de aquella plaza, incompletos aún después de la rendición.

Pero a pesar de que gran parte de los jefes opinaban que debía tomarse la ofensiva, la guarnición permaneció inactiva hasta el mes de enero de 1865, en que el enemigo, después de haber debilitado sus guarniciones en el interior del país y de haber abierto caminos en las Mixtecas que dejaran expedito el paso de su artillería gruesa, con más o menos 4,000 hombres, hacía sus primeros reconocimientos sobre la ciudad de Oaxaca, a la que puso sitio pocos días después.

Cuando se ha esquivado el combate, cuando un general llega a colocarse en situación de defensiva extrema, su ejército adquiere la convicción de que el enemigo es superior a él, y de que no podrá atacarlo con ventaja; y esta misma convicción, al empeñarse la batalla, trae aparejadas consecuencias funestas: el soldado, primero que nada, distrae su atención en reconocer el lugar por donde debe escapar, y cualquiera circunstancia desfavorable la toma por un indicio de la derrota.

¡Y tal era la convicción dominante, desgraciadamente, en aquel cuerpo de ejército!

Una escaramuza en el primer reconocimiento, y otra en la hacienda de la Aguilera, que no significaron nada, fueron los únicos episodios de aquel sitio, en el que la mala administración respecto de los víveres, el mucho trabajo de la tropa en las fortificaciones no acabadas, y las muchas fatigas, aumentaron la desertión, que ascendía poco antes de terminar el sitio a 200 y 300 hombres todos los días, lo que concluyó por hacer imposible la defensa, y siquiera haber sucumbido con honor.

Hubo también otra circunstancia que agravó la situación de la plaza. En los comienzos del sitio se dispuso que saliera la caballería para que entrara en actividad a la retaguardia de los sitiadores y reclutara gente en socorro de la plaza. Desde luego se comprende lo mal calculado de esta disposición, porque no habiendo terreno apropiado para esta arma sino fuera de las Mixtecas, tenía que avanzarse hasta el Estado de Puebla; lo segundo era imposible porque se carecía de municiones de guerra; y, además, la comisión confiada a la caballería le daba independencia completa de la plaza, quedando a merced de los acontecimientos; así es que ocho o diez días después de su salida se ignoraba enteramente su paradero, y no era posible, en caso necesario, disponer de ella. Esto no hubiera sucedido si se la hubiera hecho permanecer en un punto señalado, designándole el terreno en que debía operar.

Coincidiendo con la salida de la caballería, el coronel Treviño y algunos otros jefes, previendo acaso cuál sería la suerte que correría la sitiada plaza de Oaxaca, se segregaron de la brigada con los escuadrones de la Legión del Norte, y se destruyó la fuerza.

En conclusión: el desastre funesto de Oaxaca vino a ser la consecuencia natural de los desaciertos cometidos en todas las operaciones militares, contrarias siempre a las reglas de la guerra, y que colocaron gradualmente a la División en un estado en que no había más que sucumbir.

JOHN QUINCY ADAMS, ¿DEFENSOR DE MÉXICO?

Frank A. KNAPP, JR.

EN LOS AÑOS que precedieron al estallido de la guerra entre México y los Estados Unidos, John Quincy Adams fue proclamado por los mexicanos como el campeón yanqui de sus derechos de soberanía sobre el territorio de Texas. Al mismo tiempo, los ciudadanos de México aplicaban un abundante surtido de epítetos ponzoñosos a gran número de políticos prominentes de los Estados Unidos, en particular sureños.

La excepcional popularidad de que gozó Adams al Sur del río Bravo se debió inicialmente a un famoso discurso que pronunció durante tres horas ante sus electores en la población de Braintree, Massachusetts, en septiembre de 1842. En esta proclama política expuso brillantemente (aunque falsificando un tanto los hechos) los elementos esenciales de una doctrina que de ahí en adelante se llamaría la tesis *whig* nortea de la Guerra. Afirmó que los esclavistas del Sur habían emigrado a Texas con el propósito último de robarle esta provincia a su legítimo dueño, México; que los colonos de Texas se habían levantado en armas únicamente a causa de que el gobierno mexicano había decretado la abolición de la esclavitud; y, finalmente, que los intereses esclavistas del Sur estaban luchando por anexionar el territorio texano a los Estados Unidos, lo cual no era sino la fase final de una intriga tendiente a acrecentar su influencia política.¹

Estas declaraciones, aplaudidas calurosamente en Massachusetts, Estado abolicionista, coincidían con la opinión que se tenía en México acerca del problema de la anexión, y venían a dar a esta opinión un sello de gran autoridad. Adams, ex presidente y secretario de Estado de una nación que aparecía como agresora, resultaba ser un apoyo fortísimo de la posición mexicana en Texas.

Con anterioridad a 1842, los discursos de Adams en contra de la expansión territorial norteamericana casi no habían llamado la atención en México. Es verdad que su primer discurso importante contra la anexión, pronunciado en la Cámara de Representantes en 1836, se imprimió en México,² y que algunos de los discursos que dijo dentro y fuera del Congreso se tradujeron en la prensa mexicana.³ Pero el discurso de Braintree vino a tomar una significación peculiar a causa de los acontecimientos que más tarde ocurrieron. En efecto, unas pocas semanas después, el comodoro Thomas ap Catesby Jones, comandante del Escuadrón Naval del Pacífico, ocupó la población de Monterey (California), sin tener autorización para ello. Este incidente provocó la indignación de los mexicanos, intensificó su actitud de suspicacia para con el vecino del Norte y dio un relieve marcadísimo al discurso de Adams. Son muy significativas las siguientes palabras de Waddy Thompson, embajador de los Estados Unidos en México, con las cuales explica las dificultades que ha tenido para suavizar el estado de irritación que reinaba en México a causa del desembarco de los norteamericanos en Monterey: "Están publicando en todos sus periódicos el discurso que pronunció el señor Adams en Massachusetts, lo cual produce los más perjudiciales efectos, pues confirma todas sus infundadas sospechas contra nosotros."⁴

A partir de este momento, los discursos de Adams y sus demás actos públicos, en particular los que tenían algo que ver con la anexión, fueron seguidos con agudo interés por los políticos y por la prensa de México. Adams vino a ser una especie de héroe. Por ejemplo, el embajador de México en Washington, general Juan N. Almonte, publicó un folleto en español y en francés, basado en las declaraciones del discurso de Braintree. Adams anotó en su diario que este documento iba a enviarse "a las principales ciudades de las distintas repúblicas sudamericanas para que fuera conocido en ellas".⁵ También en la prensa mexicana se tradujeron con gran frecuencia muchos pasajes de sus "heroicos discursos abolicionistas", así como las opiniones que expresaba acerca de la cuestión texana. Los editorialistas citaban sus observa-

ciones "favorables" como si se tratara de una verdad irrefragable, y alguien llamó la atención sobre esta constante publicidad de las palabras del ex presidente norteamericano.⁶ Su nombre solía ir acompañado de frases elogiosas (caso muy poco frecuente en estos años, tratándose de un político yanqui), como "el filantrópico Mr. Adams",⁷ "el respetable John Quincy Adams"⁸ o "el célebre John Quincy Adams".⁹ En cierta ocasión, hasta una carta personal de Adams llegó a publicarse en un periódico mexicano. Esta carta, en la cual hablaba de su infatigable lucha contra el esclavismo y contra el anexionismo, sirvió para refrescar el recuerdo de su lucha en favor de los intereses de México en Texas.¹⁰

Otra circunstancia que vino a engrandecer la estatura de Adams en México fue el haber sido él quien redactó la resolución del Congreso en la cual se pedía al presidente Tyler que pusiera a disposición del Comité de Asuntos Extranjeros del mismo Congreso toda la correspondencia relativa a la desatentada ocupación de Monterey (California) por las fuerzas del comodoro Jones.¹¹ Por lo menos dos periódicos de la ciudad de México publicaron notas en las que se subrayaba el papel desempeñado por Adams en este asunto.¹²

Hubo algunos mexicanos que llegaron a pensar que la habilidad política y la influencia de Adams eran lo bastante fuertes para anular las tendencias anexionistas que se manifestaban en el Congreso de los Estados Unidos. El *Diario del Gobierno*, órgano oficial, dijo alguna vez en un artículo editorial que, mientras fuera Adams el caudillo de la oposición en el seno del Congreso norteamericano, la soberanía mexicana sobre Texas se hallaba segura.¹³ El *Siglo XIX*, el principal de los diarios liberales de entonces, manifestaba una fe igualmente firme en Adams y en los amigos que éste tenía en la Cámara de Representantes.¹⁴ El embajador de México, Almonte, se mostró convencido asimismo de la fuerza política del ex presidente, tras una entrevista personal que tuvo con él en los últimos días del año 1843.¹⁵

LA INFLUENCIA de Adams sobre la opinión oficial mexicana quedó de manifiesto en los días en que la cuestión de Texas

se acercaba a su desenlace. A fines de 1844, el secretario mexicano de Relaciones Exteriores, Manuel Crescencio Rejón, intercambió con el ministro norteamericano, Wilson Shannon, una serie de notas de tono bastante acre acerca de los planes anexionistas de los Estados Unidos. Ahora bien, el mensaje enviado por Rejón el 31 de octubre, una de las más elocuentes síntesis de la posición mexicana, copiaba y adaptaba, evidentemente, muchas frases del discurso pronunciado por Adams en Braintree. Al trazar la evolución histórica de las relaciones mexicano-norteamericanas en cuanto a la cuestión de Texas, Rejón observaba: "La historia nos suministra todos los datos apetecibles para demostrar que la independencia de Texas es obra del gobierno y de los habitantes sureños de los Estados Unidos. . ." Y esto ¿para qué? Para usurpar territorio mexicano. Los colonos angloamericanos se han trasladado a Texas —proseguía Rejón—, "no para permanecer sujetos a la República Mexicana, sino para anexar ese territorio a su país nativo, fortaleciendo de este modo la institución peculiar de los Estados sureños y abriendo una nueva región al execrable sistema de la esclavitud de los negros". En una palabra —concluía—, la revolución texana no ha sido otra cosa que la fase preliminar de un proceso cuya meta última es la anexión.¹⁶

En una segunda nota que siguió a la réplica de Shannon, Rejón subrayaba la idea de que México establecía una clara distinción entre la mayoría de los habitantes de los Estados Unidos y los elementos sureños que habían fomentado la revuelta de Texas. En seguida reconocía que "varias personas distinguidas, como Adams y Clay, han dado [a México] pruebas de la injusticia de la causa [de los Estados Unidos]".¹⁷ Es posible que Rejón tuviera sobre su mesa, en el momento de redactar estas notas, un ejemplar del folleto de Almonte en que se traducía el discurso de Braintree. En un tercer mensaje, fechado a 21 de noviembre, citaba expresamente este famoso discurso y hacía no menos de tres alusiones a determinadas frases de Adams que corroboraban sus argumentos.¹⁸

Para la cuestión de Texas, las declaraciones públicas de

Adams no eran sino una de las muchas fuentes norteamericanas que gozaban de amplia difusión en México y que en una o en otra forma contribuyeron a crear la convicción mexicana de que la anexión de Texas se identificaba punto por punto con la causa de la extensión de la esclavitud. Gran número de artículos publicados en la prensa de los Estados Unidos (en el Sur lo mismo que en el Norte), peticiones abolicionistas y otros papeles provocadores de agitación, declaraciones de figuras políticas de mayor o menor magnitud y muchos documentos de índole semejante no tardaban en circular al Sur del río Bravo. Por otra parte, los mexicanos no dejaban de recalcar el hecho de que el movimiento autónomo de Texas había coincidido con el decreto de abolición de la esclavitud promulgado en 1829. Sin embargo, las opiniones de Adams tuvieron siempre un sitio prominente, como las más autorizadas y las más capaces, si no de formar, sí de reforzar la inflexible política mexicana respecto de la anexión. Y no es esto todo. Adams parece haber contribuido en muy gran medida a la propagación, entre los historiadores mexicanos, de la "tesis *whig* norteaña" acerca de las causas de la Guerra. Esta tesis, bastante desprestigiada ahora entre los historiadores norteamericanos por su excesivo simplismo, fue aceptada a ojos cerrados por los escritores contemporáneos de los acontecimientos, y ha seguido dando el tono de la interpretación mexicana de la Guerra hasta nuestros tiempos.¹⁹

Los elogios prodigados a Adams por los mexicanos constituyen una faceta oscura e irónica en la carrera de un político famoso. La singularidad de su favorable acogida en la opinión mexicana resalta notablemente si se recuerdan las manchas que había en su expediente con anterioridad a 1830, manchas que, a primera vista, hubieran parecido imborrables. En efecto, siendo secretario de Estado durante la presidencia de Monroe, Adams se había señalado como el único de los miembros del gabinete que pidió que se agregara Texas a los territorios cedidos por España a los Estados Unidos en virtud del tratado de 1819. Después, siendo ya presidente, fue él quien nombró como primer embajador de los Estados

Unidos en México a Joel R. Poinsett, diplomático a quien los historiadores mexicanos han echado buena parte de la culpa de las luchas entre facciones y de las inquietudes revolucionarias de su país en las primeras décadas que siguieron a la independencia. También durante su administración presidencial, él y su secretario de Estado, Henry Clay, habían enablado negociaciones para la compra de Texas, delito tan grave para la mentalidad mexicana de la época, que no tenía perdón posible. Por último, Adams se hallaba íntimamente asociado a la doctrina Monroe, que llegó a ser considerada entre 1840 y 1850 como una política monopolista cuyo objeto era permitir a los yanquis apoderarse del territorio mexicano. A pesar de eso, el papel desempeñado por Adams en la Cámara de Representantes como campeón de la política anti-anexionista —o, más exactamente, como adversario de la extensión del esclavismo— fue lo bastante glorioso para borrar todas aquellas manchas.²⁰

Adams, por su parte, no sólo sabía la reputación de que gozaba en México, sino que se envanecía de ella. Se mostraba orgulloso de la “alta estima” en que los mexicanos tenían su discurso de Braintree, y, con evidente satisfacción, escribió en su diario, el 28 de diciembre de 1843:

El general don Juan N. Almonte, ministro plenipotenciario de México, me ha enviado un billete pidiéndome una entrevista personal con objeto de hacerme una comunicación, según órdenes que ha recibido... Vino, y me hizo entrega de una carta de instrucciones enviada a él por el señor Bocanegra, secretario mexicano de Relaciones Exteriores, con fecha 18 de marzo de 1843. En esa carta se ordena al general Almonte que, en una visita oficial, me haga saber el agradecimiento que tienen para conmigo el gobierno y el pueblo mexicanos por la honradez y la generosidad de mi conducta hacia México, tanto en el Congreso de los Estados Unidos como en las manifestaciones populares.²¹

La memoria de John Quincy Adams no se borró inmediatamente, aunque es verdad que su influencia no satisfizo las esperanzas que en ella se habían puesto. Varios años después de la Guerra, cuando se designó a Charles Francis Adams como enviado de los Estados Unidos ante la Corte de St.

James, el embajador de México en Washington, Matías Romero, supo identificar al punto a este diplomático, "hijo del célebre John Quincy Adams, que fue presidente de los Estados Unidos, y que con tanto fervor emprendió la defensa de México en los problemas que surgieron de la guerra de Texas".²²

NOTAS

¹ *Address of John Quincy Adams to his constituents of the twelfth congressional district of Braintree, September 17th, 1842* (Boston, 1842), en especial pp. 10-16. Puede verse un ejemplar de este folleto en la sección de libros raros (Rare Books Division) de la Library of Congress, Washington. Véase también Charles Francis ADAMS (ed.), *Memoirs of John Quincy Adams*, Filadelfia, 1874-77, t. 11, p. 252 y nota. Eugene C. BARKER, "The annexation of Texas", en *The Southwestern Historical Quarterly*, t. 50 (julio de 1946), p. 60.

² Worthington Chauncey FORD, "John Quincy Adams", en el *Dictionary of American biography*, t. 1, p. 88.

³ Véase, por ejemplo, *La Hesperia* (México), 22 de marzo de 1842.

⁴ Thompson a Webster (México, 5 de enero de 1843), en *Despatches from Mexico* (mss.), t. 11, The National Archives, Washington. En su discurso, Adams había declarado que Thompson, como representante de South Carolina en el Congreso, había sido "el más inveterado enemigo de México, y el más celoso e intrigante paladín... de la anexión de Texas" (cf. *Address... at Braintree*, p. 38).

⁵ ADAMS, *Memoirs*, t. 11, p. 340. Cf. Justin H. SMITH, *The war with Mexico*, Nueva York, 1919, t. 1, p. 111.

⁶ *El Pabellón Nacional* (México), 14 de noviembre de 1844. Uno de los discursos abolicionistas pronunciados por Adams en el Congreso se publicó en México en *El Siglo XIX*, 24 de enero de 1844. Debe haber otros casos.

⁷ *El Amigo del Pueblo* (México), 21 de agosto de 1845.

⁸ Manuel Crescencio Rejón a Wilson Shannon (México, 21 de noviembre de 1844), comunicación citada en otra de Shannon a Calhoun (México, 30 de noviembre de 1844), *Despatches from Mexico*, t. 12.

⁹ *Diario del Gobierno*, citado en *El Eco de la Justicia*, 15 de diciembre de 1843.

¹⁰ Carta de Adams a la señora Ana Quincy Thaxton (Quincy, Massachusetts, 29 de julio de 1844), publicada en *El Pabellón Nacional*, 19 de octubre de 1844.

¹¹ Véase el *Daily National Intelligencer* (Washington, D. C.), 2 y 3 de febrero de 1843, y ADAMS, *Memoirs*, t. 11, pp. 304-305.

¹² *El Eco de la Justicia*, 27 de octubre de 1843; *La Hesperia*, 8 de abril de 1843.

¹³ *Diario del Gobierno*, citado en *El Eco de la Justicia*, 15 de diciembre de 1843.

¹⁴ *El Siglo XIX*, 21 de enero de 1844.

¹⁵ James Morton CALLAHAN, *American foreign policy in Mexican relations*, Nueva York, 1932, p. 114.

¹⁶ Rejón a Shannon (México, 31 de octubre de 1844), comunicación citada en otra de Shannon a Calhoun (México, 12 de noviembre de 1844), *Despatches from Mexico*, t. 12.

¹⁷ Rejón a Shannon (México, 6 de noviembre de 1844), comunicación citada en la ya mencionada de Shannon a Calhoun.

¹⁸ Rejón a Shannon (México, 21 de noviembre de 1844), comunicación citada en otra de Shannon a Calhoun (México, 30 de noviembre de 1844), *ibid.*

¹⁹ Como ejemplos de los puntos de vista mexicanos que hacia esta época reflejaban la "tesis *whig*", véanse *El Siglo XIX*, 22 de marzo y 19 de mayo de 1845; *El Monitor Constitucional Independiente*, 20 de mayo de 1845; *El Comercio*, según cita publicada en *El Siglo XIX*, 8 de junio de 1844. La prensa mexicana reimprimió asimismo innumerables artículos publicados en periódicos norteamericanos, en los cuales se sostenía que la extensión del esclavismo era el motivo fundamental oculto tras la anexión de Texas. La sola enumeración de estos artículos nos suministraría un índice exactísimo de la opinión contemporánea. Entre los autores mexicanos de los siglos XIX y XX que suscriben la tesis *whig* podemos mencionar a José María ROA BÁRCENA, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848)*, ed. de México, 1947, t. 1, pp. 19-20, 341, 334-335; t. 2, p. 336, nota, y a Vicente FUENTES DÍAZ, *La invasión norteamericana en México*, México, 1947, p. 44.

²⁰ Shannon, embajador de los Estados Unidos en México, le recordó a Crescencio Rejón, secretario de Relaciones Exteriores, que había sido Adams el primero que intentó la compra de Texas, pero esto no pareció minar el prestigio del ex presidente. Carta de Shannon a Rejón (México, 8 de noviembre de 1844), citada en un despacho de Shannon a Calhoun (México, 12 de noviembre de 1844), *Despatches from Mexico*, t. 12. Hay que añadir que en la prensa mexicana aparecieron asimismo algunos artículos en que se hablaba de cómo Adams había abogado por que se incluyera a Texas en el Tratado de 1819 con España, y de cómo había intentado comprar más tarde ese territorio por mediación del embajador Poinsett (*El Siglo XIX*, 9 de febrero y 8 de junio de 1844).

²¹ ADAMS, *Memoirs*, t. 11, p. 442.

²² *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera...*, México, 1870-92, t. 1, p. 324.

QUERÉTARO, 1867

por el Coronel MIRAMON *

LAS VIRTUDES de los partidos políticos en una guerra civil son escasas y frágiles cuando tienen que sufrir el huracán y luchar con la tempestad de la revolución. De día en día, y a medida que la guerra civil se prolonga, se debilita el respeto a los derechos y a las ovaciones justas y generosas del corazón. En medio del desorden general y continuo, en medio de los abusos de la fuerza y de los excesos de la desgracia, se provocan incesantemente las malas pasiones, y se presentan probabilidades de buen éxito a los malos deseos. El odio y la venganza se apoderan de las almas enérgicas. En los débiles entra el miedo y caen en la abyección. La mentira, la violencia, la avidez, la pusilanimidad y el egoísmo, representado en todas sus formas, fortalecen a los hombres empeñados en la lucha, y el pueblo que no toma parte en esta tragedia fratricida conserva ideas confusas y vacilantes de las voces *derecho* y *deber*, de las de *justicia* y *virtud*.

Pero cuando la tormenta pasa y se desvanece el calor de las pasiones, entonces la verdad se reconoce, la calumnia recoge sus dardos punzadores y la Historia con su manto majestuoso viene cubriendo de indulgencia a los vencidos, de honor a los valientes, de lodo y baldón a los desleales y traidores. . .

Desgraciadamente estos sentimientos de nobleza y gallardía

* Comenzamos a publicar en este número de *Historia Mexicana* el Diario militar del coronel Miramón, hermano de Miguel. Se encuentra entre los papeles de Altamirano, quien explica así su procedencia: "...poseo el Diario manuscrito y original de las operaciones militares de Querétaro, que llevaba escrupulosamente el coronel Miramón, juntamente con los planos de las batallas que se dieron... , cuyos documentos inéditos debo a la amistad del señor licenciado Manuel Lombardo, hermano político del general Miramón, que tuvo la bondad de regalármelos" (Ignacio Manuel ALTAMIRANO, "El 27 de abril en Querétaro", en *Paisajes y leyendas*, México, 1949, pp. 92-93). Hemos respetado la vacilante ortografía del documento.

no han tenido eco en nuestras últimas convulsiones políticas, y con frecuencia muchos de los vencidos, no sólo hemos reportado las zahetas y dicterios que en nuestra contra ha lanzado el partido victorioso, sino las más veces hemos sufrido las calumnias y vejaciones que con escarnio y bajeza nos ha arrojado gran número de nuestros propios partidarios ya arrepentidos.

En mi sentir, la causa de tanto mal se encuentra en el alucinamiento que muchos de nuestros gobernantes han tenido por ciertos extranjeros que han prestado sus servicios entre nosotros. Éstos, que al momento de temer algún peligro o de hacer una buena especulación ensalsan a los hombres que están en el poder, se convierten después en víboras ponzoñosas, cuyo veneno daña desde luego a aquellos gobernantes que fueron en algún tiempo el ídolo de su adoración y el objeto de sus nacaradas lisonjas.

¡Querétaro, tumba de tanto héroe, y lugar en donde la sangre de mi hermano fue vertida en holocausto de Maximiliano, presenta a mi imaginación una serie de rasgos de traición y muerte que con horror pretendo recordar!

Los sucesos que en esta ciudad pasaron en las agonías del Imperio me llenan de tristeza y amargura, y sólo la sátira venenosa que el cobarde príncipe Salm-Salm dirige en contra de la reputación de mi hermano me obliga a trazar estas líneas, para opacar con ellas el rudo e injusto ataque con que Salm-Salm mancilla las cenizas inermes de mi pobre hermano.

Con estos preliminares, y sin tener pretenciones en agradar con un lenguaje florido y bueno a las personas que estas letras lean, porque en la palabra franca y leal del soldado están por demás fórmulas retóricas que desconozco, empiezo la narración con mi "Diario de Campaña", para refutar con el mismo, después, las inesactitudes y errores en las que involuntariamente cae el príncipe de Salm-Salm.

PÁRRAFO PRIMERO.—ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO Y CAMPAÑA DE ZACATECAS

La breve y peligrosa campaña dirigida por mi hermano hacia el centro del Estado de Zacatecas tuvo origen en León,

y fue seguida por la toma de la capital de aquel Estado, que era el punto objetivo de nuestras operaciones, concluyendo seis días después con la batalla de San Jacinto y con la captura y sacrificio de mi hermano el general don Joaquín Miramón.

Las operaciones militares que en esta campaña se efectuaron vinieron a fracasar, no como dice el príncipe Salm-Salm, por la indiscreción y ligereza del general don Miguel Miramón que las dirigía, sino por la falta de cooperación del general don Severo Castillo, quien debía representar un importante papel en aquella operación tan hábilmente combinada.

Este general, recomendable por mil títulos, no fue acertado en la ejecución de las órdenes que de mi hermano recibió en San Miguel de Allende, dirigidas desde León.

Con efecto, esto así fue. Llegados nosotros a Querétaro, con cerca de cuatrocientos hombres que llevamos de esta ciudad, encontramos allí al general don Tomás Mejía, quien después de haber evacuado a San Luis Potosí se había dirigido a Querétaro con el objeto de reconcentrarse y recibir del gobierno imperial órdenes superiores.

Este general, que a la sazón padecía una grave complicación de males que lo asediaron hasta en los últimos días de su existencia, puso sus fuerzas a las órdenes del general Miramón, manifestándole a la vez su sentimiento por no poderlo acompañar en la nueva campaña que iba a abrir, a causa de los padecimientos físicos que por entonces le rodeaban.

El general Miramón, que conocía con perfección los nobles sentimientos del general Mejía, su apego a la causa y la distinguida amistad particular que le profesaba, aceptó gustoso las esculpasiones de Mejía, teniendo siempre el sentimiento de no ser acompañado por camarada tan leal y por soldado tan valiente como lo era el general Mejía.

La fuerza de Mejía ascendía a tres mil quinientos hombres, los cuales fueron puestos a las inmediatas órdenes del general don Severo Castillo, a quien se le ordenó marchase rumbo a San Luis Potosí dos días después de nuestra salida de Querétaro y esperase órdenes en Allende.

Mi hermano, con las fuerzas que había sacado de México, salió de Querétaro rumbo a Guanajuato, quedando en el

citado Querétaro el general Mejía con un pequeño batallón que por entonces empezaba a formarse. En Guanajuato hallamos al general don Felipe Liceaga, a quien se le dieron las órdenes necesarias para conservar la plaza y enviar recursos a Castillo y a nosotros, lo más breve posible.

Con estas disposiciones pasamos a León, desde cuya ciudad el general Miramón ordenó a Castillo su marcha sobre San Luis y le envió las instrucciones de todo lo que le tocaba ejecutar en el proyecto de ataque que en contra de Zacatecas había formado.

Las órdenes que a este general se le dieron fueron las siguientes: que avanzase hasta San Felipe sin pérdida de tiempo; que allí hiciera un pequeño alto para tomar informes sobre la situación de Escobedo; que después siguiera hacia San Luis Potosí, en donde se hallaba aquel general con el cuerpo principal del ejército liberal; que estuviera en su observación sin comprometer batalla y aceptándola únicamente en caso de necesidad, pues para ello llevaba tres mil quinientos hombres con los cuales podía combatir con probabilidades de triunfar, siempre que a ello se hallase orillado, y que sin perder de vista al ejército liberal se inclinara rumbo al Estado de Zacatecas a fin de que si Escobedo tomaba la dirección de aquella ciudad siguiera sus pasos muy de cerca, y auxiliara de esa manera la pequeña columna que llevaba a sus órdenes el general en jefe y que desde León marchaba contra Zacatecas para abrir la campaña por medio de un brillante hecho de armas.

Los correos que transmitieron las órdenes a que me refiero llegaron a su debido tiempo, y el general Castillo pudo moverse de Allende sin recursos, puesto que esta plaza no le podía ministrar ni aun lo necesario para mantenerse en ella, tanto más cuanto que sabía que el camino que iba a emprender estaba, si no enteramente provisto, por lo menos no vacío de los víveres indispensables que para seguir su marcha necesitaba. Por consiguiente, la excusa que últimamente dio este general para disculparse de su omisión relativa a no haberle enviado Liceaga recursos de Guanajuato y ser esto el motivo de su dilación, en mi concepto no lo favorece, porque las razones que he indicado demuestran más bien su culpabilidad en la

derrota futura que mi hermano iba a sufrir en San Jacinto, que su inocencia para evitar este desastre. Siento sobremanera descender a estas explicaciones, porque el nombre del general Castillo es para mí digno de profundo respeto; fue mi coronel al entrar yo en el servicio de las armas, y las finezas y atenciones que de él recibí y he recibido me obligarían a no entrar en este análisis, que tal vez deba mortificarlo. Pero la verdad histórica de estos sucesos por una parte, y por la otra la memoria del general mi hermano, hollada por la pérfida pluma del príncipe Salm-Salm, me estrechan muy a mi pesar a entrar en pormenores con los cuales lastime la susceptibilidad del general Castillo, a quien juzgo directamente culpable de la derrota que sufrieron las tropas que iban al mando inmediato de mi hermano en la penosa jornada de San Jacinto.

Pero, haciendo a un lado estas reflexiones y siguiendo nuestro itinerario de León, nos encontramos que a la fecha en que estas órdenes se remitían a Castillo, el general Miramón organizaba una segunda brigada que iba a las órdenes del general don Gregorio del Callejo, y la cual la componían las fuerzas que de México habían salido con nosotros: cuatrocientos hombres, un batallón, el quinto de línea, que habíamos tomado en Guanajuato, cuyo coronel era el señor Paz y Fuentes, trescientos hombres, y las fuerzas que el general Gutiérrez traía desde Guadalajara y las cuales formaban un mando de mil doscientos hombres bastante desmoralizados; total, dos mil cien hombres.

Con esta pequeña fuerza marchamos sobre la capital del Estado de Zacatecas, ciudad de gran riqueza por los célebres minerales que allí se trabajan y lugar de residencia en aquella época del gobierno republicano.

Después de breves pero penosas marchas, llegamos el 26 de enero de 1867 a las once de la mañana a Guadalupe Santuarios, que dista de Zacatecas una legüa y en cuyo punto hicimos alto para dar descanso a nuestros fatigados soldados, e igualmente para adquirir noticias respecto a la situación del enemigo. Desde aquel instante el general Miramón se manifestaba inquieto por la falta de noticias del general Castillo, de quien desde Lagos no había recibido una sola letra.

Zacatecas es una ciudad abierta, difícil de ser defendida por un pequeño ejército, pero susceptible de sostener en ella un sitio largo y con probabilidades de buen éxito, siempre que haya mayores elementos de defensa y pueda ser ocupado el cerro de la Bufa que la resguarda y sostiene de todo ataque que en su contra se quiera dirigir.

Llegados como llevo referido a Guadalupe el 26 de enero de 1867, el general Miramón proyectó dirigir el ataque en contra de Zacatecas la noche de ese mismo día, y a la una de la madrugada del 27 avanzó con una pequeña columna compuesta del quinto batallón de línea, trescientos hombres, de doscientos cincuenta gendarmes, cuatrocientos caballos del octavo, y doce piezas de montaña sobre el cerro de la Bufa. El resto de la fuerza quedó en Guadalupe, en observación, a las órdenes de don Gregorio del Callejo.

Frente a la Bufa existe una cordillera de montañas menos elevadas, entre las cuales la principal es el Grillo, que se halla fuera de tiro de cañón y cuya posesión es enteramente inútil para batir la Bufa, pero que al prolongarse esta cordillera por la parte occidental de la Bufa se aproxima a estas montañas y puede dirigirse desde allí con éxito fuego de artillería.

En la prolongación de aquella cordillera, aprovechando una colina cuyo nombre no recuerdo, fue en la que mi hermano el general don Miguel Miramón, después de haber volteado la posición, colocó su artillería de montaña para con ella batir la Bufa y desmoralizar con los pocos tiros de cañón que podían llegar a las fuerzas que la guarnecían.

Al amanecer la artillería estaba lista, y desde luego comenzó a funcionar, causando, si no grandes pérdidas al enemigo, sí efectos fatales en su moral.

Al mismo tiempo la columna de ataque, compuesta de quinientos cincuenta hombres, la gendarmería y quinto de línea, a las órdenes del general Moret, comenzó sus primeras operaciones con un éxito brillante y sorprendente. El octavo de caballería, cuatrocientos hombres, quedó como reserva.

Entre los soldados de uno y otro batallón había cierta rivalidad, no sólo por las diversas nacionalidades a las cuales pertenecían los individuos que las formaban, sino también por

cierta nota de cobardía e inmoralidad que las fuerzas europeas habían hecho caer sobre nuestro valiente y sufrido ejército en toda la época que duraron entre nosotros esta reunión de viles sátrapas.

Los soldados del quinto de línea, que eran disciplinados y bizarros, trataron en este día de justificar a los franceses la energía y valor de que se hallaban dotados para aceptar empresas tan arduas como era el ataque a la Bufa; y los franceses, que por su parte no querían menoscabar su reputación de instruídos y valientes, embistieron con ardor las posiciones enemigas, formándose entre uno y otro cuerpo una mezcla de rivalidad y orgullo que produjo un éxito completo.

El general Miramón, que veía con satisfacción los esfuerzos de sus subordinados, ascendió en unión del general Casanova y de su reducido estado mayor a la posición enemiga, y en medio de una lluvia de balas que desde la Mina de Bolsas se le dirigían, se mostraba contento y satisfecho de que sus pensamientos militares fuesen tan bien interpretados por soldados cuyo heroísmo en aquel momento contemplaba.

La posición enemiga era defendida por una fuerza de caballería, *la cual, aunque es cierto que se desmoralizó por los primeros tiros de artillería que se les dirigieron, también es un hecho que entrada en calor resistió con bisarria hasta donde pudo el empuje de nuestra pequeña columna.*

Ésta, que a paso de ataque iba venciendo los obstáculos que en su camino hallaba, se vio bien pronto coronando las alturas de la Bufa, y sujetando bajo sus bayonetas a sus obstinados enemigos.

Ya en la cima del cerro, y en una pequeña capilla que allí existe y que fue en otro tiempo el lugar en donde el ilustre general Manero rindió su espada al enemigo que pocas horas después debía sacrificarlo, el general en jefe mandó descender las a la ciudad, ejecutando previamente un ligero encuentro que nuestras tropas tuvieron con una columna de más de 300 hombres que en auxilio de los de la Bufa el cuartel general republicano enviaba. Esta columna fue en breves momentos envuelta por nuestros victoriosos soldados y completamente rechazada.

Libres las fuerzas imperiales de este obstáculo, se dieron las órdenes convenientes para que la columna de ataque descendiese a la ciudad, haciendo alto en la plazuela de San Juan de Dios con el fin de esperar allí la columna del general Callejo, quien llevaba la artillería de grueso calibre para apagar con ella el nutrido fuego que en contra de la columna del general Moret se dirigía del centro de la ciudad y en particular desde el cerro de Bolsas.

El general Callejo, a quien yo acompañaba con el batallón de mi mando, no se hizo esperar por mucho tiempo, y en breves momentos nos reunimos en la propia plazuela de San Juan de Dios con la columna que había tenido la parte principal en este glorioso y memorable hecho de armas.

El general en jefe inmediatamente ordenó la marcha sobre el centro de la ciudad, y desde luego se emprendió en buen orden, dando ello por resultado la retirada completa de las fuerzas enemigas.

El propio general Miramón salió en su persecución, y después de haber andado cuatro leguas a Jerez en seguimiento del enemigo, hizo que las tropas regresasen a la ciudad para tomar descanso, encomendando esta operación al general Moret, quien cumplió desde luego las órdenes que recibió.

El señor Juárez, que en unión de su ministerio se hallaba el 27 de enero en Zacatecas, salvó de caer en poder de mi hermano merced a una casualidad. Carecíamos de noticias exactas no sólo de México y del general Castillo, con quienes estábamos en una completa incomunicación, sino también con respecto a la ciudad, de la cual ninguna noticia teníamos.

La víspera de la acción, esto es, la noche del 26 de enero de 1867, recibió en Guadalupe el general Miramón noticias poco exactas de la situación de Zacatecas. Se le decía en el aviso que Juárez se hallaba con su ministerio en la ciudad referida, alojado en la mina de Bolsas, que tenía cuatro mil hombres y catorce generales, quienes le habían jurado perecer antes que nosotros nos apoderásemos de la ciudad.

Con estas noticias creímos que el Palacio de Gobierno no era el hospedaje de los poderes republicanos, sino la mina de Bolsas, y por tal circunstancia dirigimos allí nuestras tena-

ces inquisiciones y no al Palacio de Gobierno, en donde realmente se hallaba el señor Juárez.

Posecionados nosotros de la población, este señor salió a la ligera del Palacio acompañado de una buena escolta, que le hizo conservar su libertad a costa de grandes y enormes sacrificios.

La victoria que nosotros alcanzamos ese día costó al ejército imperial más de doscientos hombres entre muertos y heridos, obteniendo en cambio ciento cincuenta prisioneros, la dispersión casi total de las fuerzas que guarnecían a Zacatecas, veinte mil pesos que se hallaron en la aduana de la ciudad y siete piezas de artillería que a fuego y sangre nuestros soldados quitaron al enemigo.

A pocos momentos del triunfo de Zacatecas, recibimos noticias de México en las cuales se ordenaba al general en jefe por el mismo Maximiliano el respeto a la vida y honor del señor Juárez y de cualesquiera de sus ministros que cayese en su poder. Ningunos recursos se nos enviaban, y los millones de pesos que el ministro Campos había ofrecido a Maximiliano para seducirlo a que se quedara en México y a mi hermano para que saliese a campaña se convirtieron en pláticas lisonjeras que jamás tuvieron efecto, a pesar de las protestas que el ministro hacía al Emperador, relativas a la abundancia de recursos que decía tener el ejército expedicionario.

En esta situación, y sin recibir un peso de México, el general en jefe impuso un préstamo a la ciudad de Zacatecas por valor de cien mil pesos de los cuales únicamente se pudieron recaudar cincuenta mil, incluso los veinte mil pesos que como botín de guerra encontramos en la ciudad, procediendo para recaudar este empréstito los días 28, 29 y 30 de enero contra la idea del mismo general Miramón, quien había decidido la marcha para el 30 en la mañana, quedándonos todavía aún el 31 hasta las dos de la tarde.

Antes de pasar adelante, y para que se comprenda mejor el desastre de San Jacinto, debo advertir que el camino que de Zacatecas parte para San Luis Potosí y el que conduce de la primera de estas poblaciones hacia Aguascalientes son separados por un brazo de la Sierra Madre que hace muy difícil

el tránsito de un camino a otro, y particularmente cuando se trata de un ejército que lleva consigo artillería, carros, bagajes y demás trenes que con facilidad pueden ser obstruídos en su marcha.

Pues bien, el señor Escobedo por los días en que llegamos a Zacatecas se hallaba en San Luis Potosí, como se ha dicho ya. El camino que traía debía hacerlo por lo menos en cuatro días, y la idea de mi hermano fue la de no encontrarnos con Escobedo en el camino, porque siendo el ejército que mandaba aquel general fuerte en seis mil hombres, los más floridos del ejército republicano, parecía aventurado arriesgar una batalla cuando aún no sabíamos el paradero del general Castillo. Para evitarla, el general en jefe emprendió su marcha rumbo a Aguascalientes, pernoctando el 31 de enero en la ranchería del Refugio, a donde llegamos a las ocho de la noche.

El enemigo esa misma noche acampó a dos leguas de distancia nuestra, y la idea que mi hermano tenía de que Castillo hubiera cumplido las órdenes que desde León le remitió, nos hizo juzgar que este general viniera en observación del enemigo y en auxilio nuestro.

Como permanecimos en Zacatecas más tiempo del que se había propuesto el general en jefe, las fuerzas enemigas avanzaron sobre nosotros, y el brazo de la Sierra Madre, que habría favorecido nuestra retirada si el plan de mi hermano se hubiese ejecutado tal como él lo trazó, no vino a ser obstáculo de ninguna clase para el enemigo, porque al día siguiente ambos ejércitos se encontraron en la confluencia que hacen los caminos que van del Refugio a San Francisco de los Adames y el que de esta hacienda parte para Ojo Caliente. Por consecuencia, nuestro ejército se encontró debilitado por el brazo de sierra que el liberal había pasado con velocidad extraordinaria, mientras que éste se había robustecido con la grande y enorme ventaja que en nuestra contra había obtenido.

Nos quedaba aún la esperanza de reconcentrarnos con Castillo y dar la gran batalla, la cual nosotros deseábamos y la que habría decidido definitivamente la suerte futura de los partidos beligerantes que tanta sangre han derramado sobre mi querida Patria. Pero Castillo no parecía; se hallaba a veinticinco

leguas de distancia, y bajo estos auspicios el mismo Federico el Grande jamás habría podido pelear.

Todavía hay más. El parque que el general Liceaga nos había remitido de Guanajuato estaba descalibrado, y parte de nuestros mejores soldados carecían de municiones para poderse batir.

Éstas eran las circunstancias bajo las cuales se empezó el combate de San Jacinto. A las 7 de la mañana emprendió la marcha la pequeña brigada que seguía al general en jefe, *no habiéndose podido salir más temprano de aquel lugar a causa del recargo de bagajes en que se conducían los pertrechos de guerra quitados al enemigo en Zacatecas, así como la artillería tomada en aquella ciudad, la cual estaba en malísimo estado.*

Después de una hora poco más de camino, advirtió Miramón que el enemigo marchaba en nuestro seguimiento y ordenó que los carros y bagajes tomaran la vanguardia para no estorbar las maniobras de la tropa.

Serían las diez de la mañana cuando el enemigo se puso a tiro de nosotros y el general ordenó esperarlo en la hacienda de San Francisco de los Adames que encontramos en nuestro camino, pero las observaciones del general Callejo, la carencia de cartuchos de rifle para los gendarmes y el quinto de infantería, la necesidad que teníamos de avanzar y no detenernos cuando Escobedo venía con fuerzas superiores en número y teniendo presente que nuestra salvación consistía en reunirnos cuanto antes con el general Castillo, hizo que el general ordenase la continuación de la marcha. Pero precisado por la tenaz persecución de la caballería enemiga, hizo alto una media hora en un pueblo o hacienda llamado San Jacinto, donde después de un fuerte tiroteo se emprendió de nuevo la retirada.

Los carros y bagajes marchaban a la vanguardia; en seguida iba la infantería y la artillería necesaria para la defensa; después venía la caballería, y cerraban la marcha los doscientos gendarmes de infantería que con su fuego trataban de contener la persecución de la caballería enemiga, la cual era cada vez más tenaz. Como el enemigo se empeñaba cada vez

más y más en su persecución y ya su artillería comenzaba a hacer fuego sobre nuestras tropas, el jefe que mandaba la retaguardia ordenó la carga al segundo regimiento de caballería. Este cuerpo, obedeciendo a la voz de su jefe, habría cumplido con aquella orden si hubiera sabido ejecutar su maniobra sin desordenarse, cuyo mal al frente de las balas enemigas es muy difícil de reparar. El desorden del segundo regimiento se transmitió al otro cuerpo de caballería, y de éste al resto de las tropas, que desde entonces no pensaron más que en huir. Los esfuerzos del general en jefe y los de los demás generales y oficiales que lo obedecían fueron inútiles para evitar la derrota, consecuencia precisa del desorden ocasionado en aquel cuerpo de caballería. Su desmoralización había invadido a las tropas imperiales, y el terror estaba apoderado de aquellos hombres que en diferentes acciones de guerra habían dado tantas pruebas de valor. Desesperado ya el general en jefe, quien comprendía que aquel mal no tenía remedio, y quedando solamente disponibles unas cuantas piezas de artillería que habían tomado posesión en la referida eminencia, mandó hacer fuego a metralla sobre aquella multitud para tratar de contenerla, pero todo fue inútil y se consumó el desastre, perdiéndose todo cuanto aquella columna llevaba consigo y tomando cada cual el rumbo que consideraba más seguro.

Perdida la batalla de San Jacinto, el general en jefe, reunido con el general Casanova, quien no se separó de mi hermano en aquel conflicto, y del que estas líneas escribe, de su estado mayor, de varios jefes y oficiales y sesenta soldados, la mayor parte del octavo de caballería emprendió su retirada del campo de batalla. Tomando a la izquierda del camino real y pasando por el rancho del Pastor, Rincón de Ladrones y Agostadero, llegó la mañana siguiente a los Campos, en donde tuvimos noticias de que Castillo se hallaba en Ojuelos y que se preparaba a marchar rumbo a Zacatecas.

Pocos momentos después de haber llegado a los Campos, mi hermano prosiguió para la hacienda de Ojuelos, en donde nos incorporamos con la división Castillo, a la que hallamos

en extremo desmoralizada. Varios jefes se acercaron a nosotros suplicándonos hablásemos de nuestra derrota como de cosa pálida y desnuda de importancia. Los batallones sufrieron algunas bajas, y el de cazadores franco-mexicano, de cuya moralidad y disciplina habla tantas veces el príncipe Salm-Salm, estuvo a punto de pasarse al enemigo a causa del pánico que de él se apoderó al saber nuestra derrota de San Jacinto.

Sólo la presencia del general en jefe fue la que pudo reanimar la moral de aquellos quebrantados soldados, la cual más adelante se aumentó por el triunfo que en La Quemada esta división adquirió sobre el enemigo, que fuerte en tres mil seiscientos caballos nos venía ostigando en nuestra retirada.

Antes de pasar adelante quiero volver a San Jacinto para encargarme de narrar la suerte de los infelices prisioneros que tuvieron la fatalidad de caer en manos de nuestros encarnizados enemigos, particularizando la captura y sacrificio de mi hermano Joaquín, sobre cuya tumba desprendo una lágrima.

El general Joaquín Miramón, más calumniado que culpable, quiso mostrar en la campaña que íbamos a abrir en el corazón del Estado de Zacatecas la brabura y energía de que debe estar dotado un jefe de caballería, y con calma y serenidad resistió el combate de San Jacinto.

Durante la pelea fue herido gravemente, y no pudiendo sostenerse por más tiempo a caballo, se vio precisado a tomar descanso en un carruaje que se le proporcionó, sin retirarse del campo de batalla para no desanimar con su ausencia a sus reducidas tropas, que con vehemencia sostenían nuestra retirada, ni dar tampoco lugar a interpretaciones llenas las más veces de veneno y osadía que de criterio y razón.

Joaquín no pudo salir del campo de batalla oportunamente; sus heridas le impiden escapar de las garras de sus enemigos; la falta de sangre lo debilita, sus esfuerzos son estériles para poderse defender, y abrumado con tanta fatiga cae exánime en manos de su enemigo victorioso.

Desde aquel momento Joaquín es perdido. Ve en lonta-

nanza su perdón, pero después se desanima al recordar que su salvación es efímera y soñada, al saber que se halla en poder de terroristas que proclaman como principio político la ruina de los vencidos y la tiranía en los vencedores.

Conducido a la hacienda de Tepetates, recibe allí la notificación de su sacrificio; hace observar su situación de herido, las leyes naturales humanas y universales que lo defienden, no se le oye, se le trata con escarnio y villanía, toma partido, recuerda los seres queridos que al bajar al sepulcro en este mundo deja; vienen a su imaginación ideas de abnegación y heroísmo, y con esa hiel que destila el alma cuando se halla en circunstancias semejantes, ruega ser conducido al altar de su sacrificio, y al espirar lega su adiós al mundo, su dolor a su hija, y el desprecio a sus matadores.

Los gendarmes que con denuedo y valentía sostuvieron su puesto en la jornada de San Jacinto fueron fusilados colectivamente por el ejército liberal, causando esta carnicería honda sensación no sólo entre nosotros, sino también en los países extranjeros.

Después de tantas fatigas, después de tantos disgustos y cuando la sangre del general Joaquín Miramón estaba próxima a correr en las caballerizas del Tepetate e iba a anegar de lágrimas los ojos del general en jefe y los míos, emprendimos a paso lento y mensurado nuestra marcha para la hacienda de La Quemada, lugar en donde se debía empeñar un breve pero crudo combate que había de producir la moral para los nuestros, la muerte para los enemigos y el llanto para mi Patria, que veía perecer llena de angustia la flor de sus hijos en medio de nuestras luchas fraticidas.

Nuestra situación era sombría. Densas nubes de infortunio amagaban desde entonces la suerte del trono de Maximiliano, que estaba por desplomarse. Gruesas columnas de caballería picaban nuestra retaguardia; la división Castillo se hallaba desalentada; su moral no podía revivir; desde luego había que dar una audaz y peligrosa jugada de ajedrés en el veleidoso tablero de la fortuna. Mi hermano no confiaba en estas tropas. Conservaba en la punta de su espada en aquel instante la ruina momentánea del Imperio o su

salvación parcial, y con probabilidades de mejorarla si aquella acción tenía buen éxito. Zumbaba a sus oídos la guerra sorda y enigmática que en México le hacía el cisma imperial, y con ese denuedo que le era característico y el cual le hizo tantas veces sobreponerse a las complicadas situaciones que en la vida tuvo que vencer, determinó la batalla después de que la retaguardia de nuestra columna había sostenido por cerca de cuatro leguas la retirada y se hallaba próxima a ser envuelta.

Antes de llegar a la hacienda de La Quemada se extiende una inmensa llanura, en medio de la cual existe el camino real que seguía nuestra columna. A retaguardia, e inclinada hacia la derecha, se halla la casa de la hacienda, y a poca distancia de ella está una eminencia que fue la que el general en jefe ocupó para poder abarcar con su vista las operaciones de sus subordinados.

Sobre el mismo camino, y cargándose a nuestra derecha, venía el enemigo, fuerte en tres mil seiscientos caballos. Inmediatamente que observó que nuestras tropas tomaban posesión y que seguían retirándose en buen orden, el enemigo desplegó en batalla y vino haciendo fuertes empujes para arrollar nuestra derecha. El coronel Quiroga, que mandaba el ala izquierda de nuestra línea, hizo sobre el enemigo varias demostraciones que surtieron muy buen efecto, pues creyéndolas ciertas, el enemigo se empeñó en el ataque y le causaron fuertes pérdidas.

En el centro de nuestra batalla y sobre el camino mismo se hallaba el general Castillo, y los certeros tiros de artillería que de allí se disparaban producían en nuestros contrarios pérdidas considerables que desde luego trataban de reparar, cubriendo los claros que dejaban los hombres que desaparecían.

Nuestra ala derecha era la que estaba demasiado débil y sobre la cual el enemigo hacía esfuerzos extraordinarios para arrollarla; a fin de cuidarla, fue reforzada con el regimiento de la Emperatriz.

Debo advertir antes de pasar adelante que mi hermano, al ordenar que las tropas tomaran posesión, previno también

que los batallones de cazadores y tiradores permaneciesen en el llano conteniendo con su fuego al enemigo, auxiliados dichos batallones con cuatro piezas de artillería y alguna caballería; también ordenó que el 7º batallón de línea reforzara la brigada Quiroga que, como he dicho, cubría nuestra ala izquierda.

En esta situación, y cuando el enemigo cargaba con energía sobre nuestra derecha, el general don Manuel M^a Escobar, mayor general de la división Castillo, ordenó al teniente coronel don Pedro González, comandante del regimiento de la Emperatriz, mandara cargar a su cuerpo y tocara a degüello; el regimiento obedece la voz de su jefe, y con intrepidez se lanza sobre las masas enemigas, que deshace en el corto intervalo de ocho a diez minutos, reduciéndolas a cadáveres y asombrando a nuestro propio ejército con una operación tan llena de peligros y tan bien desempeñada.

Los soldados de la Emperatriz, embriagados por la victoria, persiguen a los fugitivos a una larga distancia; el coronel Quiroga, por su parte, coopera a la destrucción del enemigo; y en pocos instantes el campo es nuestro y la columna contraria completamente desvaratada.

La victoria ha coronado nuestros esfuerzos. El estruendo del cañón cesó por aquel día, y nuestros sufridos soldados salen de su abatimiento y recobran su moral perdida. El país sufre nuevas calamidades y el ensangrentado recinto de La Quemada es un nuevo girón que pesa sobre el rojo manto de mi pobre patria.

El general en jefe recorre la línea; hace conducir los muertos a un lugar determinado para que sean quemados y su osamenta sepultada; los heridos son atendidos con particular solicitud, y después de esto regresa a la hacienda, en donde ordena el descanso de las tropas y la provisión total de los víveres indispensables para su alimentación.

Entre los muertos existía un Herrera y Cairo, digno hijo de Guadalajara, que sostuvo con honor su puesto y que fue sin duda uno de los soldados más valientes que el ejército republicano pudo contar en su seno en la larga serie de años que ha tenido que combatir para aniquilar el partido

conservador de mi país y al cual tengo el honor de pertenecer.

Después de la acción de La Quemada las tropas se pusieron en marcha rumbo a Querétaro, pernoctando en Trancas y siguiendo sus jornadas naturales en una marcha tranquila hasta que el siete del mismo mes llegaron a Querétaro, lugar en donde debía correr más sangre para sellar con ella el pedestal que había de servir de altar en el tormento de mi hermano y de sus dos ilustres compañeros.

(Continuará)

¿QUIÉN FUE LORENCILLO?

Renato GUTIERREZ ZAMORA

CUANDO YO ESTUDIABA el tercer año de Primaria, en la Escuela Cantonal de Veracruz, me enseñaron que los piratas que asaltaron el puerto de Veracruz el 18 de mayo de 1683, gritando vivas al rey de Francia, iban mandados por un francés llamado Nicolás Agramont y eran conducidos por un *mulato*, Lorenzo Jácome, conocido por "Lorencillo". Creo que esto rezaba la historia que cursábamos, que era la de Aguirre Cinta; y esto mismo dice Alfonso Toro en su *Compendio de historia de México*, en el volumen correspondiente a la dominación española. Marcos Arróniz, en su *Manual de historia y cronología de Méjico* (Librería de Rosa y Bouret, París, 1859), dice en la p. 123:

Un acontecimiento muy notable vino a conmover a Nueva España, cuando gobernaba D. Antonio de la Cerda y Aragón, y fue la expedición del filibustero Lorencillo. A las cuatro de la mañana del martes 18 de mayo de 1683, se oyeron muchos disparos y el veloz zumbido de las balas, y muchos gritos de: ¡*Viva el rey de Francia!* Despertados los vecinos de Veracruz, apenas pudieron vestirse y vieron pasar banderas de lis al eco de las cajas de guerra, y unos seiscientos piratas que se apoderaron al momento de la plaza de armas, de los baluartes y de todas las calles... El general de los filibusteros en tierra se llamaba Nicolás Agramont; pero el que por su ascendiente dominaba a todos era el almirante Lorenzo, conocido más bien por el diminutivo.

Y prosigue más adelante (pp. 125-126):

Agramont fue quien tuvo a su cargo esta colonia de infelices, y no se puede referir lo que pasaron entre hambres, sed, desnudez, sustos, sobresaltos y desconsuelos; cada instante una novedad funesta, cada hora un pesar, cada día una catástrofe. Lorencillo reconvino a su camarada Agramont por su rigor para con los prisioneros, con lo que vinieron a las manos, y el primero, quitándole el bastón que asía el otro que estaba ebrio, se lo tiró al mar, y

empuñando las espadas, Lorencillo lo tendió a sus pies, y envió después preso a un buque.

Por su parte, don Miguel M. Lerdo de Tejada, en sus *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz* (reedición de la Secretaría de Educación Pública, México, 1940), dice en la p. 297 del primer tomo:

Sin embargo, ese estado de seguridad no fue de larga duración para Veracruz, pues en 1683 no existió ya sólo el peligro para las embarcaciones que hacían el comercio con aquel puerto, como sucedía anteriormente, sino para la misma población, la cual fue atacada el día 17 de mayo por una escuadrilla de piratas, compuesta de once velas y unos mil hombres de desembarco, a las órdenes de un famoso filibustero inglés o francés de apellido *Agramont*, acompañado de un tal *Lorenzo Jácome* o *Grahan*, conocido vulgarmente por su pequeña estatura con el nombre de *Lorencillo*, que era el que conducía la expedición como práctico, por haber vivido algunos años antes en Veracruz, de donde se fugó a Jamaica por haber cometido allí un homicidio.

Más adelante, don Miguel transcribe la *Invasión del enemigo en la nueva ciudad de Veracruz el día 17 de mayo de 1683, escrita por el bachiller don Agustín Villarroel, theniente de cura y sacristán mayor de la santa iglesia parroquial de la dicha ciudad*, en la que se lee:

Los invadentes fueron tres solemnes Piratas que juntaron una Armada de once Embarcaciones, con nueve Piraguas en que venían mil y doscientos hombres. El General de ella para la mar se llamaba Nicolás Banoren, el Almirante el Capitán Lorenzo, y por General de tierra venía Monsiur Ramón.

Aquí comienza el enredo, pues al pie de la página hay una nota que identifica al último con Agramont. Sin embargo, más adelante describe el pleito del general Nicolás Banoren con Lorencillo, de donde resulta que, o el pleito no fue con Agramont, o (lo que parece más probable) que Agramont no es "monsiur Ramón", sino Nicolás Banoren.

Don Carlos María Bustamante publicó un extracto del diario de don Juan Antonio Rivera, capellán del Hospital de

Jesús Nazareno de México (transcrito por Lerdo de Tejada) sobre las providencias tomadas para auxiliar a la plaza de Veracruz, y allí se asienta que "Lorencillo había reñido con el general Agramont".

En la monumental obra *México a través de los siglos*, tomo 2, libro 2º, cap. 15, p. 639, se asienta:

Mandaban aquella expedición como general Nicolás de Agramont, a quien otros llaman Banoven; Lorenzo Jacomen, mulato fugitivo de la justicia, famoso con el nombre de Lorencillo, y un francés a quien sólo se da el nombre de Mr. Ramon.

Pero una nota al pie añade:

Algunos historiadores dicen que Lorencillo era flamenco y se llamaba Laurent Graff; otros, y la tradición en Veracruz le llaman Lorenzo Jácome, mulato fugitivo de la justicia en América.

Don Germán Arciniegas, en su hermosísimo libro *Biografía del Caribe* (Buenos Aires, 1947), nos dice en la p. 247 que un holandés y un francés, Van Horn y de Grammont, asaltaron a San Juan de Ulúa, pero no menciona a Lorencillo.

Finalmente, Héctor Pérez Martínez, en su estudio *Piraterías en Campeche* (núm. 6 de la *Enciclopedia ilustrada mexicana*, México, 1937), dice en p. 45:

El 31 de marzo de 1672 desembarcó [en Campeche] el renombrado pirata Laurent Graff, conocido por Lorencillo, *holandés* de origen...

Y más adelante (p. 53):

La escuadra de Laurent Graff se presentó en Campeche, inopinadamente, el año de 1685. El lugarteniente del pirata holandés era el caballero Grammont, nacido en París el año de 1650... El pirata [Grammont] se retiró a la isla de la Tortuga, donde recibió poco después la visita de dos filibusteros de gran renombre: Van Horn y Laurent Graff, a quienes se ofreció como simple voluntario para participar en la empresa que se organizaba contra Veracruz... Van Horn era holandés... Laurent Graff, *flamenco* es-

pañol, era de grande estatura, el rostro regular, sin parecer afeinado; los cabellos de un rubio dorado sin ser rojos, y el bigote, levantado a la española, le daba un aire marcial mezclado a cierta coquetería que no careció de encanto... Tales eran los hombres a quienes se asoció el caballero Grammont; mas poco después del asalto a Veracruz, Laurent Graff, que tenía viejas rencillas con Van Horn por cuestiones de intereses, las liquidó asesinando a su compañero. Quedaron, pues, Lorencillo y Grammont y ambos realizaron el asalto de Campeche...

Por último, en las pp. 61-62:

Algunos autores imprecisamente informados —entre ellos don Nicolás León, don Manuel Payno y Hubert Howe Bancroft— han confundido lamentablemente a Laurent Graff con un malhechor tabasqueño que hacia los años de 1750 —según testimonio de don Justo Cecilio Santana— cometió en Jalpa algunos desmanes y anduvo huyendo de la autoridad, mereciendo, por comparación seguramente de sus acciones con las del auténtico, que el pueblo, haciendo un diminutivo de su nombre, Lorenzo, le llamase Lorencillo. Quien más se confunde es Bancroft, pues asocia el nombre de Lorencillo, el tabasqueño, al apellido Jácome, propio de un pirata que, afirma Cogolludo, en julio de 1652 asaltó Zizamtún cometiendo allí algunas fechorías.

En una nota al calce dice que “Van Horn, en 1683... fue asesinado por Laurent Graff, después del asalto a Veracruz cometido por ambos y el caballero Grammont”.

¿QUÉ PODEMOS deducir de toda esta maraña de datos contradictorios?

En primer lugar: el caballero Grammont *no* es Nicolás de Agramont, como podría deducirse de la similitud de apellidos. En cambio, Van Horn, Nicolás Banoren o Banoven y Nicolás de Agramont parecen ser uno solo, y es el pirata que fue herido o muerto en riña con Lorencillo (no asesinado), después del saqueo de Veracruz.

Probablemente el caballero Grammont es el “Monsiur Ramón” de que nos habla el bachiller don Agustín Villarroel, de quien seguramente está tomada la versión de *México a través de los siglos*.

No parece lógico que Van Horn, teniendo viejas rencillas con Laurent Graff, se hubiera juntado con él para ir en busca del caballero Grammont y planear el asalto a Veracruz. Lo más natural es que el disgusto entre los dos hubiera surgido de manera accidental, y más teniendo en cuenta que Van Horn o Agramont estuviera ebrio, según la versión que da don Marcos Arróniz.

En cuanto a Laurent Graff o Lorenzo Jácome, hagamos unas consideraciones. No eran los piratas personas que se condolieran de la suerte de los que tenían la desgracia de caer en sus manos. Si uno de los motivos del pleito entre Lorencillo y Agramont fue la reconvencción hecha por el primero al segundo por su rigor para con los prisioneros, cabe pensar que Lorencillo tendría alguna simpatía por los habitantes del puerto de Veracruz, hipótesis que encajaría con lo que dice Lerdo de Tejada, de que había vivido algunos años en la ciudad, y hasta había servido de práctico a la escuadra pirata para arribar al puerto, cuya entrada no era nada fácil por los bajos que se encuentran frente a él. Por otra parte, el apodo de "Lorencillo" no quedaría a un hombre de aventajada estatura, como Laurent Graff, según lo pinta Pérez Martínez. Por todo ello me inclino a creer que se trata del mulato Lorenzo Jácome, como lo afirma la tradición veracruzana, y no del holandés o flamenco español (ambas nacionalidades le da Pérez Martínez en el mismo libro) llamado Laurent Graff.

A PROPÓSITO DE BERNARDO REYES

*Alfonso REYES **

EN SU INFORME sobre la Decena Trágica, publicado por John P. Harrison con el título de "Henry Lane Wilson, el trágico de la Decena", dice William Bayard Hale (*Historia Mexicana*, vol. 6, 1956-57, p. 381) que mi padre, en la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, esperaba ya con *su uniforme de general* a los que habían de libertarlo. No hay tal. Salió de civil, y de civil murió frente a Palacio; entre otras cosas, porque en junio de 1911, para lanzarse a la fracasada campaña presidencial, había obtenido ya su retiro del ejército. Cuando su intentona revolucionaria en el Norte, no era ya un "general sublevado", sino en el sentido más "general" de la palabra, así como yo todavía soy llamado a veces "embajador".

* Carta enviada por Alfonso Reyes a la Redacción de *Historia Mexicana*.

CARTA A COSÍO VILLEGAS*

Manuel GONZALEZ RAMIREZ

SIEMPRE ADMIRADO maestro:

Los estudiosos de la historia de México y seguramente numerosos investigadores extranjeros debemos a usted un gran servicio. Aludo, claro está, a la publicación trimestral HISTORIA MEXICANA, que por su especialidad es difícil encontrar otro ejemplo en los países de habla española; y por el cuidado del material que se publica en ella es sencillamente extraordinaria. Si no tuviéramos con usted otras deudas de tipo intelectual, ésta de la HISTORIA MEXICANA sería suficiente para acreditarlo como de los mejores y más dedicados trabajadores en la cuestión del pensamiento.

Y la cosa viene a referencia porque se acaba de publicar el número 24 de la HISTORIA MEXICANA que, de acuerdo con sus antecedentes, incluye trabajos de primer orden y siempre de interés. Esto es lo importante y esto es lo que me mueve a dirigir a usted las presentes líneas. Pues si es innegable el prestigio de la publicación y en ella se da noticia de trabajos históricos, los aludidos en las informaciones debemos estar atentos para recoger lo que signifique una aportación positiva, así como ampliar las explicaciones si los casos lo requieren. Con anterioridad, HISTORIA MEXICANA ha tratado con exquisita benevolencia a las publicaciones del Patronato de la Historia de Sonora. Pero en el número 24 de la mencionada HISTORIA MEXICANA se hace la crítica de *La huelga de Cananea* en sentido que revela que el autor aprovechó un trabajo ajeno únicamente para hacer gala de sus conocimientos y de su erudición. Ahora bien, siempre será estímulo descubrir que los estudios históricos cuentan en sus filas con sabidores de esa calidad.

* Esta "Carta a Cosío Villegas" no fue enviada a Cosío Villegas, sino publicada en el periódico *Novedades* el 12 de abril de 1957. De ahí la copiamos, con la mayor fidelidad posible.

Y constantemente habrá que tomar a esas muestras de erudición como infantiles expresiones de los que tienen una hoja de la ciencia, pero hablan como poseedores del árbol entero. *La huelga de Cananea* forma parte de una colección documental en proceso de preparación y publicación; específicamente es un volumen documental monográfico. Cuando se pierdan de vista estos dos sencillos hechos se tendrá que llegar a observaciones inadecuadas o impertinentes. Por monográfica la publicación, se trató en la forma con que fue presentada y abarcando la materia a la cual estuvo dedicada.

Por eso resultan pueriles las afirmaciones en que se habla de documentos conocidos o de memorias oficiales que, de haber sido aprovechadas, tal vez hubieran satisfecho al crítico. Es posible que no sean nada recónditas las obras de Winstano Orozco y de Kropotkin, mas es indudable que sirven para acercarnos al ambiente histórico dentro del cual ocurrieron los sucesos de Cananea y dentro del cual se manifestaban algunas ideas en juego. La conveniencia de haberlas reproducido es superior a la erudición del crítico, e ilustran un tanto más el escenario que primordial y concretamente trató nuestro volumen sobre la huelga. Por eso en este orden de ideas resultó conveniente reproducir las leyes laborales de J. Vicente Villada y del general Bernardo Reyes (algunas veces citadas en estudios especializados sobre el trabajo en México, pero raramente conocidas en su texto completo, a pesar de lo que diga el erudito en cuestión); ** de donde lo que hay que demostrar no es su rareza o su extendido conocimiento, sino que estuvieron o no fuera de lugar. Y por supuesto que no lo estuvieron.

Ahora bien, preferí la publicación del informe de Izábal rendido a Corral el 19 de junio de 1906, según la dedujo [*sic*] *El Correo de Sonora*, porque este periódico constituye ya una joya bibliográfica y, sobre todo, *porque en ella*** se afirmó algo inexacto*, esto es, que ese informe había sido publicado en el *Diario Oficial* de la Federación, lo que no se publicó, y

** El "erudito en cuestión" es don Moisés González Navarro, quien en seguida responde a esta "Carta".

*** ¿En la joya bibliográfica?

porque si se impuso decirlo a *El Correo de Sonora* era porque se trataba de acallar en cierto modo a la agitada opinión pública sonorense, aun a costa de proseguir desvirtuando la verdad en favor de los protegidos del régimen. La publicación en una memoria oficial tiene su valor; sólo que en abrumadores casos no llega al conocimiento de la opinión pública: y era a esta opinión en ocasión de la huelga sonorense a la que se tenía que servir eficazmente y con veracidad. El régimen no lo hizo. Lo hizo, en cambio, *El Correo de Sonora*.

Al leer el párrafo correspondiente al testimonio del general Esteban B. Calderón, se encuentra la idea de que una declaración testimonial tiene que variar según sea ante quien se rinda; y esto por el afán de aparecer enterado de las cosas, aunque por ello se descuide la redacción. Un testimonio sobre los mismos hechos, si es veraz y válido, tiene que ser el mismo en distintas ocasiones. Así se comportó el general Calderón. Y lo más que pudo decirse en la crítica fue que el testimonio de esta persona fue publicado en dos veces: por nosotros y por el Sindicato de Electricistas. Y por nosotros, digo yo, en virtud de que nos fue entregado por el testigo y porque quedó enriquecida la edición monográfica: con lo que dijo el general Calderón y con lo que expuso Plácido Ríos, activo y arrojado organizador de los mineros mientras los dirigentes sostenían las pláticas con patrones y autoridades.

Por lo demás, lo que no alcanzó el erudito fue que nuestra edición tiene que servir no nada más para el conocimiento de la huelga de Cananea, sino para dejar a descubierto la mentira que hubo en el Gran Jurado que se le formó al gobernador Izábal; Gran Jurado que lo absolvió, declarando que no había incurrido en las responsabilidades que han quedado comprobadas por la documentación que publicamos, que proviene nada menos que del responsable directo de los hechos y de los que encubrieron esa responsabilidad.

SOBRE CANANEA Y OTRAS COSAS

Moisés GONZALEZ NAVARRO

CON IRA Y SIN ESTUDIO, el director de las *Fuentes para la historia de la Revolución mexicana* ha replicado a mi comentario sobre el tomo tercero de su obra. Es verdad que HISTORIA MEXICANA "ha tratado con exquisita benevolencia a las publicaciones del Patronato de la Historia de Sonora". En efecto, una de las investigadoras de dicho Patronato publicó aquí una nota cálidamente elogiosa sobre el tomo primero de las *Fuentes*. También don José Mancisidor reconoció en su reseña que ésta es una obra seria e importante, lo que no fue óbice para que señalara ciertos defectos: un orden cronológico caprichoso, algunos comentarios superficiales y fragmentarios, anárquica selección de los tomos, etc. En la respuesta que Mancisidor dio al prologuista, aparte de indicar la contradicción en que éste incurre cuando en un principio pretende ir de lo general a lo particular y después interpretar de lo particular a lo general, señala las dotes de estrategia que se advierten en el laborioso director de las *Fuentes*, laboriosidad demostrada en el hecho de haber hojeado 24 colecciones de periódicos para entresacar las caricaturas políticas de la Revolución.

El Director de las *Fuentes* insiste en la conveniencia de haberse apoyado en las obras de Winstano Orozco y Kropotkin, citadas tan generosamente que entre ambas le ahorran una cuarta parte del Prólogo. Los textos citados de estos autores superan, por supuesto, a mi erudición, pero lo discutible es que sean las fuentes más indicadas para ofrecer el ambiente histórico de la época, sobre todo por la forma en que se presentan. Desde luego, la inclusión de las leyes de Villada y Reyes es útil. En esto no hay debate, pues mi mención se redujo a señalar que se trata de leyes conocidas, lo que el prologuista acepta con la salvedad de que, en su opinión, no lo son en su texto completo.

Al referirme al cuerpo de la obra, o sea la correspondencia de las autoridades y de algunos particulares, claramente reconocí su utilidad, puesto que esos documentos explican la organización del Club Liberal Humanidad, y la condescendencia de Izábal al permitir el paso de los norteamericanos armados. Por tanto, pese a mis pocos años, creo que sí alcancé a comprender la culpabilidad del Gobernador de Sonora, y su injusta absolución por el Gran Jurado.

En cuanto al informe que Izábal rindió a Corral el 19 de junio de 1906, que el editor reprodujo del *Correo de Sonora* aduciendo que escogía ese texto (p. 94, nota 32) porque el *Diario Oficial*, a pesar de lo que se afirmó, no lo había publicado, bueno es recordar que en un trabajo que apareció el año pasado (L. C. BROWN, "Los liberales mexicanos y su lucha en contra de la dictadura de Porfirio Díaz, 1900-1906", en *Antología MCC*, México, 1956, pp. 89-136) se prueba que el *Diario Oficial* sí publicó el informe completo el 28 de junio de 1906, y que es el mismo que figura en la *Memo-ria de Gobernación* de 1904-06, a que me referí en mi comentario. De este modo lo inexacto es que el *Diario Oficial* no haya publicado este informe, y cae por su base todo aquello de que se impuso al *Correo de Sonora* hacerlo para acallar "en cierto modo a la agitada opinión pública sonorenses aun a costa de proseguir desvirtuando la verdad en favor de los protegidos de su régimen". Todo esto sea dicho sin el menor ánimo de hacer un alarde más de mi "erudición", alarde que pudiera interpretarse como el deseo de cumplir con la primera de las obras espirituales de misericordia.

El prologuista ve en mi comentario al testimonio de don Esteban B. Calderón un reproche que tampoco existe, pues de él digo que es amplio y preciso, aunque me extrañé de que en una declaración testimonial se incluyera una muy larga transcripción del folleto de Díaz Cárdenas. El hecho de que Calderón haya publicado en forma separada su testimonio no tiene nada que ver con una supuesta pretensión mía de que las declaraciones testimoniales deban variar "según ante quien se rindan".

Por último, el director de las *Fuentes* no se ha referido a

mi comentario de que en la solapa de este libro se incurre en una grave inexactitud al considerar a la huelga de Cananea "como el pasaje inicial de la historia de las luchas obreras en México", ni a lo que digo sobre la necesidad de haber ampliado la explicación de las huelgas registradas en el Porfiriato, tal vez a costa de las citas de Orozco y Kropoktin, y aun de la inclusión de las leyes de Villada y Reyes.

Nada de lo anterior afecta a la utilidad de esta valiosa aportación para la historia del movimiento obrero mexicano.

¡PIEDAD PARA SANTA-ANNA!

Felipe J. COLOMO CASTRO

CON UN TÍTULO sugestivo y exacto, Fuentes Mares nos ha dado una biografía de Antonio López de Santa-Anna,* en la cual despliega su azarosa vida pública, desde que se anuncia en la mañana de Iguala, hasta que se oculta definitivamente en el destierro de Nassau, tras de aparecer una y otra vez como astro dominante en nuestro firmamento político, después de cada oscurecimiento en las tormentas desdichadas que caracterizan la vida nacional de la primera mitad de nuestro siglo XIX. Quedan al margen de la obra los años de la infancia, la adolescencia y juventud, hasta ajustar el primer cuarto de siglo a partir de su nacimiento, el 21 de febrero de 1794, así como los últimos nueve que no pasó totalmente en el destierro, pues el rencor de Juárez terminó con su muerte, que le permitió regresar a la patria a esperar a su vez el llamado inevitable. Eludiendo asimismo la intimidad de su vida familiar y amorosa, todo el trabajo se centra en las innumerables aventuras políticas del personaje, que, no por demasiado conocidas, deja de ser interesante seguir en la ágil pluma de Fuentes Mares.

Seis veces presidente de la República, lo mismo bajo la forma federal que la central (¿hay alguna diferencia entre ellas, en su versión mexicana?), como ejecutivo provisional o constitucional, ya en ejercicio, ya retirado en su legendaria hacienda de Manga de Clavo, la figura del hombre de Casa Mata se nos dibuja en el personalísimo estilo del autor, veleidosa en su intenso actuar de diez lustros, escurridiza a la aprehensión valorativa de quienes intentan hacer un juicio objetivo de su significado y responsabilidades. Soberbio y vanidoso, inicia su vida de pecados históricos el funesto 2 de

* JOSÉ FUENTES MARES, *Santa-Anna: Aurora y ocaso de un comediante*, Ed. Jus, México, 1956.

diciembre de 1822, bajo la égida de Poinsett, abriendo a Iturbide la senda que le condujo al cadalso de Padilla; irresponsable y medroso se nos muestra en San Jacinto perdiendo Texas, y en La Angostura y Cerro Gordo sellando el destino irreparable de Nuevo México y California. El autor ha trabajado seriamente el tema, como lo demuestra el gran acopio de bibliografía, y especialmente de fuentes directas muy poco o nada utilizadas hasta la fecha, y casi todas de primera mano. Entre las obras figuran principalmente memorias o testimonios de personalidades de la época: Alamán, Poinsett, Filisola, los esposos Calderón de la Barca, Arrangoiz, Polk, Iturbide, Zavala y el mismo biografiado, es decir, precisamente los primeros actores en el drama. Con ellos, los archivos de mayor importancia para la cuestión: el Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional, el Archivo Nacional de Washington, el particular de Poinsett, el de la Sociedad Histórica de Pennsylvania y, muy principalmente, el Archivo García de la Universidad de Texas y el de la Legación Española en México. No obstante que esta lista es sólo ejemplificativa, la obra no se resiente de pesadez en ningún momento.

El método histórico empleado no se ajusta siempre al mínimo de requisitos necesarios para resultar convincente o hasta asequible, y, lo que más importa, eficaz para alcanzar la verdad. Aparece demasiado evidente, por momentos, que el propósito de probar las tesis del autor le restan objetividad al trabajo, y que sus fobias, pocas pero intensas, se sobrepone a la realidad histórica. Luego, hay el propósito no disimulado de crear formas bellas con la palabra escrita en todas las ocasiones favorables (esto se anuncia siempre desde las portadas y títulos de las biografías de Fuentes Mares), lo que no se compadece con el rigor científico que muchos desearíamos encontrar en la exposición. En otros pasajes falta proporción, que es un modo de falsear los hechos, como sucede cuando se concede demasiada importancia a una supuesta carta de Gómez Farías que es a todas luces apócrifa, según termina por reconocer el mismo autor, aunque arguyendo que "si no la escribió, bien pudo haberla escrito". No puedo pasar por alto el que también se deje de lado repetidas veces

el criterio de temporalidad como constante histórica, y se enjuicien con normas de nuestra época —relativas también— actitudes y conductas explicables y hasta justificadas a la luz de los acontecimientos del momento, incluso tal y como el mismo autor los aprecia. Para prueba me remito a la injusta apreciación que se hace de la conducta de la jerarquía eclesiástica mexicana durante la intervención yanqui: apenas nos ha puesto al tanto de que era un secreto a voces la connivencia de Santa-Anna con el enemigo, y de que el interés nacional exigía terminar la lucha en el menor tiempo posible mediante algún arreglo que acarreará los menores sacrificios en aquellas difíciles circunstancias; no bien ha insistido en que aquel mundo debe juzgarse por el revés de sus apariencias, ya que el grupo conservador aparecerá como traidor y el liberal como patriótico por estar aquél dispuesto a la paz a cualquier precio y auspiciar éste la guerra hasta la anexión a los Estados Unidos, cuando se olvida de todo lo dicho para calificar despectivamente al clero porque, tras no poca resistencia, se deja convencer de que debe pactarse la paz luego, a como dé lugar, para poner fin a aquella guerra suicida.

La línea de pensamiento del discutido chihuahuense no ha sufrido variantes notables desde que se inició en el cultivo de esta vertiente histórica. *Poinsett, Historia de una gran intriga* podrá releerse ahora con mayor provecho, pues servirá al lector de *Aurora y ocaso de un comediante* para reafirmar algunos datos que pudieran parecer insuficientemente fundados. Todo ello puede corroborarse con ...*Y México se refugió en el desierto*, que completa la trilogía iniciada en aquél, y lleva a sus fatales consecuencias la trama urdida por el Procónsul esclavista. Con la obra de Valadez, la de Fuentes Mares será pronto una nueva referencia indispensable para quien se interese en la turbulenta vida del jalapeño.

Tal vez la única falla sensible de la biografía que comentamos sea su insistencia en lo negativo del personaje, el recalcar lo oscuro, inclusive en los detalles secundarios, y no acreditar ninguna de las virtudes y méritos del hombre de su tiempo. De ahí que las generalizaciones que se hacen con base en los defectos innegables resulten luego contradictorias

con lo positivo que no puede menos que aparecer. La gran capacidad de organización, el entusiasmo y la confianza que inspiraba en tirios y troyanos, de lo que son muestras su popularidad y la adhesión de los hombres más representativos de la vida mexicana, no pueden explicarse con la simple aseveración de que en el país de los ciegos el tuerto es rey. Su habilidad se manifiesta en la cuestión de La Mesilla, en que se comporta con dignidad y fortaleza, como un político sutil; y respecto de Texas, Fuentes Mares reconoce que estaba perdida aun sin Santa-Anna, y que no cabía otra táctica militar que la que se empleó. Conociendo la voracidad norteamericana y los proyectos expresados por sus prohombres desde los comienzos de su vida nacional, los territorios del Norte, incomunicados, lejanos y despoblados, no podían menos que despertar la codicia filibustera y estar destinados a perderse; los errores fueron anteriores a Santa-Anna, aunque en éste no escasearon tampoco.

Por último, en un orden jerárquico de valores, no podríamos aceptar, con el autor, que las pasiones de secta, grupo o confesión sean "infinitamente inferiores a las individuales", cuando lo inverso es lo verdadero: el hombre que pone por encima de sus intereses egoístas la causa de la comunidad política, y todavía más arriba la de su confesión religiosa, está realmente centrado, y no puede nunca ser llamado traidor con propiedad. Quedan para discutir algunos otros puntos en que con poca seriedad se ponen en tela de juicio los principios católicos, pero ello nos conduciría a una polémica que rebasaría los estrechos límites de una reseña.

En fin, el libro hace justicia a Iturbide y a Alamán, pero no la hace totalmente a Santa-Anna, ni, desde luego, al partido conservador, benemérito por tantos conceptos. Se lee con placer y con provecho, y la edición es pulcra y buena; las notas del editor, inusitadas pero necesarias. Sea, pues, bienvenido este libro, en el "Centenario de la Constitución juarista y del pensamiento liberal mexicano". Ambas cosas quedan ahí, no sin dolor de José Fuentes Mares, bastante en su lugar.

EL PRESIDENTE WILSON Y MÉXICO

Francisco CUEVAS CANCINO

ESTÁ DE MODA entre los historiadores norteamericanos escribir biografías que han dado en denominarse “fundamentales”, es decir, estudios exhaustivos de una figura histórica, hechos con la suficiente perspectiva y con un máximo acopio de materiales impresos y manuscritos. Resultado de sus labores son obras como la biografía de Lincoln por Sandburg, que merece la atención de los estudiosos en todo el orbe. Empresa análoga ha emprendido ahora el profesor Link, quien ha tomado como objeto de su estudio al presidente Woodrow Wilson. El segundo volumen de esta biografía* contiene múltiples aspectos de interés para los historiadores mexicanos. Comprende los años en que, alcanzado el poder, Wilson se enfrentó a problemas nacionales, puso a prueba la plataforma política con la que había sido electo e inició su meteórica carrera en asuntos internacionales. Con excelente acopio de materiales, con un estudio muy profundo de los hombres y de la época, la obra del profesor Link merece el más cumplido elogio.

A guisa de crítica general, permítasenos decir que la actual tendencia norteamericana echa en olvido los presupuestos clásicos, o sea que Clío era una musa; que escribir historia era modelar una obra de arte. La prosa del autor es a veces pedestre, a veces machacona y a veces francamente inferior a la persona y el material que maneja. Es lástima, como dijo en sus memorias Sommerset Maugham, que un historiador que ha empleado tanto tiempo y gastado tantos esfuerzos en dominar al hombre, con el período y los materiales adyacentes, no cuide más la forma de expresión. No en balde San Agustín decía que los buenos manjares deberían comerse en plato de oro para saborearlos plenamente.

* Arthur S. LINK, *Wilson: The New Freedom*. Vol. 2. Princeton University Press, Princeton, N. J., 1956.

Con todo, la figura de Wilson, tal como emerge de este segundo volumen del profesor Link, es extremadamente interesante. Observamos, y no sin sorpresa, la limitación de intereses y las parcas lecturas de Wilson, su preferencia por decisiones intuitivas más que razonadas y su filosofía fundada en el concepto de "liderato" como solución única de los problemas nacionales. En materias de política exterior, resalta su extremo afecto por lo secreto, su inclinación a ejercer un poder dictatorial, su aguda suspicacia y la falta de aprecio por los métodos diplomáticos ordinarios, además de una candidez que le fue congénita, lo cual es quizá más importante.

A estos rasgos personales se añaden prendas políticas dignas también de atención. El Presidente se revela, no como un hombre de inmutables principios, sino como un político quizá dúctil en extremo, que en materias de gran importancia —como la cuestión racial, o la defensa de los intereses sindicales, o el voto femenino— no tuvo empacho en sacrificar sus principios en beneficio de un entendimiento momentáneo. Su debilidad en las grandes ocasiones aparece también: en la gran controversia que hubo con el Japón a propósito de las discriminaciones que sufrieron los propietarios japoneses en California, Wilson se mostró timorato y despedido. No es, pues, extraño que al terminar los años que cubre este su segundo volumen, el profesor Link pueda señalar el abandono de muchas de las normas políticas que lo habían llevado al poder, su escisión con los progresistas y el abandono de la legislación antimonopolista.

El autor define con gran felicidad la diplomacia wilsoniana para con Latinoamérica; en sus líneas se hace patente la contradicción entre los anhelos de buen entendimiento y hermandad y las duras exigencias de una política realista que imponía la protección del Canal de Panamá a cualquier costo. Además, y en forma un tanto velada, se columbra una nueva diplomacia del dólar: no ya la protección exagerada de los intereses nacionales en otros países, sino la juiciosa concesión de empréstitos a países centroamericanos a cambio de concesiones políticas.

Los capítulos que se refieren a la actuación de Wilson con respecto a México son ciertamente de la mayor importancia. El autor dedica al asunto setenta páginas (347 a 416); en ellas describe con gran acuciosidad, y haciendo gala del excelente acopio de materiales que antes hemos elogiado, el desarrollo de nuestras relaciones con los Estados Unidos. De paso, cabe hacer notar que el profesor Link tomó debidamente en cuenta el informe de Hale que, como documento raro, fue publicado en el número 23 de *HISTORIA MEXICANA*.

El autor define —y muy bien— el sentimiento de injuria moral que recibió Wilson al saber del golpe de estado huertista, y deja bien explicado el problema de cómo sustituir al embajador Wilson sin reconocer al nuevo régimen. En el curso de la narración, el lector adquiere el convencimiento de que actuaba en Washington un presidente voluntarioso, arbitrario, deseoso de lucimiento personal y que a cada paso intervenía contrariando la opinión de sus más connotados consejeros, entre los cuales merece individualizarse John Basett Moore.

La oposición a Huerta tuvo varios aspectos, todos ellos igualmente interesantes. De un lado, y al leer el texto de algunas de sus comunicaciones, parecería que el presidente Wilson se comparaba a San Jorge enfrentándose a un dragón de nueva especie. Del otro lado resalta su oposición a los intereses británicos que por la influencia de alguno de sus enviados (Lind) llegó a exacerbarse, resolviéndose en la más completa aceptación la primacía norteamericana para las controversias pendientes con México. La famosa política de "atenta espera" no parece saber sido sino una solución a la que recurrió Wilson en los casos en que su intervención no podía ser tan activa, o en este caso particular, en que esperaba lograr el derrocamiento de Huerta por métodos que no fueran bélicos. Pero la idea de intervención, de convertirse en árbitro de los destinos de México, ocurre una y otra vez, y sólo así se explica la aventura de Veracruz, muy bien descrita por el profesor Link. Incluso aporta el autor magníficos argumentos que hacen ver que Wilson obró con falta de honradez hacia el Senado para encubrir su agresión; no sólo le

faltaron justificantes, sino que puede afirmarse que desató las hostilidades en contra de México por mero desatino. La alteza de miras con que los representantes mexicanos en esa época procedieron resalta una vez y otra en el volumen que ahora analizamos. Don Luis Cabrera y don Federico Gamboa, para no hablar de la egregia convicción de don Venustiano, defendieron con dignidad la soberanía de México y su derecho a determinar su propio destino.

Para los mexicanos interesados en esta época revolucionaria, y con mayor razón para sus historiadores, la obra de Link constituye indispensable síntesis. De allí que se espere con interés el siguiente volumen, en el que habrán de ser narrados los subsecuentes esfuerzos de Wilson para dominar las fuerzas victoriosas de la Revolución mexicana.